
CARTAS
A LEONOR
ROSA HUERTAS


CARTAS
A LEONOR
ROSA HUERTAS



Cartas a Leonor

ROSA HUERTAS



A los abuelos que se fueron

y a los nietos que los perdieron.

1

Fue un tiempo extraño, todos lo sabemos. Un tiempo que ha dejado una huella de fango en los corazones de la gente y que yo viví con una intensidad terrible y, a la vez, emocionante. Ahora, se ha transformado en una historia llena de ternura que me acompañará el resto de mis días para suavizar la realidad angustiosa que vivimos.

Me llamo Lola, como mi abuela, aunque eso era antes de que estallara la pandemia. Ahora las dos nos llamamos Leonor. Es la verdad que deseo contaros, desde el principio, para que ella viva en el recuerdo de quienes la conocimos y también de quienes lean estas líneas.

Antes del confinamiento, yo era una adolescente ingenua, infantil, despreocupada, consentida y un tanto frívola. No debo culpar a nadie de mi superficialidad; la vida aún no me había puesto a prueba y muchos adultos navegaban en la misma inconsciencia. Hasta que llegó el virus y el mundo se volvió del revés. Parecía el final, pero, en realidad, fue el auténtico comienzo.

–La abuela se va a quedar con nosotros, de momento.

Era enero y papá lo dijo muy serio para no dar margen a mis protestas. ¡Menudo rollo tenerla en casa! Yo la quería, nos llevábamos bien, pero de ahí a soportarla las veinticuatro horas había una enorme diferencia. No pregunté por qué, me daba igual, solo me interesaba que no me desplazara de mi habitación, de mi feudo.

–¿No pensaréis instalarla en mi dormitorio? –salté con voz de adolescente que desprecia el mundo.

–Pues sí, lo habíamos pensado –respondió mi padre sin mover un músculo de la cara.

–¡Ni hablar! Para eso está el cuarto de estudio, aunque mamá tenga

que llevarse el ordenador a otro sitio.

–¿Quieres que la abuela duerma en el sofá?

–No pienso moverme de mi habitación –zanjé, dejándole con la palabra en la boca.

No se atrevió a contradecirme. ¿Qué clase de hija impone su despotismo a un padre apesadumbrado?

Ahora recuerdo aquella conversación y no me reconozco. Había otras muchas preguntas que debía haber hecho antes y otras respuestas más correctas, menos despreciables.

Si hubiera preguntado, papá me habría contado que la abuela comenzaba a dar señales de desmemoria, de demencia senil o de algo más grave, y prefería no dejarla sola en su casa.

La abuela Lola apareció al día siguiente, con una maletita de tela y su eterna sonrisa en los labios.

–No quiero molestaros –le dijo a mi madre–. Tu marido se ha empeñado en que me venga con vosotros. No he logrado convencerlo de lo contrario.

–Estamos encantados de que te quedes en casa –contestó mamá–. Y Lola también, ¿verdad, hija?

Esbocé una sonrisa falsa. Auguraba que la presencia de la abuela trastocaría nuestra vida familiar; no imaginaba hasta qué punto. Aunque nada resultó como había previsto.

–Gracias, estaré muy bien en esta habitación. No habría consentido que sacarais a mi nieta de la suya. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Agaché la cabeza y enrojecí. Mi padre me estaría mirando y me diría, sin palabras, que la abuela era más generosa que yo. Mejor, así no me sentiría culpable de que durmiera en un incómodo sofá cama. Era su elección.

Después de las vacaciones de Navidad, me costaba alejar la pereza. Siempre me ocurría cuando comenzaban de nuevo las clases: las

sábanas se me pegaban y me suponía un esfuerzo atroz regresar al estudio y los deberes; retomar el ritmo de los libros no era fácil, y yo me esforzaba poco.

«Puede hacer mucho más», «Si trabajase sería brillante», decían de mí los profesores. Yo me conformaba con el aprobado y gastaba el tiempo en escuchar música encerrada en mi habitación, vaguear y quedar con mis amigos. La adolescencia me había pillado por sorpresa. No entendía por qué me encontraba tan cansada, por qué los cambios de humor ni por qué la rebeldía sin causa. Mis padres me dejaban hacer lo que me daba la gana, eran muy permisivos conmigo y, con tal de no verme enfadada, me consentían. Debían de estar tan perplejos como yo ante mis repentinos arrebatos. Decían que de niña era adorable y cariñosa. Era la verdad. Nada que ver, entonces, con el cardo en que me había convertido.

–Siempre estuviste un poco chifladilla –me dijo la abuela el día que llegó con la maleta a casa–. ¿Te acuerdas de que el abuelo te llamaba «mi loca»?

Claro que me acordaba, pero me pareció que no venía a cuento el comentario. «Loca» contenía la primera sílaba de mi nombre y la primera sílaba de mi apellido: Lola Casado. «Mi Loca» para el abuelo Ernesto. Hacía años que nadie me llamaba así, desde que él falleció.

–Eras muy graciosa de pequeña –insistió ella–. No parabas, de acá para allá. Un torbellino.

–Ya no soy tan graciosa –dije con sorna, aunque ella no se percató del tono agrio de mis palabras.

–Eso dicen de los adolescentes, no debes hacer caso. Lo de estar un poco loca no está mal, es mucho más divertido –susurró, como si estuviese contando un secreto.

No la dejé seguir hablando y me refugié en mi habitación; lo último que me apetecía era perder la tarde con una octogenaria. Así era yo antes del desastre; ahora ya no sé muy bien quién se esconde detrás de este nuevo nombre, pero quiero pensar que me parezco poco a la adolescente despreocupada de entonces. Solo me interesaban mi

grupo de amigas, la música indie pop, el equipo de voleibol y que Lucas se fijara en mí. Así de simple y a la vez de complicado, porque siempre andaba discutiendo con ellas, cuando ponía la música alta mis padres protestaban, el equipo iba el último de la clasificación y Lucas me hacía poco caso. Por eso andaba siempre medio enfadada con el mundo.

Pero la abuela lo cambió todo.

Por las mañanas, cuando cada uno se marchaba de casa, mis padres al trabajo y yo al instituto, mamá llevaba a la abuela Lola al centro de día donde se quedaba hasta que la recogía a media tarde. Prefería estar allí a quedarse sola en casa o acompañada de alguna cuidadora.

–En el centro no se está mal –me contaba–. Es como ir al colegio. Hay algunos viejecillos que dan pena, que casi ni se mueven. Pero en mi grupo hacemos gimnasia, jugamos a las cartas, leemos y hasta bailamos.

–¿Y qué bailáis? ¿Valses? –me burlé–. Porque con la música moderna se os puede romper la cadera.

Ella rio, ajena a mi broma. No me percataba de que, en el fondo, esa actitud era envidiable. Jamás la escuché quejarse, era optimista por naturaleza, y casi todo le parecía bien. Por eso, las extrañas reacciones que le provocaba su enfermedad nos desconcertaron hasta no reconocerla.

–¡Estos garbanzos están duros! –gritó, dando un golpe en la mesa, aquel primer sábado.

Mis padres y yo nos miramos, incrédulos.

–Bueno, es que son de bote y… –intentó responder mi madre.

–Ha sido ella –dijo señalándome–. Quiere que me siente mal la comida y que me marche de aquí.

–¡Qué lista! ¡Lo has adivinado! –le contesté, sin tener en cuenta la situación.

Mis padres me miraron mal y yo reaccioné levantándome de la mesa y escondiéndome en mi guarida. Al rato, mi padre llamó tímidamente a la puerta. Ni siquiera me regañó, muestra evidente de mi dominio sobre él.

–Verás –habló en voz baja–: la abuela va a tener más arrebatos como ese, pero no se lo debemos tener en cuenta: no es ella, es su enfermedad.

–Pues vaya marrón.

–Tendremos que armarnos de paciencia. ¿Serás capaz?

–Lo intentaré –dije condescendiente, como si le hiciera un favor.

Me dio las gracias, a pesar de que yo no había pedido disculpas.

Al día siguiente, el domingo, mi mundo comenzó a moverse de manera imperceptible hasta que se dio la vuelta por completo. Parece tan lejano, tan distinto… como si hubieran pasado varias décadas.

–Vamos a salir tu padre y yo a hacer unas compras. Te quedas con la abuela. No hace falta que te sientes a su lado; basta con que estés un poco pendiente de ella.

Bufé como un gato enfadado, aunque el encargo no podía ser más sencillo. Mi madre hizo como si no me hubiera oído. Mejor no enfrentarse conmigo. Cerré la puerta. Si quería algo, que llamara. Y llamó.

Aún no habían pasado ni dos minutos desde que mis padres se marcharon cuando la abuela golpeó la puerta con los nudillos.

–¿Puedo pasar? –preguntó con una dulce vocecilla.

Volví a bufar, me levanté rabiosa y abrí.

–Estoy estudiando –mentí para alejarla.

–Solo va a ser un momento –dijo, acomodándose sobre mi cama–. Quería hablar contigo un rato.

«Yo, no», pensé. Pero a ella le daba igual.

En ese momento me percaté de que llevaba un libro en las manos. Era un volumen pequeño, de tapas oscuras, bastante desgastado.

–¿Lo has leído? –me preguntó mostrándome la cubierta.

«Campos de Castilla, de Antonio Machado», leí. Negué con la cabeza. No, no lo había leído, aunque sabía que era un libro de poesía. Sofía, la profe de Lengua, nos había comentado algo en clase que ya no recordaba, acerca del autor.

–Es un poemario muy especial para mí –me explicó–. El libro lo tengo desde que tenía tu edad. Me lo regaló…

Se detuvo y noté que se emocionaba.

–¿Sabes? Yo viví en Soria durante unos cuantos años. Fueron los mejores de mi vida –suspiró–. De aquellos tiempos solo me queda este libro viejo, tan viejo como yo. Y los recuerdos. Dicen que perderé la memoria, pero yo no quiero olvidarme de Soria. ¿Quieres ser tú mi memoria?

–¿Tu memoria?

–Me gustaría contarte algo, ahora que me acuerdo bien. Cuando se borre de mi mente, permanecerá en tus pensamientos. Quiero regalarte mis recuerdos hermosos.

«¡Pues vaya regalo!», estuve a punto de exclamar. Ella siguió hablando, sin hacer caso de mi rostro pétreo. Me tumbé en la cama (al menos podría dar una cabezadita mientras la abuela me largaba su rollo), sin comprender que los recuerdos de un tiempo azul son el tesoro más valioso que alguien puede ofrecer.

–Antes voy a leerte una de las poesías.

Cerré los ojos, resignada. La voz de la abuela surgió cálida y suave como una caricia; no parecía ella quien hablaba, sino otra persona más joven, más vital. Era agradable escucharla con los ojos cerrados. El poema hablaba de un lugar evocador, un río, árboles...

He vuelto a ver los álamos dorados,

álamos del camino en la ribera

del Duero, entre San Polo y San Saturio,

tras las murallas viejas

de Soria –barbacana

hacia Aragón, en castellana tierra–.

Estos chopos del río, que acompañan

con el sonido de sus hojas secas

el son del agua, cuando el viento sopla,

tienen en sus cortezas

grabadas iniciales que son nombres

de enamorados, cifras que son fechas.

¡Álamos del amor que ayer tuvisteis

de ruiseñores vuestras ramas llenas;

álamos que seréis mañana liras

del viento perfumado en primavera;

álamos del amor cerca del agua

que corre y pasa y sueña,

álamos de las márgenes del Duero,

conmigo vais, mi corazón os lleva!

Cuando acabó, se quedó en silencio, las dos permanecimos mudas. Ella, como prisionera de un hechizo, y yo, sin saber bien qué decirle. Quizá la abuela esperaba que yo reaccionara, que le dijera lo bueno que me había parecido el poema; sin embargo, la somnolencia que me provocó aquella situación de calma me impedía pronunciar palabra. No se lo tomó a mal y continuó con el propósito que la había llevado a mi habitación aquella tarde.

–Describe un paseo precioso que hay en Soria, junto al río –consiguió que no pudiera dormirme del todo–. Antonio Machado caminaba por allí con su mujer, es muy romántico. Los enamorados ponen sus nombres en los chopos…

–¡Pobres árboles! Eso es una cursilada, abuela –fue lo único que se me ocurrió decir.

En lugar de ofenderse, se echó a reír. En condiciones normales, nunca se enfadaba; por eso el numerito de los garbanzos era una mala señal.

–Puede que tengas razón. Entonces yo era una adolescente como tú y estaba enamorada.

–¿Del abuelo Ernesto?

–¿Qué Ernesto?

Me incorporé; la pregunta de la abuela no tenía sentido. Vi su mirada fija en un lugar invisible, me dio miedo sacarla de allí, así que no me moví hasta que ella habló.

–No conoces Soria, ¿verdad?

–No, pero, si quieres, iremos juntas este verano, abuela.

–Este verano –suspiró.

Se puso en pie y, muy despacio, con el libro entre las manos, se encaminó hacia su habitación como si alguien la estuviese llamando y debiera acudir. Yo agradecí que se fuera, y cerré la puerta.

No cabía duda de que, si la abuela necesitaba algo, vendría enseguida. Esperaba que me dejase tranquila el resto de la tarde. ¿Debía contarle a mi padre que la abuela no se acordaba de su marido?

Quizá se tratara de un olvido fugaz.

2

Lucas llegó tarde a clase, como de costumbre. Lo malo era que a primera hora había clase de Lengua, con Sofía, y la profe, que era puntual, no soportaba a los tardones. Me dio rabia que no apareciese antes; así habría podido hablar con él, preguntarle por su fin de semana e intentar quedar con cualquier excusa. Cuando apareció, Sofía ya había empezado a corregir y Lucas se llevó una buena bronca. Todos los días se llevaba alguna, humillarlo parecía el objetivo de todos los profes; eso decía él mismo, y yo le creía. Yo creía cada palabra suya, como si fuese poseedor de la única verdad. Él solía revolverse, contestar de mala manera, hacerse el rebelde, reclamar justicia y echar la culpa a otro; pero esa vez se calló, no respondió. Entonces salté yo, abogada de pleitos pobres, como diría mi madre, y respondí por él.

–Los profes la tenéis tomada con Lucas. ¡Ya está bien! –grité.

Se hizo un silencio sepulcral. Sofía no toleraba esas contestaciones y se puso muy seria, algo inusual en ella.

–Lucas sabe que tengo razón y que lo aprecio; pero no debo pasar por alto este retraso.

Lo dijo mirando a Lucas, no mirándome a mí. Él asintió, le daba la razón a la profe. Yo me sentí ridícula. Mi pierna empezó a moverse de manera compulsiva (es lo que me ocurre cuando estoy nerviosa). Ahora ella me cogería manía por haberme pasado de chula. Para colmo, me pidió la tarea y no la había hecho.

–Con lo inteligente que eres, si trabajases más… –me dijo.

Y me sonó como una venganza. Era la frase de siempre, me desquiciaba escucharla en cada clase. No me daba la gana estudiar más ni hacer los deberes ni esforzarme para sacar un notable cuando con un aprobado era suficiente sin necesidad de dar un palo al agua. ¿Era tan difícil de entender?

–Gracias por lo de antes.

No esperaba que Lucas se me acercase al terminar la clase para agradecerme la absurda defensa que me había puesto en evidencia.

–Me ha extrañado que no respondieras.

–A Sofía no. Me dio clase también el curso pasado, cuando llegué al instituto. Me trataba siempre bien, me comprendía. Ella se preocupa de verdad por nosotros. ¿No te has dado cuenta? No regaña sin motivo.

–No, para mí todos los profes son iguales: el enemigo. Se trata de pasar inadvertida, que no me vean y que me aprueben.

–Con Sofía no te resultará fácil. Sabe quién trabaja y quién no, quién se ha enterado de las explicaciones y quién no, y hará todo lo posible para que aprendas y no te conformes con poco.

–¡Pues vaya rollo! Prefiero al de Inglés, que le da lo mismo lo que hagamos con tal de que no molestemos.

–A final de curso habrás aprendido poco inglés y mucha lengua.

–Hablas como un profe –me reí.

–Tienes razón: no parezco yo –rio también.

Desde ese día, me dediqué a observar a la profe. ¿Sería verdad lo que decía Lucas? Al día siguiente, levanté la mano para corregir un ejercicio y lo hice bien. Me regaló una sonrisa sincera, que yo le devolví. Al menos no me había cogido manía por la contestación, y aquello me hizo pensar que Lucas sabía reconocer a las buenas personas gracias a esa sensibilidad especial que poseía. No solo era guapo, rebelde e inteligente; también irradiaba un encanto propio de la gente que se preocupa por los demás. Su rostro ovalado, sus ojos verdes y su cabello liso y oscuro completaban la lista de sus cualidades. Me gustaba mucho, tanto que no era capaz de disimularlo.

–Se te nota demasiado que estás por Lucas –me soltó Alicia, mi mejor amiga.

–¿Y qué? –respondí ofendida.

–Nada. Pero no eres la única.

–¡Vaya! –salté fastidiada–. ¿Cuántas más? ¿Crees que lo sabe?

–¿Lo tuyo o lo de las otras?

Alicia creía saberlo todo sobre Lucas; tuvo la suerte de ser su compañera de mesa. Nos colocaron por orden alfabético y le tocó al lado; me habría cambiado por ella, pero no era posible. Pensé, ingenua de mí, que al menos me beneficiaría. Mi mejor amiga me podría ayudar a conseguir la atención de Lucas, la amistad de Lucas, el amor de Lucas. De nuevo, nada salió como había planeado.

–A las seis hemos quedado unos cuantos en el parque del río. ¿Te apuntas? Vendrá Lucas.

Sabía de sobra la respuesta; por eso me miró con picardía y luego se rio. Alicia era la dueña de la clase, la más divertida, la líder de las chicas. Siempre me arrastraba adonde ella quería, y yo me dejaba porque era más cómodo. Era alta y parecía la mayor de clase; a mí me sacaba unos cuantos centímetros, aunque las dos nacimos en julio del mismo año. Siempre estaba contenta, como si viviera en el país de las maravillas, sobre todo si se hacía lo que ella ordenaba. Nos conocimos en primero, al llegar al instituto, y no me había separado de su lado desde entonces. Hasta jugábamos en el mismo equipo de vóley. Ser su amiga me daba fuerza, como si me hubiesen elegido los dioses para ser su compañera de aventuras, su lacayo, su guardaespaldas, su sombra. A su lado me desdibujaba, aunque no me importaba, porque disfrutaba de la compañía, de la alegría contagiosa y de la complicidad de alguien tan especial como ella.

Pasé la tarde esperando a que llegasen las seis, sin otra ocupación que escuchar a todo volumen el último disco de Conan Gray y hacer unos pocos deberes de Lengua para que Sofía no me volviese a pillar. A las cinco, los planes se torcieron.

–Lola, tengo que salir un momento –me dijo mi madre–. Te quedas con la abuela…

–¿Cómo? –salté furiosa–. He quedado a las seis, así que me iré aunque no hayas llegado.

–No serás capaz.

–Haz la prueba –desafié a mi madre.

Se marchó dando un portazo, y aquel gesto me cargó de razón. Me iría a las seis menos cuarto para llegar a tiempo, hubiera regresado mi madre o no. Tampoco le iba a pasar nada a la abuela por quedarse sola un rato, ni que fuese una niña pequeña. Mis reflexiones me exculpaban, así que a la hora prevista me dispuse a marcharme. La abuela seguía en su habitación, quizá durmiera la siesta. Di unos golpes en la puerta, pero no respondió.

–¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Como no respondía, abrí despacio para no despertarla. La encontré sentada en la cama con el libro de Machado en las manos. Leía moviendo los labios, hasta que se percató de mi presencia.

–Ven, Lola –me llamó–. Verás qué buena memoria tengo. Este poema puedo recitarlo sin mirar. Compruébalo.

Me tendió el volumen abierto.

–«Al olmo viejo, hendido por el rayo…».

Recitaba despacio y sin mirarme. Cada vez le ocurría más: fijaba la mirada en un punto de la pared, en un lugar lejano que solo ella conocía. La vi tan abstraída que no quise interrumpirla. No se enteraría de si me encontraba a su lado o no. Pensé que no me necesitaba para nada, que le bastaban sus recuerdos. Miré el reloj, llegaba tarde. Deposité el libro sobre la mesilla y me escapé en silencio, sin escuchar cómo acababa la poesía.

Corrí hasta el lugar del parque donde solíamos quedar. Mis amigos pensarían que ya no acudiría a la cita, pues yo no solía llegar tarde. Se habrían marchado y a saber dónde estarían, me decía, al tiempo

que renegaba de mis obligaciones como nieta sin tener muy claro a quién culpar.

–Mierda.

Como temía, ya no estaban en el banco de siempre. Mi tendencia a dramatizar olvidaba que no sería difícil localizarlos: nunca salíamos del parque, y podía escribir a Alicia para preguntar dónde se habían metido. Respiré cuando vi un grupo a lo lejos y corrí para que no se me escaparan. Al llegar, me di cuenta de que Alicia y Lucas no se encontraban allí. Pregunté a Marina por ellos y me señaló otro banco, detrás de unos árboles. Advertí la sonrisa maliciosa que dibujaron sus labios, pero preferí no interpretar.

–Pensaba que ya no vendrías –dijo Alicia nada más verme.

Se levantó y me abrazó, como hacíamos cada mañana y cada tarde, aunque nos hubiésemos visto unas horas antes. Lucas no se movió del banco.

–He tenido que ocuparme de mi abuela. Un rollo –conté.

–¿Sabes que los de primero de bachillerato se van a quedar sin viaje a Italia? –me preguntó Lucas–. Mi hermano está muy cabreado. Todo el curso esperando el viaje y, al final, nada.

–Es por lo del virus ese, ¿verdad?

–Sí, han desaconsejado visitar Italia. Están buscando otro destino. Lo importante es que vayan juntos a alguna parte.

–Si nos pasa a nosotros lo mismo, me da algo –comenté–. Menos mal que nuestra excursión es en mayo y a Granada. Esa no nos la chafa nadie. ¡Qué ganas tengo!

–Uf, falta mucho todavía. De momento, hay que hacer el examen del jueves –dijo Alicia.

–¿El jueves? ¿De qué? –en mi despiste habitual, no me había enterado.

–De Mates, tía. Que estás en la luna.

Reí de manera escandalosa, como también era habitual en mí.

–Te voy a llamar Lol en vez de Lola –rio Lucas.

–¿Lol?

–Sí, Laughing Out Loud. Porque te ríes muy alto y mucho. Esto del bilingüismo nos está trastocando.

Volví a las sonoras carcajadas y él me siguió. Le favorecía mucho reírse; no cerraba los ojos, como hacía yo, y agitaba la cabeza para apartar el flequillo con un gesto inconfundible.

–¿Qué haríais si nos pasara como en Italia: si no nos dejaran salir de casa?

Ahora recuerdo la pregunta de Lucas y se me eriza la piel. Fue como un presentimiento siniestro, como un augurio inocente pero certero.

–Yo me volvería loca –aseguró Alicia.

–Loca –reí–, así me llamaba mi abuelo.

–¿Y eso? –quiso saber Lucas.

Les conté la historia de mi apodo y olvidamos responder a la pregunta funesta que marcaría nuestro futuro próximo. Aún éramos ignorantes. La conversación tomó otros derroteros, ya no recuerdo bien de qué más hablamos. Regresé a casa contenta, con la idea de que Lucas no se encontraba tan lejos. Quizá algún día me llamase Lol al oído; el nuevo apodo me iba como anillo al dedo, mejor que aquel otro que, años antes, me había encasquetado mi abuelo Ernesto.

¡Qué guapo y qué listo era Lucas!

3

Cuando llegué a casa, me esperaba un gran revuelo. Mamá salió a recibirme desencajada.

–¿Cómo se te ocurre dejar a la abuela sola?

–Yo… –balbucí–. Fueron unos minutos, ella estaba bien.

–Mira en tu cuarto –ordenó mamá.

Lo encontré revuelto, los libros y los papeles por el suelo, las estanterías más bajas vacías y todo desparramado. Sobre la cama, el cuadro con mi nombre bordado tenía el cristal roto en mil pedazos.

–Ha sido la abuela –dijo mi madre desde la puerta–. Le ha dado una crisis cuando estabas fuera. Se ha cortado con el cristal.

El cuadro me lo había regalado una amiga de mi madre cuando era niña. Era un poco cursi eso del nombre bordado con unas margaritas de adorno, pero le tenía cierto cariño. No entendía por qué a la abuela le había dado por cargarse su propio nombre.

–Ve a acompañarla –me pidió–. Y pídele disculpas.

–¿Disculpas? ¡Si ha sido ella quien me ha destrozado la habitación!

Me miró desafiante, me estaba pasando de lista. Debía pedir perdón a las dos, pero un absurdo orgullo me impedía reconocer la verdad. Interpreté la mirada como una orden y me encaminé a la habitación de la abuela. La encontré en la misma postura que cuando me escapé de su lado, con el libro y una venda en la mano derecha.

–Lo siento –susurró–. No sé por qué lo he hecho.

Parecía una niña que había cometido una travesura. Pensé que iba a ser mucho más difícil convivir con ella de lo que habíamos supuesto. ¿No se encontraría mejor en su propia casa con alguien

que la cuidara? Así nos ahorraríamos disgustos en la mía.

–Cierra la puerta. Quiero contarte la verdad.

Su voz adquirió un tono misterioso, como si guardara un oscuro secreto. Resultaba cómico… ¿Qué terrible historia ocultaba una anciana octogenaria? Me reí y ella correspondió con una sonrisa. Fui obediente y cerré la puerta.

–Sí sé por qué lo he hecho –confesó.

Intrigada, me senté a su lado en el sofá cama. Dejó el libro a un lado y agarró mi mano con fuerza.

–Entré en tu cuarto a buscarte. Me gusta cuando estamos solas y podemos hablar de cosas que no debo contarle a tu padre. Tú me entiendes mejor que ellos.

Volví a reír; la ingenuidad de la abuela me enternecía.

–Vi que no estabas y me enfadé un poco porque me habías dejado sola. Entonces vi el cuadrito. Yo no quería que te pusieran de nombre Lola, y me puse furiosa. Tu padre se empeñó en llamarte como yo, pero yo prefería que fueses Leonor. Aunque insistí, no me hicieron caso, no entendían mi empeño en un nombre que nada tenía que ver con la familia y que a tu padre no le gustaba. Lola suena muy bien, decían; ya no hay niñas con ese nombre, así se parecerá a ti. Y me tuve que callar. ¿Cómo explicarles que Leonor era mi verdadero nombre?

–¿Te llamas Leonor? –pregunté incrédula; sería otra de sus locuras.

–Así me llamaba alguien muy especial para mí. Durante unos años fui Leonor.

Me acordé del apodo que me había adjudicado Lucas aquella misma tarde. ¿Sería algo parecido lo que le ocurrió a la abuela? De pronto sentí curiosidad. Dejarla hablar sería una manera de resarcirla, de disculparme por el error de haberla abandonado con su soledad y su cabeza medio desquiciada.

–¿Quién te llamaba Leonor?

El rostro de la abuela se transformó, ya no miraba a un punto lejano; sus ojos adquirieron un brillo y una viveza propios de alguien más joven y menos enfermo. Fue como si rejuveneciera de golpe.

–Me lo puso él, Antonio –habló mirándome a la cara, pendiente de mi reacción, y yo la escuché con interés–. Cuando nos trasladamos a Soria, pensaba que me iba a encontrar muy sola. Acababa de cumplir catorce años y dejaba a mis amigos en Valladolid, donde había nacido; empezar de nuevo me parecía difícil. Tu bisabuelo, que trabajaba en Correos, cambiaba de destino en cada ascenso y aquello trastocó mi vida. No paré de quejarme desde que mi padre nos anunció el traslado: odiaba Soria sin haberla pisado nunca, odiaba el colegio nuevo, odiaba alejarme de mis amigas y de los soportales de la Plaza Mayor donde jugaba cada tarde. Sin embargo, de manera inesperada, la ciudad se mostró benévola y me regaló los años más intensos de mi vida: amistad y amor como nunca los había sentido antes. Al llegar, Soria me pareció un poblachón oscuro y frío, y la casa nueva, mucho más fea que la que habíamos dejado. Pero comencé a cambiar de impresión al día siguiente, cuando mi padre nos llevó de paseo por el río. Caminamos de San Polo a San Saturio los tres de la mano, bordeando el Duero, por un camino de chopos que se reflejaban en el agua como en un espejo. ¿Te acuerdas de la poesía que te leí el día que llegué a esta casa?

–Sí: esa de los enamorados cursis que ponen sus nombres en los árboles –me burlé.

–Sí. Es un lugar maravilloso: el río, el sonido del viento en las hojas de los chopos, la iglesia excavada en la roca... Machado describe muy bien ese paseo, muestra el alma del paisaje. En ese instante sentí una felicidad desconocida; ya no era alegría infantil, sino un sentimiento más hondo, de plenitud adulta. Dejaba atrás Valladolid y la infancia, e intuí que me esperaban grandes acontecimientos en aquella ciudad o, al menos, gozaría de la calma de un lugar tan bello. Y eso que aún no conocía el poema de Machado. Cuando Antonio me lo leyó, unas semanas después, sentí que el poeta hablaba para mí.

–¿Quién era ese tal Antonio? –pregunté impaciente.

–¡Eh, tranquila! –protestó–. Tengo que contarlo todo desde el principio para que lo entiendas. Después del paseo por el río, dejé de quejarme: era un buen presagio, y afronté la llegada al colegio como una oportunidad más que como un cambio indeseado. He comprobado que comenzar una andadura vital con optimismo contribuye a que las cosas salgan bien. Mis padres debieron de notar el cambio y se miraban cómplices, como si hubiera sido un logro personal, sin saber que era la misma ciudad la que me había seducido. Encaré mi primer día de escuela con la sonrisa en los labios. En el colegio, las monjas llevaban sobre sus cabezas unos tocados blancos almidonados que jamás había visto, y las niñas, todas idénticas, marchábamos al compás de sus órdenes vestidas con el mismo uniforme. De lejos, no resultaba fácil distinguir a unas de otras, pero ya en el aula descubrí que eran parecidas a mis compañeras de Valladolid, igual de divertidas y de ruidosas cuando las monjas se alejaban. «Eres nueva, ¿verdad?», me preguntó una chica de trenzas rubias y mirada pícara. Yo asentí con la cabeza, ella me dijo que se llamaba Amelia y yo respondí con mi nombre. Amelia es la mejor amiga que he tenido nunca: ni la distancia ni el tiempo ni la tragedia han podido con nosotras.

–Como Alicia y yo –salté–. Es mi mejor amiga.

–Eso está bien. No la pierdas nunca. Las amigas de la adolescencia nos conocen mejor que nadie.

–¿Y vive todavía esa amiga tuya?

Nada más pronunciar la pregunta me arrepentí. Era como certificar que la gente a su edad está más muerta que viva.

–Sí –dijo sin malinterpretarme–. Durante muchos años nos hemos seguido viendo con regularidad, pero la vejez y los achaques nos impiden ahora viajar para vernos. Su casa siempre fue mi casa. Ella me presentó a las demás compañeras, me hizo sentirme aceptada enseguida y nos convertimos en inseparables. A veces ocurre con las personas: te acabas de conocer y ya sabes que tienes mucho en común, que puedes ver el mundo con los mismos ojos. Además, compartíamos el mismo ritmo vital, y eso es imprescindible.

–¿Qué es eso del ritmo vital?

–Quiero decir que las dos éramos madrugadoras, puntuales y rápidas a la hora de hacer los recados, de estudiar, de salir.

–Bueno, yo soy puntual, pero Alicia no tanto. Y lo de rápidas a la hora de hacer las cosas… Yo soy más vaga que ella.

–Lo interesante es que coincidáis. Si no, acabas desesperándote. Amelia y yo detestábamos la noche. Yo más. Es un defecto de fábrica: nunca he sido noctámbula, no me interesa lo que ocurre cuando el sol desaparece; con la luz soy capaz de comerme el mundo, a oscuras no soy nadie. Encima sufro de insomnio, desde siempre. Una tarde en que habíamos quedado para estudiar en mi casa, nos lo contamos. Era nuestro secreto compartido: la dos amábamos la luz y odiábamos la oscuridad. Hasta nos poníamos una lucecilla en el dormitorio para no sucumbir a las tinieblas. Es lo que más me gusta de estar aquí con vosotros: que por las noches estoy acompañada, aunque no pueda dormir.

–Hay días que yo también duermo mal –aseguré–. Me pongo a darle vueltas a las cosas y no pego ojo.

–Pues vente aquí, al sofá conmigo, y nos hacemos compañía.

–Lo tendré en cuenta, abuela.

–Amelia y yo preferimos madrugar que acostarnos tarde, nos gusta hacer un alto después de comer, echarnos una siestecilla estemos donde estemos. De noche me asaltan las sombras, no me dejan dormir; sin el sol, todo parece amenazante, y nunca me gustó estar sola en la oscuridad. Es lo que más me costó superar tras la muerte de tu abuelo. Por eso invitaba a gente o alquilaba la habitación que me sobra a quien la necesitara. Me alegro de estar con vosotros, las noches se me hacen menos largas. No me gustan los días tan cortos del invierno, no quiero despertarme y que siga siendo de noche. A Amelia le pasa igual, por eso ahora tiene una señora que duerme en su casa; de día se basta ella sola.

–¿Por qué no has hecho tú lo mismo?

–¡Ay, hija! Lo mío no es solo insomnio, me temo. Tus padres prefieren tenerme bien vigilada.

–A ver, ¿qué estáis haciendo? –mi madre apareció en la puerta para interrumpir el relato y darle la razón a la abuela.

–¿Lo ves? Me tienen vigilada.

Reímos las dos y mi madre sonrió, extrañada de nuestra repentina complicidad.

Me quedé con las ganas de saber quién era ese tal Antonio, pero sabía que, más pronto que tarde, la abuela me contaría el resto de la historia. Empezaba a percatarme de lo que significaba convertirse en la memoria viva de alguien que está perdiendo la suya.

Y no me disgustaba.

4

–Amelia, Amelia.

La voz de la abuela me despertó a media noche. Me había pedido que dejase la puerta de mi habitación abierta: desde su cuarto veía el mío y eso la tranquilizaba. Eran las tres de la madrugada cuando la escuché llamar a su amiga de la infancia; no era un grito, parecía más bien un lamento, como si requiriera su presencia por algún asunto importante.

–Amelia, Amelia –repitió varias veces.

Si seguía así, acabaría despertando a mis padres y no me dejaría pegar ojo, así que me levanté dispuesta a cerrar la puerta. Al llegar al umbral, la abuela se incorporó y me llamó:

–Amelia, ¿eres tú?

–No, soy Lola.

–¿Lola?

–Sí, Lola, Lola –respondí airada–. Tu nieta. Venga, ¡a dormir! –la reprendí como a una niña pequeña.

–No quiero dormir –se quejó–. Quiero hablar contigo.

Bufé, como de costumbre, pero acabé sentada en la cama a su lado. En verdad, a mí también se me había pasado el sueño. Además, había tardado en dormirme, dándole vueltas a las palabras y al rostro de Lucas, que no se me iban de la cabeza.

–¿De qué te estaba hablando esta tarde?

–De esto mismo, abuela. De lo poco que os gusta la noche a ti y a tu amiga Amelia.

Frunció el ceño y se concentró, como si hiciera un esfuerzo por

recordar.

–Sí –sonrió de pronto, como si la memoria hubiera despertado de golpe y eso la hiciera feliz–. Ese defecto compartido nos divertía. «Mi hermano mayor se burla de mí, dice que soy una miedosa», me dijo Amelia. Y así me enteré de que Amelia tenía un hermano mayor. Estudiábamos en mi casa porque decía que en la suya había un jaleo enorme: tres hermanos pequeños que enredaban como veinte. Hasta ese momento, nunca me había hablado de un hermano mayor.

–¿Antonio? –intuí que al final habíamos llegado al nombre que me interesaba.

–Sí, Antonio –suspiró–. Pocos días después, a la salida del colegio, un chico montado en bicicleta se me acercó. Al principio me asusté; nos habían enseñado a no hablar con desconocidos, a no detenernos.

–A tener miedo de todo, a no salir de casa… –me habían hablado de aquellos tiempos un tanto oscuros para las chicas.

–Bueno, en mi caso tampoco fue para tanto. Mis padres eran modernos para la época y querían que tuviera una mente abierta. Eso me ayudó mucho: fui una mujer algo distinta a las de mi generación. Pero eso viene luego. Ahora estábamos con Antonio. Aquel chico de la bici me soltó: «Eres Lola Izquierdo», y yo me quedé atónita. ¿Cómo sabía mi nombre? No contesté y él empezó a dar vueltas alrededor de mí. «No te pega ese nombre. ¿Quieres que te ponga uno nuevo?». Me ponía nerviosa su actitud, así que me planté delante de él y le solté con descaro: «¡Déjame en paz, idiota!». Él se rio, dejando ver unos dientes perfectos. Era guapo, el diablo. «Soy Antonio, el hermano de Amelia. Todos los hermanos llevamos nombres que empiezan por A: Antonio, Amelia, Andrés, Ángela y la peque, Anita». Lo miré y sonreí, se parecía a su hermana: el mismo cabello rubio, los mismos ojos claros, aunque los rasgos de su rostro resultaban más marcados. Pensé que era un tramposo: «¿Cómo me conoces, si nunca he estado en tu casa?». «Pero sé dónde estudias y te he visto salir con Amelia muchos días. Os he espiado; a mi hermana no le gusta que la siga, es para hacerla rabiar». Hablaba y me miraba con descaro. Me hacía gracia esa

soltura y me gustaban aquellos ojos verdes clavados en los míos. «Sé que vienes de Valladolid, que eres hija única y que te asusta la oscuridad». Me paré en seco, un poco enfadada. ¡Amelia le había contado nuestro secreto! «No soy miedosa, ¡qué te has creído!». Quise ponerme igual de chula que él, sin lograrlo. «Ya lo veo. Eres guapa y no te asusta hablar conmigo». «¿Por qué me iba a asustar?», le pregunté. «Porque no me conoces y no sabes de lo que soy capaz para gustarle a una chica como tú», soltó sin pudor, y yo enrojecí. «Seguro que aún no conoces bien Soria; mi hermana y tú os pasáis el día estudiando y os divertís poco». «¡Qué sabrás tú!», respondí. «Me gustaría enseñarte la ciudad, sus secretos, sus rincones, sus luces y sus sombras. No encontrarás mejor guía. ¿Te atreves, Leonor?». Iba a responderle que no me llamaba Leonor, que de dónde había sacado esa idea, pero no me dio tiempo. «Me gusta más que Lola. Te voy a rebautizar. En Soria serás Leonor». «¡Qué descarado eres!», le contesté riendo. «Si quieres, mañana mismo, a la salida del colegio, te explicaré por qué he elegido ese nombre, Leonor». «Inténtalo», lo reté. «No dudes que lo haré». Y se marchó haciendo sonar el timbre de la bicicleta. Esa noche no dejé de pensar en él, en la cita prevista y en el enigma de aquel nombre.

Pensé en mí misma, en cómo el amor es parecido en cualquier época. La abuela, a los catorce, perdía el sueño por ese Antonio, y yo, por Lucas. Sin poder evitarlo, le adjudiqué al joven de Soria los mismos rasgos que a mi compañero de clase favorito.

–Al día siguiente, dudaba si enfadarme o no con Amelia. Se había enterado con todo detalle de mi encuentro con su hermano del día anterior. «¿Por qué no me contaste que tenías un hermano mayor? ¿Por qué sabe tantas cosas de mí? ¿Por qué le has contado nuestro secreto?». Estaba rabiosa y la acribillé a preguntas. «Él me prohibió que te dijese nada, ¡y menudo es Antonio cuando le llevo la contraria! Lleva preguntándome por ti desde el primer día que nos vio juntas. Siempre anda siguiéndome con la bici. Siento no habértelo dicho». Noté que Amelia estaba a punto de llorar, que de verdad no había podido evitar la curiosidad de su hermano. «Ahora no querrás ser mi amiga». La abracé para demostrarle que no era así, que la seguía queriendo igual. Le dije que no se preocupara, que su hermano me había parecido simpático y que había quedado con él esa misma tarde. Abrió unos ojos como platos y se quedó muda.

Yo me eché a reír y nos abrazamos otra vez. Tiempo después, me confesó que había rezado para que Antonio y yo nos hiciésemos novios y así no separarse nunca de mí.

El ruido de la puerta nos sobresaltó y nos sacó de golpe de la narración que la abuela desgranaba solo para mí.

–¿Qué os pasa? –era mi padre, en pijama y con cara de sueño.

–No podemos dormir y hablábamos –respondió la abuela por las dos.

–Esta niña tiene que levantarse pronto para ir al instituto mañana, mamá. No es momento de andar de cháchara. Te daré una pastilla para que duermas bien.

–¡Ay! ¡Las dichosas pastillas! –protestó–. Sí, me ayudan a dormir, pero al día siguiente no me acuerdo de nada. Es como si me borrasen…

–El disco duro –completé la frase.

–Eso –rio–, este disco duro que cada vez es más blando.

–Bueno, aquí tienes una memoria externa –dije señalándome a mí misma.

La abuela me abrazó emocionada.

Antes de entrar en mi habitación, papá me dio las gracias.

5

Lucas me quitaba el sueño y me alteraba cuando estaba despierta. Me costaba concentrarme, porque su imagen se cruzaba en mi pensamiento en medio del estudio y de la vida cotidiana. En clase no lo perdía de vista, y esperaba que me respondiera con una sonrisa cuando nuestras miradas se cruzaban; si me sonreía, me regalaba un instante de felicidad. Al salir de clase, procuraba coincidir con él y lo acompañaba hasta su casa, que no quedaba de paso de la mía; a veces se unía Alicia y me parecía que los tres formábamos un gran equipo: ella, alta, fuerte y generosa; Lucas, delgado, delicado y rebelde, y yo, fibrosa, pequeña y desconcertada. Cada uno con su personalidad a medio hacer.

–¿Quedamos esta tarde? –preguntaba yo siempre.

–Tengo que recoger a mi hermano pequeño y quedarme con él haciendo los deberes –contestaba Lucas.

–Hay entrenamiento –cortaba Alicia–. ¿A qué hora pensabas quedar?

Menos mal que ella también formaba parte del equipo de vóley; si no, habría olvidado la mayoría de los entrenamientos. Alicia me hacía la vida más fácil porque vivía pendiente de mis olvidos y de mis carencias para suplirlos con su eficiencia. Era la capitana de un equipo de perdedoras; eso no encajaba con su carácter de líder, aunque al menos ejercía de jefa a la perfección y todas la seguíamos sin rechistar. Siempre veía el lado positivo, hasta cuando nos daban una soberana paliza. Soportaba las derrotas y se las tomaba como un aprendizaje: «De esto saldremos más fuertes», decía cada vez que perdíamos. Y yo la creía. Era como si viviera en el país de las maravillas, igual que el personaje de Lewis Carroll que llevaba su nombre.

–Y examen de Matemáticas, que no se te olvide –me recordó Lucas.

¡Lo que me faltaba!

Lucas lo tenía más complicado que nosotras: sus padres se habían separado y ellos se habían quedado con la madre, que tenía que hacer malabares para llegar a fin de mes y descargaba sobre él la responsabilidad de cuidar del hermano pequeño, mientras el mayor se afanaba por aprobar bachillerato. Se quejaba poco de la situación familiar y mucho del instituto; era su manera de rebelarse contra la realidad, de desahogar su enfado. Respondía con descaro a los profesores cuando algo le incomodaba, se enfrentaba a los compañeros que le reprochaban que esa actitud perjudicaba a todo el grupo y hablaba cuando no le preguntaban. Estaba al borde de la expulsión, aunque parecía darle igual. Adoptaba una actitud indiferente, pero yo sabía que era falsa, pues, cuando nos encontrábamos los tres solos, dejaba escapar su sensibilidad y sus auténticas preocupaciones.

–Veo a Pablo muy triste y a Martín demasiado nervioso.

Pablo era su hermano mayor, y Martín, el pequeño. Percibía cada cambio de humor en quienes lo rodeaban, y aquella cualidad me parecía asombrosa y poco envidiable, pues le hacía sufrir por los demás de una manera que entonces me parecía innecesaria.

–Y tú estás muy callada –me dijo–. Echo de menos tu risa, Lol.

Solté una carcajada para complacerlo. Tenía razón: quizá fuera la presencia desconcertante de la abuela o mis sentimientos crecientes hacia él, que no sabía cómo gestionar. ¿Qué debía hacer? ¿Insinuarle que me gustaba? ¿Esperar su reacción? Nunca me había enfrentado a una situación semejante, y se me hacía una montaña.

–Hay que organizar algo divertido –habló entonces Alicia, dispuesta a alegrarnos la vida–. El sábado, después del partido, podemos quedar en la pizzería con todos los que quieran apuntarse. Yo me encargo.

Alicia se entusiasmaba con facilidad, aunque a veces encontraba otra cosa que le resultaba más atractiva y dejaba a medias lo anterior. En el primer trimestre le dio por pintar al óleo; siempre dibujó muy bien: copiaba cuadros impresionistas y de Van Gogh, dispuesta a convertirse en un nuevo genio del arte. Me regaló uno con girasoles, y a Lucas, un amanecer rojizo que me pareció más feo

que el mío. Luego lo dejó y se entusiasmó por el cómic desde un día que el profe de Plástica nos pidió uno como trabajo de grupo. Lo hizo ella sola, yo no puse inconvenientes con tal de no hacer nada, pero los otros dos compañeros se quejaron ante la actitud avasalladora de Alicia. Ella era así. Me prometió que dibujaría un cómic contando nuestra amistad, aunque me daba la impresión de que ese furor también acabaría desinflándose, obsesionada después por el diseño gráfico. Un par de veces le pregunté por el cómic y respondió dándome largas.

A Lucas le entusiasmaba el skate. Llevaba su tabla a todas partes, y más de una vez se la confiscaron en el instituto por usarla donde no debía. También le gustaba leer, más que a nosotras, y el cine. Como no disponía de dinero suficiente para acudir a estrenos, veía las películas en casa, ya fueran clásicas o modernas. Tenía unos gustos raros: no le llamaban la atención las de superhéroes que a Alicia y a mí nos fascinaban, con sus ruidos, peleas, explosiones y todo ese alarde de efectos especiales. Él prefería las de miedo y las que «contaban una historia», según sus propias palabras, sobre todo si estaban basadas en novelas; por eso sus gustos resultaban un tanto antiguos, extraños para alguien de nuestra edad. Yo no había visto ninguna de las películas de las que nos hablaba, pero disfrutaba escuchándole narrar el argumento, como si me contase un cuento. Yo imaginaba la historia en mi cabeza, y así veía la película a mi manera.

Los dos tenían talento, poseían un don, mientras que yo me mostraba borrosa en medio de ellos, sin nada interesante que ofrecer salvo mi risa estridente y mi compañía fiel.

–Ayer vi Memorias de África –nos contó Lucas.

–¿Una de esas pelis antiguas que te gustan?

–No tanto: es del año 1986.

–¡La prehistoria! –saltó Alicia–. Casi no habían nacido ni mis padres.

–Eres una exagerada –replicó–. Deberíais verla, es maravillosa.

–Prefiero que me la cuentes tú –confesé.

–Es muy larga.

«Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte», iba a decir, pero me pareció demasiado explícito.

–No hay prisa –dijo Alicia, que tiene más reflejos que yo no solo en el vóley.

–Los actores protagonistas son Robert Redford y Meryl Streep, ¿os suenan?

–Ella es la que hace de madre en Mamma Mia! –respondió Alicia por las dos–. Esa la hemos visto. Pero él…

–Es el galán guaperas de los ochenta. Os gustaría... Es rubio con los ojos claros.

–Yo prefiero los morenos –solté sin pensar, mirando su cabello.

–Bueno, ¿empiezas o qué? –le apremió mi amiga.

–Está basada en la novela que escribió Isak Dinesen contando su vida en África, donde tuvo una plantación de café…

Escuché, absorta, cada una de sus palabras. Quizá me habría dormido delante del televisor viendo esa película de amores y paisajes africanos, pero la voz de Lucas era una delicia y me gustaba imaginar los lugares y las situaciones que describía. Nos veía a Lucas y a mí como los protagonistas, volando en el avión, bailando a la luz de una hoguera o disfrutando de veladas envueltas en relatos.

Pasamos un rato genial, sentados en un banco, comiendo pipas y paseando de vez en cuando para entrar en calor, hasta que llegó el desenlace y se me escapó una lágrima.

–¡Qué bonita! –exclamó Alicia, también emocionada–. Y qué bien lo cuentas. Eres el mejor contador de películas del mundo.

Él sonrió, la agarró por el cuello y le plantó un sonoro beso en la

mejilla. Sentí una punzada de celos: quería ese beso, pero Alicia siempre se me adelantaba. Podría haber sido yo quien alabara su habilidad, pero nunca me salían las palabras en el momento justo. A ella sí. Me dio rabia, porque casi siempre era yo quien escuchaba las películas hasta el final, mientras que mi amiga, demasiado inquieta como para quedarse parada más de cinco minutos, acababa ignorándolo: miraba el móvil o se levantaba y se marchaba sin ningún miramiento.

Regresé a casa con el disgusto atravesado en el estómago. La tarde había sido estupenda hasta el dichoso beso. Saludé a mi familia. Mis padres no me preguntaron nada, cansados de mi escasa expresividad y de mis malas contestaciones cada vez que intentaban saber más y yo me rebelaba. Pero la abuela desconocía esa faceta mía y se empeñaba en sacarme información.

–¿Te lo has pasado bien? ¿Qué has hecho toda la tarde? –me asediaba a preguntas.

–Nada, con los amigos –solía ser mi escueta respuesta.

La tarde que Lucas nos contó Memorias de África, la abuela quiso seguir regalándome sus recuerdos y me arrastró hasta su cuarto antes de la cena. No me apetecía escucharla, aunque pensé que, si me encerraba en mi habitación, no dejaría de darle vueltas a la escena del beso.

–Aquí eres la única que me hace caso –se quejó–. Esos dos andan demasiado ocupados con el dichoso negocio.

El dichoso negocio era la farmacia que, con enorme esfuerzo, mis padres habían logrado regentar. Debíamos al banco hasta las pestañas, según decía mi madre, y echaban horas a destajo: cuando no era el uno, era el otro, o los dos a la vez. Yo también los echaba de menos. Aunque, quizá, la preocupación de mis padres aquellos días fuese por otros asuntos más graves que aún no se nos habían venido encima.

–Mi amigo Lucas me ha contado la película Memorias de África.

–¡Ay! ¡Es preciosa! –exclamó mi abuela–. Robert Redford me

recuerda un poco a Antonio, en lo rubio y en lo guapo.

Reí a carcajadas. No me la imaginaba con su Antonio en medio de la sabana africana, como los protagonistas.

–Es raro que un chico de ahora cuente películas como esa.

–Sí, es raro. Aunque tu Antonio seguro que era más raro.

Entonces fue ella quien rio.

–Me gusta la gente diferente, es la mejor. Lo normal es aburrido, ¿no crees?

Yo era aburrida, ni especial ni interesante. Me limité a hacer un gesto, a levantar los hombros, como si no supiera qué responder.

–Prefiero a quienes son capaces de contar con gracia. Pero contar no sirve de nada si no hay alguien que escuche bien. Como tú –aseguró señalándome con el dedo.

–¡Menos mal que hago algo bien!

–¡Si eres un sol! Aguantas a esta vieja y sus rollos, aunque a veces se me vaya la cabeza y no sepa ni quién soy –dijo con tristeza.

Sentí el impulso de tocarla (me producía ternura su cariño incondicional) y acaricié sus manos.

–Aún no he acabado de contarte mi historia con Antonio.

–Venga, ya estás tardando.

6

–Cuando lo vi esperándome en la puerta del colegio, me puse nerviosa. Se acercó con la bici y nos saludó a Amelia y a mí. «Luego te veo en casa», le dijo a su hermana para espantarla. Ella obedeció, no sin antes regalarme una sonrisa cómplice. «Sube», me dijo. No era fácil encaramarse a la bicicleta con la falda tableada del uniforme. Me percaté de que un grupo de niñas me miraba con desaprobación e intenté ignorarlas. Me acomodé como pude y me agarré a su cintura para no caerme, pues salió embalado, pedaleando con una fuerza endiablada. «Soy un centauro de las dos ruedas», dijo entre risas. «La bici y yo somos uno. Y cuando tenga dinero me compraré una moto. Voy a vivir siempre sobre dos ruedas». Cruzó la ciudad en dirección al río y enseguida intuí su propósito. «Sé que me llevas al paseo entre San Polo a San Saturio, ya he estado allí», solté burlona. «No lo dudo, pero no lo has visto a través de los ojos del poeta». Me callé y disfruté del aire fresco en la cara y del contacto de mi cuerpo con el suyo, pues yo cada vez me estrechaba más, y ya no era precisamente por miedo a caerme.

–¡Qué listo el chaval! –reí, y le contagié mi risa.

–Se detuvo en medio del recorrido, me pidió que me fijara en el sonido de las hojas de los árboles, en el rumor del agua, en los colores del río, en la placidez de las hojas cayendo en otoño... Entonces empezó a recitar de memoria el poema…

He vuelto a ver los álamos dorados,

álamos del camino en la ribera

del Duero, entre San Polo y San Saturio…

La voz de la abuela surgió hipnótica. Desgranaba cada verso del

poema con el alma, y me imaginaba caminando con Lucas por aquel sendero mágico.

–Me dijo que, cuando yo quisiera, grabaría nuestros nombres en un árbol y yo respondí con una risa irónica, como si no fuese a ocurrir nunca. Los grabó tiempo después, cuando ya éramos novios y no dudaba de mi amor. Me contó que ese hermoso poema lo había escrito el poeta don Antonio Machado, que había vivido unos años en Soria. Fue profesor de Francés en el instituto y se casó en Soria. «¿Quieres conocer su historia de amor?», me preguntó con picardía. Yo asentí con la cabeza y me invitó a sentarme en un banco, muy cerca de él. Sin que yo lo rechazara, tomó mi mano y me contó: «Supongo que don Antonio llegaría a Soria como tú, con pocas ganas. Quien no conoce la ciudad solo intuye aridez y frío, pero luego se encuentran con toda esta belleza». Yo miré alrededor. Antonio tenía razón: todo era hermoso aquella tarde.

–Hay tardes hermosas y tardes feas como el demonio –corté, recordando mi experiencia de una hora antes.

–Lo sé, querida. Hay tardes negras, tan oscuras que hacen que te pierdas entre las sombras. Pero aún vivíamos en un tiempo luminoso. Él me siguió hablando de don Antonio Machado, quien habría preferido un destino más cerca de Madrid, pues empezaba a ser un poeta reconocido. La poesía no da para comer y, gracias a su perfecto conocimiento del francés, logró aprobar la oposición para ser profesor. Después de una vida bohemia, de acá para allá, en París, con famosos artistas... terminó en Soria, en plena Castilla. Como los profesores ganaban poco, tuvo que alojarse en una sencilla pensión, donde conoció a Leonor, la hija de los dueños. Era una chica de tu edad, casi una niña; y él, un hombre de más de treinta. Aunque parezca una locura que no puede salir bien, ellos se casaron en cuanto Leonor cumplió los quince, provocando un escándalo en la ciudad. Fue un matrimonio feliz.

–¡Uf! No imagino a ninguna de mis compañeras casada con un tío tan viejo.

–Eran otros tiempos, casi otro mundo. Cuando me contó todo esto, enseguida reaccioné y le dije: «Antonio y Leonor, por eso has querido cambiarme el nombre». Él exclamó, divertido: «¡Me has

descubierto! Por eso y por algo más. Ya lo verás más adelante». Me invitó a subir de nuevo en la bici, seguimos hasta el final del camino y entramos en la cueva de San Saturio. Todo me parecía hermoso aquella tarde de otoño. Desde entonces, Antonio se pasaba cada día a recogerme con la bici, aunque lloviera o hiciera un frío tremendo. Agarrada a él, entraba en calor, un calor suave y tierno del que no podía prescindir, a pesar de las regañinas de mis padres, a quienes no les desagradaba Antonio, pero sí su empeño en llevarme en la bici en mitad del crudo inverno soriano.

Mamá nos interrumpió para pedirme que ayudase con la cena. La abuela también se levantó, dispuesta a poner la mesa.

–Gracias por escucharme –me susurró al oído–. La historia de esta familia continuará contigo: tú eres la memoria viva de tus abuelos, de tus padres, de todos los que se fueron y de los que no están. Mi historia personal desaparecerá conmigo porque nadie más la conoce; bueno, también la sabe Amelia, pero ella es tan vieja como yo. Mereces que te haga un regalo.

Pensé que se refería a algo de dinero para que me comprase un capricho. Los regalos materiales tienen escaso valor, ahora lo sé, pero entonces la vida aún era plácida, se resumía en pocas líneas y se contaba en términos económicos. Como había sido siempre.

Después de cenar, me encerré en mi cuarto y encontré una carta encima de la cama. Era un sobre amarillento con el nombre de Leonor y el apellido de mi abuela en el destinatario y una dirección de Madrid que desconocía; en el ángulo superior derecho, un sello verde desvaído con el rostro de Franco. Antes de leer el nombre del remitente, ya lo imaginaba. Di la vuelta al sobre y lo confirmé: Antonio Martínez Rubio. Y una dirección de Soria. Estaba rasgado por la parte superior. Luego, la abuela me contó que existían unos objetos llamados abrecartas, parecidos a cuchillos, con la función precisa que su nombre indicaba. Aquella era una carta personal y la había dejado sobre mi cama; sin duda, para que yo la leyera. Eso de que yo era su memoria se lo había tomado muy en serio. Me sorprendió comprobar que no me molestaba; al contrario, me hacía sentir importante. Me interesaba aquella peculiar historia de amor, aunque presentía un triste final, pues mi abuelo no se llamaba Antonio Martínez Rubio, sino Ernesto Casado López. Qué ocurrió

por el camino me concernía, y mucho.

Saqué el papel con cuidado. Era una sola hoja escrita con pluma, y vi que la caligrafía de Antonio era cuidada, aunque un tanto antigua. Ninguno de mis amigos escribía con letra tan picuda e inclinada. En mi caso, muchos profesores se quejaban de que no había quien la entendiera. A veces lo hacía a propósito, para fastidiar, sin darme cuenta de que la más perjudicada era yo. Corregir algo difícil de descifrar predispone en contra, es evidente.

Me tumbé en la cama y la leí. La voz de Lucas se mezclaba con las palabras del primer amor de mi abuela, como si fueran la misma persona.

Mi querida Leonor:

Acabas de marcharte a Madrid y ya te echo de menos. Soria se queda vacía sin ti y yo me vuelvo un hombre taciturno. Vivo de la memoria de estos días felices. No nos damos cuenta de lo maravilloso que es poder preguntar a alguien: «¿Te acuerdas?». De nuevo, plagio al poeta. ¿Te acuerdas, Leonor, del color del agua de la Laguna Negra?, ¿del día que pasamos entre aquellos peñascos, juntos? ¿Recuerdas las caricias y los besos, escondidos entre los árboles? Lo guardas en la memoria, igual que yo. Los días gozosos nos unen con un hilo invisible y eterno. Contemplo la tarde silenciosa, a solas con mi sombra y tu ausencia.

Que no te aflija mi lánguida melancolía: soy feliz de gozar de tu amor, es un privilegio que tal vez no merezca. Tu cariño lo llena todo y me da fuerzas para caminar, correr y comerme el mundo, si es necesario, mientras te espero. Llegará el día en que no nos separaremos y permaneceremos juntos para siempre.

Tú sigue creciendo. Eres una mujer fuerte, inteligente, vales mucho y estoy orgulloso de ser tu novio. Aprovecha las oportunidades que te ofrece la vida en la capital. Sé que llegarás adonde quieras.

Te quiero,

Antonio

Nunca había leído una carta de amor y, aunque me pareció algo cursi, deseé recibir una semejante alguna vez en mi vida. Había una frase subrayada con lápiz; resultaba evidente que el trazo era de la abuela, pues Antonio había escrito con pluma y tinta azul. Ella deseaba que su historia continuara para siempre, pero algo debió de truncar aquel amor juvenil.

¿Cuándo pensaba contármelo?

7

Aquella noche, la abuela sufrió otra crisis, pero yo dormía profundamente y no me enteré. Quizá me llamó y gritó el nombre de Amelia. Nadie en la casa la oyó hasta que abrió la puerta, dispuesta a escapar a la calle en camisón y en pleno invierno, en busca de su amiga. El sonido brusco de la puerta al cerrarse me sobresaltó. Me levanté de la cama y corrí al cuarto de la abuela. No estaba y llamé a mis padres. Los tres salimos al descansillo, no la vimos y yo me precipité escaleras abajo, pues el ascensor no estaba en marcha. La encontré en el piso de abajo, desorientada y temblorosa.

–¿Adónde vas, abuela?

Ella me miró sin reconocerme y yo la sujeté por los hombros.

–Déjame, no eres Amelia. ¿Dónde está Amelia? Ella sabe lo que hay que hacer.

Se echó a llorar y repitió la última frase varias veces, como una letanía.

–Ella sabe lo que hay que hacer.

Entre los tres conseguimos llevarla de nuevo a casa; nos costó, porque se empeñaba en ir en busca de su amiga y no reconocía ni a su propio hijo.

–Mamá, vamos a casa. Hace frío.

–No me llames mamá. No sé quién eres –replicaba ella, enfadada–. ¿Cómo no va a hacer frío en Soria, en enero?

–Esto no es Soria, Lola –habló mi madre con voz suave–. Y ya estamos en febrero.

–¡Que no me llamo Lola! –gritó, y dio un manotazo en la cara a mi

madre. Seguro que despertó a los vecinos del segundo.

–No te preocupes, Leonor –dije yo, mirándola fijamente–. Es que ya es muy tarde. Mañana iremos juntas a ver a Amelia.

La abuela me sonrió y se calmó, dejó que la tomara de la mano y juntas entramos en casa. Mis padres me miraron incrédulos, no entendían nada. Solo yo conocía la verdad, el origen de sus miedos, el secreto de los nombres que desconocían, el pasado que marcaba su presente, mezclados ambos en su mente a la deriva.

–Ya nos contarás –me dijo mamá antes de volver a acostarnos, después de que mi padre le hiciese tragar a la abuela una pastilla para dormir.

A la mañana siguiente, cuando salí para el instituto, ella seguía durmiendo como un tronco.

–Sí, ya os contaré –respondí cuando mi padre insistió en que les revelase todo cuanto sabía.

El secreto era entre ella y yo; ninguna de las dos deseaba compartirlo con nadie más. Tendrían que esperar.

–No. Lo vas a contar ahora mismo –insistió muy serio–. Así podremos ayudarla nosotros también. ¿Qué sabes, Lola? ¿Quién es Amelia, por qué la llamaste Leonor…?

Me asedió a preguntas y procuré contar lo mínimo, lo único necesario para que comprendieran.

–Amelia es una amiga de la infancia de la abuela, de cuando vivió en Soria –conté.

–¿Tu madre vivió en Soria? –preguntó mamá.

–Sí, de niña, y es verdad que conserva a una amiga a la que visita de vez en cuando. Ya sabes cuánto le gusta viajar a mi madre. Pero no me acordaba de su nombre, no puse demasiada atención –suspiró.

–¿Y lo de Leonor? –quiso saber mi madre.

–Bueno… –tenía que improvisar una respuesta poco comprometedora; los secretos de la abuela eran solo nuestros–. Es un nombre que le gusta mucho, de siempre. De hecho, quería que me pusierais Leonor en vez de Lola. ¿No te acuerdas, papá?

–¿Leonor? –papá dudó–. No lo recuerdo bien. Es cierto que no estaba muy conforme con que te llamásemos Lola, no le parecía adecuado para una niña del siglo XXI. Decía que era antiguo llamarse María Dolores y nos sugirió otro nombre, pero no sé si era Leonor precisamente.

–A ella le gusta que la llame Leonor, me lo ha dicho. Así que no os preocupéis: las dos nos entendemos bien.

–¿Por qué Leonor? ¿Lo sabes? –insistió mamá–. ¿Tiene que ver con Soria y con Machado? No se separa del libro Campos de Castilla.

Mamá, mucho más observadora, se fijaba en los detalles, esos que parecen mínimos pero que son importantes. Además, conocía la vida del poeta y su historia de amor con Leonor. Soria y Leonor, era fácil atar los hilos de la verdad. Sonreí y la abracé.

–¡Qué lista eres, mamá! La abuela eligió el nombre porque era el de la mujer del poeta. Fue muy feliz en Soria.

–¿Qué más te ha contado? –papá frunció el ceño: le extrañaba tanta confidencia entre la madre anciana y la hija rebelde. Y eso que no sabía ni la cuarta parte.

–Nada más –mentí.

–Es bueno que te cuente sus vivencias del pasado; eso la ayudará a no perder la memoria tan deprisa. Seguro que se acuerda mejor de lo que vivió en Soria que de lo que cenó ayer –suspiró–. Gracias, hija.

–Cuando llegues a mediodía, no estaremos. Te tocará encargarte de poner la comida a la abuela. Está todo en la nevera. Laura se irá cuando tú llegues. Si vuelve a… –mamá no supo cómo calificar el episodio de la noche anterior–. Me llamas y enseguida vendré.

–Descuidad. Yo me encargo –dije convencida.

Empezaba a darme cuenta del lazo que la abuela había creado entre ambas solo con el regalo de sus recuerdos. Deseaba saber más, saberlo todo. Y, si nos quedábamos solas, ella me revelaría la parte que faltaba de su particular historia de amor. Por eso salí disparada de clase, ni siquiera esperé a Lucas, porque él siempre se entretenía demasiado y llegaría tarde a casa. Le dije adiós de manera apresurada y él me lanzó un beso con la mano que recogí en el aire y me lo planté en la cara. Era una broma que hacíamos el grupo de amigos, pero yo le adjudicaba un significado especial cuando el beso provenía de Lucas.

La abuela, plantada ante el televisor, veía las noticias sin verlas: de nuevo, esa mirada perdida.

–Ha estado muy quieta toda la mañana, ha desayunado bien y no ha dicho ni mu, ahí sentada –me contó cuando llegué Laura, la señora que cuidaba de ella en nuestra ausencia.

Le dije que se fuera tranquila y me senté en el sofá, a su lado. Le acaricié la mano, siempre respondía bien a ese estímulo. Esta vez tardó algo más en reaccionar; serían los efectos de la maldita pastilla, que la relajaba pero la convertía en una zombi. En vista de que no me hacía caso, preparé la mesa y la comida. Había garbanzos y me acordé del escándalo que montó unas semanas antes porque decía que estaban duros. Esperaba que ese día no ocurriese lo mismo.

–Vamos, abuela. ¡A comer!

Apagué la tele, la ayudé a levantarse y ella se dejó hacer.

8

–He preparado unos garbanzos buenísimos –aseguré.

–Je, je, garbanzos –rio bajito–. En esta casa siempre os salen duros, pero hoy no voy a decir nada.

Sonreí, era como una niña, y nos sentamos a la mesa en silencio. Solo se nos oía masticar, hasta que, de pronto, ella regresó de las tinieblas.

–Me está pasando lo que dice Machado en uno de los poemas: «Tan pobre me estoy quedando / que ya ni siquiera estoy / conmigo, ni sé si voy / conmigo a solas viajando» –dijo sin levantar la vista del plato.

–¿Qué dices, abuela? –no entendí aquellas palabras.

–Ayer pasó algo, ¿verdad? ¿Me puse violenta otra vez?

–No –mentí de nuevo; empezaban a convertirse en una costumbre: las mentiras piadosas–. Solo querías escaparte de casa. ¿Es que no te tratamos bien? –bromeé.

–¿Llegué hasta la calle? –preguntó asustada.

–No, te pillé en el descansillo del segundo.

–No sé quién es esta mujer que me domina, no me reconozco; a veces olvido quiénes sois, quién he sido, y tengo lagunas que no sé rellenar. Un ser extraño se apodera de mí, como el Dr. Jekyll.

–¿Como quién?

–¿No te suena la novela de Stevenson? El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

–La verdad es que no –me encogí de hombros.

–Pero ¿qué os enseñan ahora en el instituto? Es un clásico.

–¡Cuéntame de qué va! Así no pareceré una inculta la próxima vez que alguien me pregunte por ese libro.

–Trata de un científico que crea una pócima secreta. Cuando la bebe, se transforma en Mr. Hyde, un criminal terrible. Es una forma de explicar que en todos nosotros siempre están las dos caras: el bien y el mal.

–¿Tú crees que es así?

–No sé si todo el mundo, pero hay gente que se comporta como el científico de la novela y tiene dos identidades opuestas. Es una metáfora del ser humano. Yo creo que lo que describe son los efectos del alcohol: lo que Jekyll bebe podrían ser, simplemente, unas copas de más. Y te vuelves loco, irascible y violento, no recuerdas quién eres ni cómo te llamas.

Se le quebró la voz. Le faltaba poco para echarse a llorar.

–Por desgracia, me está ocurriendo lo mismo, y sin beber una gota de alcohol.

–No exageres, abuela –intenté restarle importancia–. Solo te despistaste un poco.

–Le di una bofetada a tu madre –saltó mirando al frente, a un punto lejano.

Me sobrecogió: sí recordaba los detalles de la noche pasada, y eso era peor aún. ¿Cómo librarla de sus propios miedos?

–No fue para tanto. Le apartaste la mano, nada más. No digas tonterías y sigue contándome tu historia con Antonio. La dejaste a medias y estoy intrigadísima.

Pensé que, cambiando de conversación, lograría tranquilizarla, y acerté.

–¿Dónde me había quedado?

–En que te iba a buscar todas las tardes con la bici...

–¡Ay, sí! –suspiró–. Los paseos con Antonio se convirtieron en lo mejor de mi vida. Me gustaba mucho ese chico rubio y un tanto descarado. Aprendí de él a no asustarme ante nada, a tomarme la vida como un juego y, sobre todo, a querer de verdad. Soria era el escenario de nuestro amor. Cada tarde me llevaba a un lugar diferente con la bici y me explicaba su historia, hacía que me fijase en la belleza de los detalles y hasta me contaba leyendas espeluznantes de hechos ocurridos en la ciudad. En el mismo monte de las Ánimas, junto a las ruinas de San Juan de Duero, me narró la leyenda de Bécquer.

–¡Esa sí me la sé! –exclamé–. Nos la contó Sofía, la profe de Lengua, la víspera de Halloween. Dice que la tradición en España el Día de Todos los Santos es contar historias de miedo, y es lo que hicimos. Apagamos la luz y encendimos una vela. Esa leyenda es buenísima y ella sabe darle emoción.

–Me alegra que la conozcas. Deberías ir a Soria en esas fechas. Desde hace unos años desfilan los espectros y los monjes, y un actor lee la leyenda completa frente al monte de las Ánimas. Es genial.

–Tiene buena pinta. ¡El año que viene vamos!

–Es una fiesta espeluznante y divertida; espero que no seas miedosa –rio–. Cuando Antonio me contó la leyenda de Bécquer, atardecía y las sombras ganaban terreno a la luz. Logró que sintiera miedo y me refugiase en sus brazos.

–Vaya, ¡qué listo! –me burlé.

–Una tarde, Antonio apareció con un par de claveles en la mano. Pensé que eran para mí, pero no me los entregó. Subimos en bici hasta el cementerio, que está en una zona alta de la ciudad. Ante la entrada había un viejo árbol carcomido del que surgía una rama verde, como un milagro. Dejamos la bici junto a la tapia y me llevó de la mano hasta el olmo. Allí me recitó los versos que Machado le dedicó a ese mismo árbol. Se me saltaron las lágrimas ante tanta belleza.

–Es el poema que te sabes de memoria, ¿verdad? No sé si lo entendí bien cuando me lo recitaste.

La verdad era que, esa primera vez, no la había escuchado, no puse interés. Debió de ser la tarde que la dejé sola.

–Son unos versos de esperanza –me explicó–. Aunque la muerte o la destrucción nos acechen, aunque la tristeza nos haya vencido, siempre podemos esperar un milagro de la primavera, un nuevo amor, una ilusión, un instante de felicidad. No imaginaba entonces cómo recordaría aquel poema en diversos momentos amargos de mi vida. Debemos creer que la esperanza y la alegría regresarán, y luchar por ello.

–Es un buen mensaje –comenté.

Solo unas semanas después, yo misma comprendería a la perfección el significado del poema al olmo seco.

–De la mano, entramos en el cementerio. Me extrañó que me llevase allí –siguió hablando–. Le pregunté, pero él respondió posando su dedo sobre mis labios para mandarme callar. Yo lo seguí, atónita y algo asustada. Los cementerios no me gustaban, los evitaba, solo había entrado en uno, el de Valladolid, cuando falleció mi abuela, y guardaba un recuerdo amargo.

–A mí tampoco me gustan. Yo también he entrado una sola vez, cuando… –me callé de golpe; había metido la pata de manera notable.

–Sí, cuando murió tu abuelo –recordó–. Fue un día muy triste para todos. A ti te quería mucho.

–Es verdad –asentí, aunque la imagen del abuelo Ernesto se iba desdibujando, igual que la infancia que dejaba atrás.

–Antonio y yo paseamos por un bosque de cruces. Yo evitaba leer los nombres grabados en las lápidas, dudaba entre mirar al suelo o hacia los cipreses que bordeaban las tumbas. Él caminaba con paso firme, sabía bien adónde me llevaba. Giramos primero a la izquierda y luego a la derecha, bordeando el cementerio. Deseaba

enseñarme algo y yo no comprendía su afán. Hasta que se detuvo ante una tumba. Vi su semblante serio y pronunció solo tres palabras: «Aquí está ella». Miré hacia la lápida. Allí, sobre el mármol, se podía leer: «Doña Leonor Izquierdo de Machado. 1 de agosto de 1912. A LEONOR, ANTONIO».

–¡Leonor Izquierdo! –exclamé asombrada.

–¡Imagínate! Una angustia enorme hizo que se me erizara la piel y no pude evitar las lágrimas. La esposa del poeta se apellidaba igual que yo. Entonces lo comprendí todo: por eso se había empeñado en llamarme Leonor. «Ella murió muy joven –me explicó–. Estuvieron poco tiempo casados. Imagina qué golpe para él. Nunca se repuso del todo, y abandonó Soria porque los recuerdos no lo dejaban vivir. Sé que es una historia de amor triste, pero, con ese apellido, tenía que llamarte igual que la mujer que inspiró la pasión de mi poeta preferido. ¿Me lo perdonarás?». Ante la tumba de Leonor Izquierdo, sellé nuestro cariño con un beso largo, el primero que nos dimos.

Aplaudí entusiasmada. ¡Besos! Era divertido escuchar a la abuela hablar de algo semejante. Ni siquiera sabía cuándo se habían besado mis padres por primera vez; no me atreví nunca a preguntarlo. Así que esa soltura de la abuela para explicar sus avatares amorosos me conmovió.

–Luego, depositó los dos claveles sobre la lápida y dijo «gracias», mirando las letras del nombre de la mujer que allí reposaba. «¿Y Antonio Machado?, ¿dónde está enterrado? ¿Lo sabes?», pregunté. «Lejos, muy lejos. Murió en el exilio, después de la guerra, en un pueblo cerca de la frontera con Francia que se llama Colliure». Aquello me pareció lo más dramático: que descansaran toda la eternidad tan lejos el uno del otro. No dije nada, pero el triste desenlace permaneció en mi memoria grabado a fuego.

–Pues sí que es triste. ¿Y no han podido llevar luego los restos de Machado a Soria, con los de ella?

–Esa tumba en Colliure es un símbolo del exilio de los españoles tras la guerra. Mucha gente la visita, como una peregrinación –me explicó.

–Habrá que ir también a Colliure. Venga, sigue –la apremié.

–Él me confesó que las iniciales de sus apellidos, Martínez Rubio, también coincidían con las de Machado, cuyo segundo apellido era Ruiz. Lo de Rubio le iba como anillo al dedo, pues su cabello era dorado, y hasta sus amigos lo apodaban así: el Rubio. Y se burlaban de él cuando lo veían conmigo. «¿Qué, Rubio, ya estás paseando a la niña?», le decían. En realidad, él solo tenía dos años más que yo; pero, con el uniforme del colegio de monjas y las coletas, parecía más pequeña. Al final, él se compró la dichosa moto, yo crecí, me solté las coletas; ya no parecía una niña y los amigos de Antonio nos miraban con cierta envidia.

Me imaginé a la abuela, a mi edad, con la melena al viento, agarrada a su novio y recorriendo las calles de Soria.

Y a mí también me dio envidia.

9

¡Qué ignorantes fuimos! ¡Qué inconscientes! Veíamos las noticias y pensábamos que no iba con nosotros, que ese virus no llegaría aquí, que solo era una gripe que afectaba a cuatro ancianos, que el mundo seguía siendo el mismo, aunque empezaba a derrumbarse ante nuestras narices. Los de primero de bachillerato se quedaron sin viaje y se volvieron rabiosos, como si lo único importante fuera eso, y los demás entendíamos su frustración. Ignorábamos que la mala suerte era de todos y tan grande como un océano. Nunca nos alcanzaría, desaparecería pronto, pensábamos, acostumbrados a la vida plácida y ajenos a la distopía que se nos echaba encima.

Seguíamos con las clases, los entrenamientos, los partidos, como si siempre fuera a ser así, como si nada pudiera arrebatarnos la rutina. Ahora recuerdo aquel último partido de vóley como un pequeño milagro, casi imposible de recuperar.

Perdimos, para no variar, y acabé enfadada porque podíamos haber ganado. Un par de errores míos lo impidieron y, aunque nadie me lo reprochó, sentí que las otras me miraban mal. Solo Alicia vino al rescate.

–¡Eh! Alegra esa cara. Hemos quedado ahora, después del partido. Lucas ha llegado en la segunda parte…

–¡Lo que faltaba! Y me ha visto hacer el ridículo.

–No seas exagerada. Cuando el equipo pierde, es que todas lo hemos hecho mal.

–Y yo, la peor.

–Anda, ya estás con tu pesimismo. Péinate y sal rápido, que nos están esperando.

Salí del vestuario cabizbaja. Si Lucas bromeaba sobre cómo había jugado, acabaría echándome a llorar. «Todo me sale mal», pensaba

en un arrebato de negatividad, como si un partido de vóley fuese tan importante. Lucas me sonrió en cuanto nos vimos. Llevaba a su hermano pequeño de la mano. Me fastidió, porque el niño nos interrumpía y siempre se marchaba antes por su culpa. Casi todo el mundo me estorbaba. No hizo ningún comentario sobre el partido y yo se lo agradecí, pero continuaba mustia y no fui Lol ni una sola vez; la risa escandalosa no salía de mi garganta. Lucas habló por el resto: pretendía que fuésemos al cine aquella tarde. Para mí era imposible, pues debía quedarme en casa con la abuela. Mis padres trabajaban y Laura no estaba disponible los fines de semana completos. Alicia y Lucas sí quedaron, tan contentos, ajenos a mi rabia. «Todo me sale mal», me repetía camino a casa.

–Todo me sale mal –le solté a la abuela en respuesta a su saludo cariñoso.

–¡Ay, hija! ¿Por qué dices eso?

–He jugado fatal, mis amigos se van al cine esta tarde y yo no puedo…

Al instante me arrepentí de mis palabras. Ella me miró triste.

–Lo siento, es por mi culpa. Vete con ellos. Yo me quedaré sentada frente a la tele, no me pasará nada.

–¿Qué habláis? –mi madre nos interrumpió; seguro que había escuchado la conversación.

–La niña quiere salir esta tarde. Yo puedo quedarme sola. Será un rato…

–De eso nada –dijo mi madre–. Tiene que asumir responsabilidades, no le va a pasar nada por quedarse en casa. Que estudie, que buena falta le hace.

Me fui enfadada a mi cuarto y cerré de un portazo. Me daba pena que la abuela se sintiera como un estorbo, y mi reacción echaba leña a ese fuego. «Todo me sale mal», seguía diciéndome. Y no hacía nada por enderezar la situación.

Después de comer, me quedé sola con la abuela. Ella se echó la

siesta y yo me tumbé en el sofá a ver una serie. Así pasé las horas y llegué a olvidarme de que se encontraba en su habitación, hasta que, de pronto, a media tarde, apareció en el umbral de la puerta y desde allí me hizo una pregunta desconcertante:

–¿Te has enamorado alguna vez?

–No sé –respondí extrañada.

–Si no lo sabes, es que no te ha ocurrido nunca.

–Tú sí lo sabes. Venga, siéntate y me sigues contando.

Se acomodó a mi lado, muy cerca, para que acariciase sus manos mientras hablaba. Había comprobado cuánto le gustaba, y era fácil hacerla feliz. Bastaba con escuchar y rozar su piel.

–Éramos guapos y felices. Nuestro amor también crecía y, al mismo tiempo, mi amistad con Amelia. Estábamos cada vez más unidas; hasta el mismo Antonio tenía celos a veces de nuestra complicidad. Cuando nos veía reírnos juntas, se enfadaba porque pensaba que tramábamos algo contra él. Entonces nos reíamos más.

–Me gusta esa amiga tuya.

–Amelia es estupenda, me ha ayudado a levantarme muchas veces; es invencible, aunque tenga tantos años como yo. Estábamos seguras de que seríamos cuñadas y hacíamos planes: viviríamos con nuestras familias en dos casas contiguas, nos casaríamos a la vez y nuestros hijos tendrían la misma edad.

Se detuvo y suspiró. No me gustaba verla triste, pero en algún momento tendría que contarme también la parte menos agradable: por qué mi abuelo no se llamaba Antonio Martínez Rubio. Agarré su mano con fuerza.

–Nada de aquello se cumplió. Los sueños adolescentes se esfumaron de la forma más cruel.

–Lo siento –balbucí.

–Ya no tiene remedio, así ocurrió. Dos años después de nuestra

llegada a Soria, a mi padre lo destinaron a Madrid. De nuevo tocaba hacer maletas, abandonar una ciudad para empezar de cero en otra. Pero esta vez se me partió el corazón cuando mis padres anunciaron la mudanza. Me lo dijeron muy serios; sabían lo que suponía para mí abandonar Soria.

–¡Vaya faena! Si me hacen eso a mí, me da algo. Me habría negado a separarme de mis amigos. ¡Y tú, además, tenías novio!

–Lloré de pena y de rabia. Si me separaban de Antonio, de Amelia y de la ciudad que me había enamorado, no podría vivir. Mi amiga también lloró conmigo; pero cuando se lo conté a Antonio, la reacción me sorprendió. Me dijo: «Yo te echaré de menos mucho, porque sabes que te adoro, pero mi amor no va a cambiar. Seguiré amándote siempre. Vendrás a verme en vacaciones, sé que tus padres te dejarán quedarte en casa con Amelia. Y yo iré a Madrid las veces que el trabajo y el estudio me lo permitan. Somos jóvenes, nos queda mucho por aprender».

–¡Qué bonito! ¡Yo quiero un novio así! ¡De esos ya no quedan! –exclamé de manera exagerada.

Provoqué su risa y la seguí con mis carcajadas estridentes.

Sonó mi móvil. Llevaba más de media hora pendiente de la abuela y sin mirarlo una sola vez; era todo un récord. Quien llamaba era Alicia, así que dejé a la abuela con la carcajada en la boca y la historia de amor a medias y me refugié en mi cuarto para escuchar a mi amiga.

–Hola –dijo con un tono extraño que no supe interpretar. Ni el tono ni el resto de la conversación.

–¿Qué tal la película?

–Bien. A Lucas le ha gustado más que a mí, no era de esas de acción que preferimos nosotras. Bueno, sí, pero era un poco rara. No me acuerdo ni del título. Al final no vinieron las otras…

–O sea, que habéis ido solos Lucas y tú –empezaba a mosquearme.

–Las demás os habéis rajado…

–Oye, oye, que yo no me he rajado. ¡Bastante tengo con hacer de niñera de una vieja! –grité demasiado alto.

–A la salida nos hemos encontrado con Marta. Ya sabes cómo es de cotilla.

–Ya –me quedé callada.

Entonces, ella se puso a hablar de manera compulsiva, pero yo no la escuchaba, me daba igual. Pretendía ocultarme algo, sin duda. La conocía bien, y cuando hablaba así era síntoma de que lo que soltaba no era exactamente lo que tenía que contar. Cuando le preguntaban en clase y no se lo sabía, se enrollaba con cualquier cosa.

–¿Quieres que vaya? –me preguntó al fin.

–No. Ya me lo has contado todo –dije con sorna–. Mañana nos vemos.

Y colgué sin esperar su despedida, que no llegué a oír. De los nervios que me entraron, empecé a mover muy deprisa la pierna. Miré el móvil. Mientras hablaba con Alicia, me había llegado un mensaje de Marta: «¿A que no sabes a quiénes he visto esta tarde solos y muy juntitos?». No contesté.

El enfado, la rabia y los celos me subían desde la garganta hasta los ojos. Era evidente que Alicia me había llamado porque Marta los había descubierto, para quitarle importancia. ¿De verdad la tenía? Varios toques en la puerta vinieron a sacarme de mis oscuros pensamientos. Cuando abrí, me encontré con la abuela, que lloraba sin consuelo.

–¿Qué te pasa?

–Siento que tengas que hacer de niñera de esta vieja –sollozó.

–Yo… no hablaba en serio.

Dio media vuelta y no me atreví a seguirla. ¿Cómo justificar lo injustificable? La había cagado con la única persona que de verdad me escuchaba. Me sentí una mierda: traicionada por mi mejor

amiga y despreciable con mi abuela.

Y lo peor de todo era que no sabía cómo solucionarlo.

10

Dormí mal aquella noche, y la abuela también. La escuché levantarse varias veces y tentada estuve de acercarme a ver si necesitaba algo, pero era una cobarde y me daba miedo enfrentarme a una mirada adusta, a un tono de voz seco que delatase mi error descomunal. Comprobé que solo se levantaba para mitigar su insomnio y beber un vaso de leche que, según decía, la ayudaba a dormir mejor. Yo me mantuve insomne: cuando no soy capaz de detener mis locos pensamientos, me es imposible pegar ojo. Mi cabeza es como una lavadora centrifugando y no logra relajarse.

Por la mañana, mientras desayunaba con mis padres, no dije ni media palabra. No es que fuese muy expresiva con ellos, pero mi madre, lista como todas las madres, se percató de mi silencio y mis ojeras.

–¿Qué te pasa? –me preguntó.

–Nada, ¿qué me va a pasar? –respondí de malos modos.

–Hija, no te entiendo. Quiero acercarme a ti, pero me rechazas. A la abuela, unas veces la tratas de maravilla, y otras, fatal. Te queremos mucho y sé que tú a nosotros también, pero te cuesta demostrarlo. Haz un esfuerzo.

–Vosotros tampoco sois muy cariñosos que digamos –contraataqué–. Os preocupáis más por la farmacia que por mí y por la abuela. Nos tenéis abandonadas.

–No digas eso, no es justo –se quejó.

–Sí, ahora dirás que os matáis a trabajar por mí, por mi futuro…

–Sabes que es la verdad –sonó como un lamento; me estaba pasando de dura.

–Es que todo me sale mal –sollocé.

Me abrazó como solo una madre sabe hacerlo y me abandoné a un llanto desconsolado.

–No será para tanto –intentaba consolarme–. A veces las cosas no salen como queremos, pero hay que confiar, ser fuertes. Y tú eres una chica fuerte, ¿verdad?

–¡Qué va, mamá! Soy muy blanda y muy patosa. He metido la pata con la abuela y no sé…

–No te preocupes, ella te adora. Bastará con que te sientes a escucharla, eso lo sabes hacer mejor que nadie. Anda, ve a lavarte la cara, que vas a llegar tarde a clase.

La abuela aún dormía cuando salí de casa. Según mi madre, no sería difícil hacer las paces con ella. Quizá tuviera razón; por la tarde lo comprobaríamos. Más complicado me parecía enfrentarme a Alicia. Deseaba insultarla, gritarle a la cara que era una mala amiga, una traidora, y que jamás volvería a confiar en ella. ¿Y a Lucas? ¿Cómo sacarlo de mi cabeza? ¿Cómo arrancar los sentimientos que dolían?

Nada más llegar, me acordé del examen de Lengua. Con tanta desazón no había estudiado nada y, en cuanto la profesora repartió las hojas, comprobé que no llegaría al aprobado. ¡Lo que faltaba! ¡Todo me salía mal! Solté un bufido que la profe escuchó con claridad. No se le escapa nada, su vista y su oído son prodigiosos. Se acercó y me preguntó con discreción:

–¿Te ocurre algo?

Era la segunda mujer que se percataba de mi desesperación en menos de una hora.

Dije que no con la cabeza al tiempo que los lagrimones rodaban por mis mejillas.

–¡Eh, tranquila! –me susurró para que nadie se enterara–. Ve al baño y te calmas. Luego, si quieres, me cuentas.

Noté que los demás observaban. Aunque hablábamos en voz baja,

todo se escuchaba en el silencio impuesto por el examen. Alicia me miró de reojo; su cara no era de preocupación, sino de culpabilidad. Lucas no despegó la vista del papel.

Salí disparada hacia la puerta y, una vez fuera, me eché a llorar sin consuelo. Corrí hasta el baño (por suerte no había nadie) y me encerré, dispuesta a pasar allí la hora entera si era preciso. Cualquier cosa menos entrar en clase con los ojos enrojecidos y soportar las miradas de mis compañeros. ¡Qué vergüenza! Me comportaba como si aquello fuese un auténtico drama. El examen me daba igual, aunque me preocupaba suspender la asignatura. Nunca había bajado del seis en Lengua. Como no espabilase, la evaluación podría ser catastrófica. (Y lo fue, aunque por otros motivos, realmente graves).

Cuando llevaba un rato allí escondida, alguien dio unos golpes en la puerta.

–Lola, ¿estás ahí? –era la voz de Alicia, ¡lo que faltaba!

–Lárgate –respondí rabiosa.

–Me ha mandado la profe para ver si estabas bien. Como no volvías…

–Ni pienso volver.

Quería decirle que ella tenía la culpa de todo, que era la peor amiga del mundo y que no pensaba dirigirle la palabra en mi vida, pero me limité a darle un recado para Sofía.

–Dile que no puedo entrar en clase; que iré al departamento luego para hablar con ella.

–Allá tú –me soltó–. Te suspenderá si no haces el examen.

–Me da igual, vete –ordené con desprecio.

–No me gusta que estés así. Si puedo hacer algo para ayudarte…

Parecía compungida. Tampoco sabía cómo resolver el desencuentro, cómo regresar a la amistad de siempre. Algo se había roto entre

nosotras, algo frágil y complicado de recomponer. Éramos dos niñas perdidas, sin recursos para solucionar un problema simple. Bastaba con hablar claro, con escuchar, con intentar comprender. Pero no sabíamos hacerlo.

–Desaparece –dije tajante.

No le di opción y me quedé rumiando mis desgracias y llorando a ratos. En cuanto sonó el timbre, salí corriendo antes de que llegase por allí alguna compañera y me descubriera con los ojos hinchados. Subí hasta el departamento de Lengua y esperé a que Sofía apareciese. Mis compañeros no subían a la tercera planta, donde estaban los grupos de bachillerato, y los mayores me ignoraban, aunque tuviese aspecto de no encontrarme muy bien. Me fui calmando, quizá mis ojos ya no me delataran. Sofía apareció al rato, cargada de papeles y libros.

–¿Me ayudas? –pidió entregándome la pila de exámenes mientras sacaba las llaves de su bolso.

Entramos en el departamento. Por suerte, no había ningún otro profe.

–¿Me vas a contar qué te pasa? –preguntó muy seria.

–Tengo problemas personales –aseguré.

–¿En casa? ¿Con los compañeros?

–De todo un poco –no quise concretar.

–Si necesitas ayuda…

–Es que de pronto me he sentido desbordada. Ayer no estudié lo suficiente –mentí–. Y se me ha olvidado todo.

–Tienes que ser más responsable.

–Tuve que encargarme de mi abuela. No está bien y hay que estar pendiente de ella todo el tiempo –seguí mintiendo.

–¿Esta tarde también tendrás que cuidar de ella?

–Bueno, no sé…

–Si no lo dejases para el día anterior, no te ocurriría esto. Hay que ir estudiando a diario, algo que tú no haces.

–Es verdad –reconocí.

–Mañana a segunda hora, ¿qué tienes?

–Inglés.

–Ve al aula 203. Haré el examen a otro grupo. Hablaré con el profesor para que te dé permiso. Pero ya puedes hacerlo bien; no voy a darte más segundas oportunidades. No me falles, confío en ti.

–¡Gracias!

–Y tranquilízate. Lo que debes hacer es aprender a organizarte, todavía estás a tiempo. Y, si me necesitas, cuenta conmigo.

–Gracias –repetí.

–Y ahora, a clase –ordenó.

Por suerte, el profe de Inglés aún no había aparecido por el aula y no tuve que hacer una entrada triunfal. Algunos compañeros me preguntaron si me encontraba bien. Fui capaz de sonreír y responder que ya se me había pasado, que solo había sido un mareo y que ni siquiera había hecho falta llamar a mis padres. Justo cuando Lucas se acercaba, apareció el profesor. Alicia se mantuvo a cierta distancia, sin saber cómo reaccionar. Me dolía su silencio. Ambas éramos torpes a la hora de solucionar problemas; costaba pedir perdón, costaba ser sincera. Lo que no se nombra parece que no existe.

Por eso callaba, escondida en mi propia tristeza, como si aquel fuese un refugio seguro.

11

Por la tarde me encerré a estudiar. Se lo debía a la profe: si no lo hacía bien, jamás confiaría en mí. Al menos había aprendido una lección: los actos tienen consecuencias, y la confianza de otros requiere una respuesta adecuada. Había que empezar a asumir responsabilidades, en eso consistía dejar de ser niña. Mis padres se organizaron para que pudiera dedicar la tarde completa al examen. Nunca me habían visto tan entregada a una causa semejante, y la abuela hizo como si no se enterase, pero lo escuchó todo y me miró con estudiada indiferencia. Aún le dolían mis palabras, sin duda.

Me costó concentrarme, pero me esforcé y logré aprenderme los temas antes de la cena; aunque no fue fácil comprender algunas cuestiones de sintaxis a las que no había atendido en clase. Debió de ser el día que la profe me regañó por estar dibujando en el libro en lugar de atender. Era una manía: cogía el boli y pintarrajeaba lo que tuviera delante, casi siempre el libro de texto, y desconectaba de todo. Sofía se enfadó y yo repliqué diciendo que estaba atenta, que la escuchaba. Era mentira: sin mirar la pizarra, no era fácil enterarse de la explicación. Me negué a recurrir a Alicia para que me lo aclarara. Era la solución más fácil, pero la que menos me apetecía. Así que opté por llamar a otra compañera, María. Le extrañó que le preguntase a ella y no a mi mejor amiga. Alicia lo explicaba todo muy bien, siempre me ayudaba encantada. La eché de menos, a mi pesar. El rencor se convirtió en el auténtico enemigo, lo enfangó todo, me cegó y me convirtió en una persona resentida y ridícula.

Hui de la abuela como si ella fuera la culpable de mi desplante. Me daba vergüenza hasta mirarla a la cara.

–Tengo que estudiar para un examen. No me molestéis –exigí, como si mi familia fuese un estorbo en mi vida.

Y me obedecieron: mamá se encargó de atender a la abuela, papá se fue solo a la farmacia y yo no salí ni para ir al baño. No recordaba

haberle dedicado tanto tiempo a un examen en mi vida. En la cena, la expectación los llevó a hacerme preguntas que respondí con monosílabos.

–¿Has estudiado bien? –quiso saber mi madre.

–¿Te ha dado tiempo a prepararlo? –preguntó papá.

–Sí.

No deseaba contar nada más. La abuela callaba, yo la evitaba, y en ningún momento se dirigió a mí, como si no le importasen mis estudios ni el dichoso examen. No la culpaba: yo habría hecho igual.

Cuando me acosté, seguía dándole vueltas al examen y a la soledad que yo misma me había impuesto. Las sombras de la noche se alargaron y el insomnio amenazaba con apropiarse de las horas de sueño. Serían las dos cuando la escuché llorar. No llamaba a Amelia, me llamaba a mí.

–Leonor, hija. ¿Dónde estás? Ven, por favor.

–Aquí, abuela. ¿Necesitas algo?

–Solo que te quedes un rato conmigo. He tenido una pesadilla.

Me senté en la cama y le acaricié el cabello. Tenía unas ganas enormes de llorar, pero no quise añadir pena a su pena.

–Anda, sigue hablándome de ese novio tuyo de Soria –le pedí–. ¿No os separó la distancia?

–¿De verdad quieres escuchar el rollo de esta vieja? –aún recordaba mis hirientes palabras.

–¡Claro, abuela! –dije sin mirarla a la cara; me avergonzaba ser tan cobarde.

–Había un bolero que hablaba de eso mismo: «Dicen que la distancia es el olvido, / pero yo no concibo esta razón, / porque yo seguiré siendo el cautivo / de los caprichos de tu corazón» –se puso

a cantar bajito, con esa voz dulce que aparecía cuando recitaba y cuando recordaba.

Me reí y le contagié la risa. Al menos había logrado aplacar su angustia. Ya podía empezar a contar, y yo a escuchar.

–Antonio nunca dejó de hacer planes de futuro conmigo. Deseaba ser mecánico de motos, y para ello estudió varios cursos por correspondencia y comenzó a trabajar de aprendiz en un taller. Su espíritu emprendedor y optimista le ayudaba a ser feliz; mientras que yo, más pesimista, me ahogaba en un vaso de agua.

–En eso nos parecemos, abuela –dije, recordando el desastre de aquella misma mañana–. Será de familia, lo habré heredado de ti.

–Más bien son cosas de la edad. Ya no soy así; a mis años da todo un poco igual, nada tiene tanta importancia.

–¿Qué pasó después?

–Pensé que mi marcha a Madrid supondría el final de nuestro noviazgo, que la distancia haría nuestro amor imposible, así que odié esta ciudad nada más llegar. Como ves, me ocurría en cada traslado.

–No me extraña. A mí me habría pasado lo mismo.

–Esta vez fue más complicado. Madrid no es un lugar fácil para el recién llegado. Es cierto que aquí da igual de dónde seas, pero al principio te sientes perdido en medio de un mundo hostil. No había un río hermoso como en Soria ni la gente caminaba despacio; no me saludaban por la calle, pues nadie me conocía; no había tiempo para poemas ni leyendas, porque la realidad se imponía a cada paso. Y, sobre todo, echaba de menos a Antonio y Amelia.

–Es verdad que Madrid es una ciudad rara. A veces me encanta vivir aquí y otras, como ahora, saldría corriendo a cualquier otro sitio. Y en verano es insoportable.

–Lo bueno es que conocemos los defectos de esta ciudad y no nos avergonzamos de ellos. Nos basta con huir una temporada. Eso es lo que llevo haciendo desde que llegué de Soria. Me negué a estudiar

en otro colegio de monjas y elegí, para acabar el último curso de bachillerato, el Instituto Lope de Vega, que era de chicas, aunque no se encontraba cerca de mi casa.

–¡Ah, sé dónde está! La próxima vez que pase por allí, te imaginaré entrando por esa misma puerta.

–La vuelta a casa a pie, sin la moto y sin Antonio, se me hacía eterna. No lograba tener amigas; todas íbamos y veníamos presurosas, ajenas unas a otras. Aquello era la soledad: mucha gente a la que nada importas –suspiró.

Suspiré yo también porque me sentía igual que ella: rodeada de gente y sola. No le importaba ni a mi mejor amiga ni al chico que me gustaba. Un pequeño drama que me parecía inmenso.

–Me volqué en el estudio y en escribir cartas con destino Soria. Me apunté a una academia, aprendí mecanografía y descubrí mi facilidad para los idiomas. El curso pasó rápido y apenas logré hacer amigas a lo largo de los meses; tampoco puse demasiado interés, pues con el estudio tenía bastante y disfrutaba aprendiendo.

–¡Qué suerte! A mí nunca me ha gustado estudiar, me cuesta mucho…

–Eso no es verdad –me respondió convencida–. Esta tarde lo has hecho, y seguro que te sale bien el examen. Basta con que te des cuenta de lo importante que es una buena formación y que descubras que aprender cosas nuevas está muy bien. Deberías intentarlo.

–Vale, vale –aquello me sonaba al rollo que siempre me soltaban los profes–. Sigue contando –la apremié.

–Con el verano, llegó la posibilidad de regresar a Soria. Mis padres me dieron permiso y pasé casi un mes en casa de Amelia y Antonio. El reencuentro fue memorable. Sus padres me recibieron como a una hija y pasé las mejores vacaciones de mi vida, aunque… Antonio hacía proyectos que yo aceptaba sin pensar. Quería que nos casáramos en cuanto él tuviera un sueldo. Alquilaría una nave para poner un taller de motos y montaría el negocio. «¿Y yo me quedaría

en casa criando niños y haciendo la comida?», le pregunté muy seria cuando me expuso sus planes. Aquel futuro no me convencía demasiado, aunque fuese a su lado, sobre todo después de ese curso tan revelador en el que me di cuenta de mis posibilidades.

–¡Qué mundo tan machista! Menos mal que las cosas ya no son así.

–No te creas, aún queda mucho por hacer.

–Me gustaría ir a la manifestación del domingo, pero no tengo con quién.

–¿Y tus amigas?

–Pues… –dudé, no era el momento de contarle mis penas–. Ninguna puede.

–Bueno, el año que viene. No dejes de luchar por la igualdad.

–Y Antonio, ¿qué te dijo cuando le contaste que no querías ser ama de casa?

–Se incomodó; por lo visto, no contaba con que yo no deseara convertirme solo en su esposa a tiempo completo. No era culpa suya: casi todos los hombres en aquella época pensaban así. Enseguida se percató de que yo tenía razón. Le conté mis motivos, mi entusiasmo ante los estudios que había iniciado y las oportunidades que me brindaba una ciudad como Madrid. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que la capital me ofrecía un destino más abierto, más propio, aunque no sabía si más feliz. Toda yo era una duda. Por un lado estaba Antonio, el amor inmenso que nos teníamos, y, por otro, mi futuro profesional. En mi época no era habitual que las mujeres se plantearan otras posibilidades; por eso estaba hecha un lío. Se suponía que el destino de una chica era casarse, tener hijos y nada más.

De pronto, la puerta se abrió y apareció mi padre, en pijama y soñoliento. Aquella escena ya la habíamos vivido antes.

–¿Otra vez de charla? –protestó–. Estas no son horas. Mañana tienes un examen. ¡A la cama! –me ordenó, y no pude rechistar.

–Dame un beso de buenas noches –me pidió la abuela, como si fuese una niña.

Se lo di, y regresé a mi cuarto mucho más tranquila.

Tanto que me dormí como un tronco hasta que sonó el despertador.

12

El examen me salió bien, aunque era más difícil que el de mi grupo. Saqué un 7. Si hubiera atendido y estudiado desde el principio, como decía la profe, habría sacado un 10, pero no necesitaba tanta nota. Ese mismo día, el mundo empezó a darse la vuelta, aunque aún no éramos conscientes de ello.

–Dicen que van a cerrar los institutos y los colegios –escuché hablar a Lucas.

Ya había oído rumores. Mis padres se mostraban inquietos por la evolución de los contagios, por lo que escuchaban en la farmacia, por las recomendaciones del Colegio de Farmacéuticos. Yo andaba en otras preocupaciones y no acababa de creerme esa historia del virus mortal con origen en China. Aquí no llegaría, y solo era una gripe como otra cualquiera, que afectaba a los ancianos de las residencias. Nada que ver conmigo.

–No puede ser –respondí a las palabras de Lucas–. Te imaginas el caos: ¿qué van a hacer los padres con los niños?

–Mira en el grupo de wasap. Las clases se van a cancelar pronto. Los contagios están aumentando mucho.

–¿Estás seguro de lo que dices?

–¿No has seguido las noticias estos días? –respondió con otra pregunta–. Se habla de pandemia: una epidemia a escala mundial. Ha ocurrido en Italia y en otros países. La pregunta no es si va a ocurrir, sino cuándo va a ocurrir. Y me temo que antes de lo que esperamos.

–Si nos dan unas semanas de vacaciones, estupendo –dije, ignorante–. Así descansaremos de tanta clase, tanto examen y tanto madrugón.

–En casa no sé cómo vamos a hacerlo: mi madre tiene que salir a

trabajar –al él sí se le veía preocupado–. Tendré que hacerme cargo de mi hermano pequeño.

–Y yo de la abuela.

–¿De qué habláis? –Alicia vino a interrumpirnos y yo hice ademán de marcharme–. No te vayas –me pidió, y yo la ignoré.

–Tengo cosas más interesantes que hacer –solté, y la dejé con la palabra en la boca.

Pensé que Lucas también se extrañaría, que preguntaría a Alicia por mi reacción tan fuera de lugar. Si ella le contaba la verdad, mejor que me alejara de los dos.

Los profes vinieron a confirmar los rumores. Sofía fue la primera en hablarnos de ello.

–A partir del miércoles, se suspenden las clases durante dos semanas.

Un grito unánime de júbilo inundó el aula. Sofía permanecía seria ante tanta euforia. Le resultó difícil recuperar el orden: hablábamos entre nosotros; eran unas vacaciones adelantadas, pues aquellos quince días libres quedaban muy cerca de la Semana Santa. Ningún alumno dudaba de las ventajas de la situación. La profe ocultaba su preocupación para no inquietarnos a nosotros; prefería nuestra jubilosa inconsciencia. Había preparado una hoja con trabajo para esos días y la fue repartiendo mientras continuaba la alegría absurda. Miré el papel con desidia. No pensaba hacer nada; seguramente, luego no lo pediría. Si a la vuelta se corregían en clase, me bastaría con copiarlos. Aunque con ella no era tan fácil escaquearse.

El resto de la mañana continuó la euforia; incluso hubo quien aseguró que su familia se iría a la casa de playa, a pasar unos días de descanso junto al mar.

Por la tarde, los parques estaban llenos de niños y de adolescentes, como nosotros, celebrando la supuesta libertad envenenada que acababan de regalarnos.

A mis padres no les engañó tanta insensatez. Ellos sí intuían la verdad terrible que se nos venía encima. Mi madre fue al supermercado y cargó con provisiones para una semana por lo menos. Me reí de su exageración y ella me regañó:

–Ni se te ocurra salir con tus amigos. Tienes que quedarte en casa.

–Claro, a cuidar de la abuela –protesté.

–Aunque no estuviese ella aquí, tendrías que hacerlo. Esto no es una fiesta, Lola. Es algo muy serio.

Los primeros días me dediqué a no hacer nada: me levanté tardísimo, escuché música, vi varios capítulos de una serie y mandé mensajes a mis compañeros, que holgazaneaban igual que yo. Lucas respondió con monosílabos, lo mismo que hice yo ante las preguntas de Alicia, que intentaba acercarse a mí con escaso éxito.

Mis padres me prohibieron poner las noticias de la tele, no querían que la abuela se agobiara; pero ella permanecía bastante ajena a todo. Mientras yo vagueaba, ella dormía, leía otra vez Campos de Castilla o hablaba en voz baja para que nadie la oyera. Apenas se comunicaba con nosotros, escondida en su mundo de recuerdos borrosos, aunque no se la veía intranquila.

Al tercer día, me empecé a aburrir allí metida, sin salir de casa. Lo que más echaba de menos era ir al parque y escuchar a Lucas. Lo primero era imposible, lo segundo tenía solución. Lo llamé, esperando una respuesta entusiasta, pero no fue así.

–Hoy no puedo conectarme a Skype, solo hay un par de ordenadores en casa. Y ya sabes que tengo que estar con mi hermano y ayudarle a hacer los deberes; le cuesta mucho.

–Pues que no los haga. Yo no pienso. Total, serán un par de semanas.

–No lo creo, Lola. Parece que sigues sin escuchar las noticias.

–Solo las ponemos cuando no está mi abuela delante.

–Esto va para largo –aseguró.

–Ya tendré tiempo entonces de estudiar y de hacer tareas.

No hablamos mucho. Su voz me sonó distante, como si se encontrara en otro continente y no dos calles más abajo. Era un amor imposible, sin duda, y difícil de arrancar.

–¡Mierda! –grité–. No me va a querer nunca. Soy idiota.

–¿Te has vuelto a pelear con tu amiga?

La voz de la abuela me sobresaltó. Me miraba desde el umbral de la puerta y sonreía. Había regresado de su aislamiento, era de nuevo ella, el Dr. Jekyll y no Mr. Hyde.

–Seguimos sin hablarnos.

–Ya te dije que eso no es bueno.

–Ella tiene la culpa.

–No se debe hablar de culpables –sentenció.

Me eché a llorar, nada tenía sentido: desvalida y sola, encerrada en casa, triste, rechazada… Los adjetivos oscuros se amontonaban en mi cabeza.

–¡Ay, el amor!

La abuela me leía el pensamiento.

–«El amor es una enfermedad de las más jodidas y contagiosas».

Me reí. No le pegaba nada a la abuela soltar palabrotas.

–No lo digo yo –dijo como para justificarse–. Es de un escritor uruguayo que se llamaba Eduardo Galeano. Cuando pase por casa, tengo que traerte el libro.

–¿Y qué más dice ese escritor?

–¡Uy, me sé el relato casi entero! Verás: «A los enfermos de amor cualquiera nos reconoce. Hondas ojeras delatan que jamás dormimos, despabilados noche tras noche por los abrazos, o por la

ausencia de los abrazos, y padecemos fiebres devastadoras y sentimos una irresistible necesidad de decir estupideces».

–Visto así, parece una broma.

–Pero es la verdad. No hay más que verte –bromeó.

–¿Y qué hago ahora?

–¡Ay, hija! Eso es lo difícil, porque «el amor se puede provocar, pero no se puede impedir».

–¡Vaya ánimos que me das!

–Eres muy joven, Leonor –insistía en llamarme así–. Aún te quedan unos cuantos desengaños.

–Peor me lo pones.

–Y también encontrarás quien te quiera, eso te lo puedo asegurar. Como Antonio me quería a mí.

–Pero no acabasteis juntos. ¿Qué pasó, abuela?

–¿De verdad quieres saberlo? –suspiró.

13

–Sí, pero no quiero que te pongas triste.

–Me viene bien recordar: compruebo que mi cabeza funciona, aunque sea a ratos. Hoy me he levantado más espabilada; estos días atrás, solo deseaba dormir.

–Me hablaste del verano que pasaste en Soria, en casa de Antonio y Amelia.

–Disfruté mucho aquel verano, pero, de alguna manera, presentía que el tiempo acabaría por separarnos si yo no aceptaba la propuesta del hombre al que amaba. Me daba mucho miedo perderlo. Regresé inquieta a Madrid. Nos despedimos con un beso largo que jamás olvidaré y que recibí con un escalofrío de temor, como un presagio. A los pocos días, llegó la carta que has leído.

–¿La que me dejaste sobre la cama?

–Sí, es la carta más importante que he recibido jamás. Ya has visto que Antonio se mostraba comprensivo, orgulloso de mi talento, aunque ya presentía que no era posible hablar de un futuro juntos. ¿Cómo cumplir sueños contradictorios? Esa carta, su última carta, me la sé de memoria de la cantidad de veces que la he leído.

–¿Te dejó? ¿Lo dejaste tú?

De pronto, sus ojos brillaron y una lágrima resbaló por su mejilla.

–En mi casa había teléfono, era un lujo que pocos poseían. Mi padre había logrado un buen puesto y nos lo podíamos permitir. En casa de Antonio no tenían.

Se quedó unos instantes callada, con un llanto mudo, y yo no entendía por qué me contaba todo aquello del teléfono. ¿Sería de nuevo Mr. Hyde?

–Fue Amelia quien llamó, no sé desde dónde. Lloraba desconsolada, casi no la entendía. Antonio había muerto en un accidente de moto. Cuando comprendí el significado de sus palabras, me desmayé. Era como caer de pronto en un mar inmenso del que intentas salir y te ahogas, en una pesadilla de la que no puedes despertar. Es lo peor que me ha ocurrido en la vida.

–¡Es horrible! –exclamé sobrecogida. No imaginaba un final semejante para aquella historia de amor.

–Mis padres me acompañaron a Soria y acudimos a su entierro en el mismo cementerio donde reposa Leonor, donde Antonio y yo nos dimos el primer beso. Después me hundí, no quería comer, ni estudiar, ni vivir. Prefería morirme y marcharme con él en la moto al otro mundo.

–Entonces, sabes mejor que yo cuánto duele el amor.

–Desearía no haberlo sabido nunca. Las heridas de amor, leves como la tuya o profundas como la mía, son inevitables.

Tenía razón la abuela: mi desengaño era una trivialidad comparado con su tragedia.

–Así pasé varios meses. Mis padres no sabían cómo ayudarme y yo me negaba a salir de mi cuarto. Hasta que un día soñé con él. «¿Se puede saber qué haces? –me decía muy serio–. ¿Es que no leíste mi carta? Quiero seguir estando orgulloso de ti. Levántate de una vez». Y se alejaba a toda prisa en la moto, hasta que su silueta se perdía a lo lejos.

–¡Qué fuerte! ¡Vaya sueño!

–Me desperté sobresaltada y lloré. Debía superarlo y volver a vivir, por los dos. Regresé a las clases y a los idiomas; de nuevo el estudio me sirvió para evadirme. Un día, mi padre me contó que en la empresa de un conocido buscaban una secretaria. Fui a la entrevista convencida de que no me contratarían, pero se asombraron de mis conocimientos y mi dominio perfecto del inglés. Me preguntaron si me sentía capaz de aprender alemán, pues la empresa era filial de una compañía de Múnich. Tardé seis meses en aprender el idioma y

enseguida me convertí en Secretaria de Dirección.

–¿Aprendiste alemán en seis meses? ¡Si es dificilísimo!

–No creas, ya te digo que tenía buen oído para los idiomas. Además, tuve que seguir perfeccionándolo; al principio solo manejaba lo básico.

–Ojalá se me dieran los estudios tan bien como a ti.

–Es cuestión de actitud, no es algo innato. Deberías empezar a practicar, te estás perdiendo…

–¡Vale! Esta conversación ya la hemos tenido antes. No insistas, yo no soy como tú.

–Nos parecemos más de lo que imaginas. Y no solo en el nombre, Leonor.

–¿Lograste ser feliz después de…?

–Sí, mi trabajo me hacía discretamente feliz, vivía para la empresa y no me importaba dedicarle hasta los fines de semana. Los alemanes se dieron cuenta de mi valía y empecé a hacer viajes a Múnich, ya que era quien mejor hablaba alemán de toda la oficina. Mis jefes confiaban en mí y ascendí hasta donde podía hacerlo una mujer en los años sesenta. Nada se decidía sin contar conmigo, aunque no fuese la directora.

–Antonio se habría sentido orgulloso de ti.

–Eso pensaba, era mi motor en la vida.

–¿Volviste a Soria?

–Al principio, pocas veces. Me ocurría como a don Antonio Machado: demasiados recuerdos. Amelia me llamaba, me reclamaba, pero yo aducía que me faltaba tiempo. Durante varios años no volví a pisar la ciudad de mis amores, no me atrevía. Hasta que un verano decidí visitar a mi amiga y a su familia, que me recibieron como a una hija. Ambas compartimos la felicidad del reencuentro y comprobamos que seguíamos siendo un par de

insomnes que odiaban la noche.

–Ves, en eso sí nos parecemos.

–Por eso nos gusta charlar de noche en vez de dormir. Lo malo es que siempre nos pilla tu padre –rio.

–Sí, a mí me manda a mi cuarto y a ti te obliga a tomar la pastilla.

–Somos unas incomprendidas, Leonor –volvió a reír.

Su risa era mágica, me hacía creer que todo estaba bien, que los problemas no existían, que el mundo era un lugar plácido y feliz. ¡Cuánto la echo de menos!

Su risa aplacaba la tristeza y regalaba la ilusión de una vida perfecta.

14

–Amelia me confesó que su novio, con quien pensaba casarse pronto, era trasnochador, no le gustaba madrugar y presentía problemas, pues tenían el ritmo vital cambiado –siguió contando–. Le quité importancia al asunto y reímos de nuestra complicidad. Me he reído mucho con mis amigas siempre; es algo muy saludable que deberías practicar más.

–Sigo enfadada con Alicia.

–Por eso lo digo. No sé a qué esperas para hablar con ella.

–Es una traidora y una mala amiga. Me ha quitado al chico que me gusta.

–¿Dices que te lo ha quitado? ¡Como si fuera un objeto de tu propiedad! La gente no es de nadie, Leonor, solo de sí misma. Además, no sabes seguro qué ha pasado.

–Me lo imagino.

–No imagines tanto y piensa en lo que pierdes.

–Me estabas hablando de Amelia y su novio –zanjé la conversación–. ¿Qué pasó con ellos?

–Se casaron y me invitó a la boda. Ambas sabíamos que yo no acudiría. Durante muchos años, el trabajo fue una especie de anestesia. Los sentimientos no contaban, no había tiempo para pensar.

–¿No salías nunca? ¡Vaya rollo de vida!

–Bueno, hice algunas amigas en la empresa, pero casi todas acababan desapareciendo en cuanto se casaban. En aquella época era complicado compaginar el trabajo y la familia. No se entendía que una mujer continuara con su oficio después de la boda. Casi

ninguna lo hacía, porque hasta el carné de identidad indicaba que la profesión de una chica era «sus labores». Ellas me preguntaban por qué no tenía novio siendo tan guapa. Está feo que yo lo diga, pero era bastante atractiva. Parecía que la soltería era exclusiva de las feas. Ser una solterona, quedarse para vestir santos, era una desgracia para una mujer. Para mí, no. Algunos hombres se me acercaron, a pesar de mi fama de arisca: yo les gustaba y alguna vez fue recíproco, hasta que les preguntaba por los planes de futuro. Contaban, sin duda, con que me dedicaría a mis labores: la casa y los niños. Una criada para todo, gratis y perfecta.

–¡Vaya mentalidad! Hiciste bien en rebelarte, en no resignarte.

–Claro. Antonio no había muerto para que yo renunciara a una vida plena. No me importaba ser una solterona, aunque me preocupaba una vejez en soledad. Cuando ya me había resignado, llegó Ernesto.

–¡El abuelo! ¡Por fin!

–Esperabas que apareciera en algún momento, ¿verdad?

Asentí. Que no lo hubiera olvidado era una buena señal, aunque tan efímera como el resto de los recuerdos que aún quedaban en su memoria.

–Llegó un día a la oficina un proveedor joven y guapo que llamó mi atención. Se acercó con una sonrisa que no tuve más remedio que devolver. Nos visitaba todos los jueves, que se convirtió en el mejor día de la semana a mi pesar, pues me costaba reconocer que aquel muchacho me gustaba. Charlábamos un rato de asuntos triviales mientras él me miraba embobado. Luego empezó a venir dos días; después, tres. Hasta que se atrevió a preguntarme si me apetecía quedar el domingo para dar una vuelta por el Retiro. Acepté la propuesta; hacía mucho tiempo que no me citaba con un hombre. Pasamos una tarde estupenda, descubrí que no era noctámbulo y que no le importaba madrugar. Te parecerá una tontería, pero aquello me pareció significativo. Seríamos buenos amigos, sin duda. Pensar en algo más me daba vértigo. Ernesto era divertido: contaba unos chistes malísimos que hacían gracia por cómo los contaba, las voces que ponía y los gestos exagerados.

–Sí, me encantaban sus chistes. Tenías que reírte con él, era muy gracioso –corroboré.

–Una tarde, en el Retiro, que se convirtió en el escenario de nuestros fugaces encuentros, Ernesto me dijo que iba en serio conmigo. Eso quería decir que deseaba que fuésemos novios formales y que nos casáramos. Yo enmudecí y él siguió hablando. «¿Puedo cogerte la mano? –me pidió; solo fui capaz de asentir con la cabeza–. Verás, yo me apellido Casado, así que no debo quedarme soltero. Y ya estoy tardando mucho. Creo que tú eres la mejor esposa que podría encontrar… si tú quisieras». Temblé; tu abuelo me gustaba, pero solo se me ocurrían inconvenientes, una lista interminable, que él rebatió con soltura: «Soy mayor que tú». «Solo tres años, no se nota y, además, me da igual». «Quizá ya no pueda tener hijos, a mi edad». «Eso ya se verá. Y tampoco es lo más importante». «No sé cocinar». «Yo sí, asunto resuelto». «Ni planchar; en casa siempre lo hace mi madre». «Bueno, llevaremos la ropa arrugada. Qué más da».

Nos reímos. El abuelo no se rendía ante nada. ¡Menudo ligón!

–Quería ponértelo fácil –dije.

–Ya lo creo: rebatía cada uno de los argumentos. «No pienso dejar de trabajar por nada del mundo –le solté levantando la voz; en realidad, esa era la clave de mis miedos–. Ni cuando me case ni cuando tenga hijos, si es que ocurre». Ernesto suspiró y pensé que todo estaba perdido, que hasta ahí habíamos llegado, que saldría corriendo en busca del ama de casa perfecta que yo no era. «Ya lo sabía. No te he conocido limpiando, sino trabajando en una empresa donde eres insustituible. Tu jefe me mataría si le digo que te saco de allí para encerrarte en casa. Yo me he enamorado de la mujer decidida y distinta que encontré dando órdenes en un despacho. No quiero que dejes tu oficio ni que hagas algo que no deseas. Te quiero feliz y completa. Además, seguro que ganas más que yo. Sería imbécil si despreciara esos ingresos mensuales. No te preocupes por nada, nos las apañaremos».

–¡Así se habla! ¡Viva el abuelo! –aplaudí.

–¡Desde luego! Nunca había oído a un hombre hablar así; pensaba

que no existían, y aquellas palabras me enamoraron más que sus chistes, su belleza morena y su simpatía. Me di cuenta de que sentía algo por él y de que sería un buen compañero. Mi corazón había resucitado, como la rama del olmo seco, como un milagro de la primavera.

–¡El olmo del poema!

–El amor hace que nuestro corazón resucite, aunque pensemos que nada volverá a ser igual. Tú eres tan joven, tienes tanto tiempo por delante para que tus ramas florezcan cada primavera…

–Tienes razón, pero los desengaños me hacen ver todo negro.

–Nos pasa siempre, hay que aprender a dominar la tristeza. Tu abuelo me ayudó a renacer, volví a ser una mujer alegre. Mis padres no se lo creían cuando les dije que me casaba. Debió de ser el día más feliz de sus vidas. Mi padre, que ya había cumplido los 80, me dijo que ya se podía morir tranquilo, y eso hizo un par de años después de mi boda. Mi madre no tuvo tiempo de lamentarse, pues acababa de nacer mi hijo, tu padre, y le tocó ejercer de abuela mientras mi marido y yo trabajábamos.

–Más o menos como te pasó a ti cuando nací yo.

–Lo mismo, solo que ahora es algo normal: los abuelos somos perfectos para cuidar de los nietos.

–Y en casa, ¿cómo os las arreglabais?

–Yo trabajaba más horas que Ernesto, por lo que él se ocupó más tiempo del niño. Éramos un matrimonio raro para la época. Se diría que mi marido sacrificó su carrera profesional para que yo trabajara. Si hubiera sido al revés, habría parecido normal. Gozamos de una vida plena y feliz juntos, plácida diría yo. Nunca fue la pasión que sentí por Antonio; cada amor es distinto, cada edad lo vive de una manera. El amor de los quince no es como el de los cuarenta. ¡A los ochenta y cinco solo quedan los recuerdos! Y a mí se me están borrando.

–Pues me has contado tu vida al detalle, abuela. Te acuerdas muy

bien.

–Solo a ratos, ya sabes. El presente está lleno de lagunas. Ahora ya estoy tranquila: te he regalado mi pasado para que no se pierda del todo, para que viva en tu memoria. Gracias por escucharme. No imaginas lo importante que ha sido para mí.

–Me gusta escuchar, ¡y tú cuentas las cosas tan bien que parecen una película!

–Estoy un poco cansada estos días… ¿Me acompañas hasta la cama? Creo que me voy a tumbar un rato. Si no me he levantado, no me despiertes a la hora de comer.

La dejé plácidamente dormida. Sus labios dibujaban una sonrisa, como si fuese feliz en sueños, como si solo guardase los recuerdos hermosos, como si aún paseara en moto por Soria o charlara con el abuelo en el parque del Retiro.

La besé en la frente y me pareció que, con sus recuerdos, me había regalado el secreto de la felicidad.

15

El insomnio me acompañaba cada noche. Con la oscuridad, los pensamientos se volvían del mismo color. Me acostumbré a dejar la puerta abierta, para escuchar a la abuela, y la persiana subida, para mirar afuera. Apoyada en la ventana, observaba la calle vacía, envuelta en un silencio siniestro: ni un coche, ni un ruido... Solo el camión de la basura rompía el mutismo de las sombras.

–Leonor, ¿no oyes la moto?

La abuela llevaba varios días silenciosa y perdida, habitando un lugar lejano del que no regresó. Era como si, después de haberme regalado la historia de su vida, se hubiera rendido del todo y se hubiera dejado poseer por Mr. Hyde. Se negaba a comer, no había manera de levantarla de la cama, daba manotazos al que se acercara, gritaba a mis padres. Sin embargo, me reconocía, me llamaba Leonor, aunque dudo que recordara que era su nieta.

–Leonor, dile a ese señor que se vaya –me decía, refiriéndose a mi padre.

Por las noches, papá le administraba la pastilla para dormir y solía estar tranquila. Hablaba, no sé si en sueños o en el duermevela que le provocaba el medicamento.

–¿Vendrá a por mí? –escuché que musitaba.

Me acerqué a su cuarto. Mejor que no despertara a mis padres, que debían madrugar y trabajar duro mientras yo continuaba holgazaneando en casa.

–Leonor, ¿no oyes la moto? –repitió en cuanto me vio a los pies de la cama.

–No se oye nada, solo el silencio.

–Viene a buscarme, me lo ha dicho –aseguró con los ojos cerrados,

como si viese una realidad distinta.

–Es de noche, ya vendrá mañana. Ahora hay que dormir.

–Sí, tengo mucho sueño, estoy agotada de ir de acá para allá todo el día. Y me cuesta respirar.

Sus palabras me alarmaron. Le toqué la frente y estaba muy caliente. Enseguida llamé a mis padres. Una angustia enorme se apoderó de mí. Papá, con el rostro descompuesto, me pidió que me encerrase en mi cuarto, pero yo seguí desde la puerta los movimientos de aquella noche nefasta. Le suministraron varios medicamentos, que le costó tragar, y llamaron a una ambulancia que tardó siglos en llegar, o al menos eso nos pareció, mientras ella boqueaba como un pez fuera del agua y mi padre se desesperaba y se culpaba de que la abuela hubiese contraído la enfermedad.

–Seguro que el virus lo hemos traído nosotros de la farmacia. Teníamos que haberla dejado sola y tranquila en su casa. Yo soy el culpable de que se haya contagiado –se lamentaba papá.

–No digas eso. ¿Cómo íbamos a dejarla sola en su situación? –replicaba mamá.

Cuando llegó la ambulancia, me eché a temblar. Se la llevaban en una camilla y ella ni siquiera se movía. Salí de mi cuarto y me acerqué a la abuela, a pesar de que mi padre quiso impedirlo, y le acaricié la mano. Era nuestra señal de cariño. Entonces, abrió los ojos:

–Leonor, habla con Amelia. Ella sabe lo que hay que hacer. No te preocupes por nada. Antonio ha venido a buscarme; ya te dije que había escuchado la moto.

–Te quiero mucho –dije entre lágrimas.

Mis padres también lloraban y se despidieron de ella, aunque no les contestó. De nuevo, y para siempre, había abandonado nuestra realidad para marcharse a la suya.

Los tres nos quedamos desolados. Nunca había visto a mi padre llorar de esa manera. A la tristeza se unía un sentimiento inevitable

de culpabilidad, aunque el único responsable fuera ese maldito virus que dominaba el mundo y nos convertía en títeres, en víctimas indefensas y frágiles.

La situación nos exigía aislamiento total; debíamos hacer cuarentena por si éramos portadores. Mis padres tuvieron que buscar suplentes para la farmacia y una amiga de mamá se encargó de hacernos la compra, que dejaba en la puerta. El tiempo se volvió más espeso aún. Solo esperábamos noticias de la abuela, que llegaban una vez al día. Nos confirmaron que había contraído el virus, que estaba sedada, que no sufría, pero desde el principio nos dieron pocas esperanzas. Papá necesitaba abrazarnos, sentirnos muy cerca, y los tres andábamos como sonámbulos, abandonados en un encierro hostil. No teníamos síntomas y, aunque físicamente nos encontrábamos bien, mentalmente nunca habíamos estado tan mal. Pusimos su habitación en cuarentena, abrimos la ventana y cerramos la puerta a cal y canto.

Sentí más que nunca la necesidad de la familia, de los lazos del afecto y de la amistad. Había llegado el momento de recuperar a Alicia; la echaba tanto de menos que dolía. Mi rencor me parecía absurdo, insignificante, como casi todas mis preocupaciones, que se volvieron ridículas ante la inmensidad de la angustia por la abuela. No me importaba que Alicia me viera con los ojos llorosos, ella comprendería. Le mandé un mensaje breve para pedirle que hablásemos por Skype; respondió que sí al instante. En cuanto le vi la cara, me eché a llorar.

–Lo siento mucho, Lola –me repetía sin saber el motivo de mi llanto, como si solo ella fuese la responsable de mi tristeza.

–Es mi abuela –acerté a decir–. Está muy mal, tiene el virus y se la han llevado al hospital. No sé si volveré a verla.

–Me gustaría estar ahí para abrazarte –dijo, y rompió a llorar conmigo.

Nos mirábamos a los ojos, compartía mi dolor y, de alguna manera, me consolaba.

–Desde que vino a vivir a casa, después de Navidades, estábamos

muy unidas. La echo mucho de menos –le conté.

Le hablé de las conversaciones con la abuela, de su empeño en llamarme Leonor, de cómo me había regalado los secretos de su vida.

–Es triste, pero también es muy bonito lo que has vivido –me dijo–. En casa no hacemos más que discutir; no estamos acostumbrados a aguantarnos tanto tiempo seguido.

–No os peleéis. No merece la pena.

Nos miramos. Las dos sabíamos que yo llevaba razón, pero era difícil pedir perdón.

–Siento lo que ha pasado: no he sido sincera contigo –reconoció.

–Y yo me he encerrado como un caracol y no he querido escucharte.

–No me atreví a decirte que Lucas también me gustaba. Pensé que se nos pasaría a una de las dos, pero luego…

–¿Qué pasó luego?

–El día del cine me dijo que yo le gustaba, salimos de la mano, Marta nos vio…

–Y me lo contó.

–Luego nos confinaron y ya no sé qué hay entre nosotros. Apenas he hablado con él, en su casa hay problemas; solo tienen dos ordenadores y son cuatro. Está agobiado.

–Hacéis buena pareja –se me ocurrió decir.

–No te burles –rio–. No pegamos ni con cola. Yo tan alta y él tan poca cosa…

–Es verdad –reí yo también.

–Me gusta oírte reír, Lol. ¿Seguimos siendo amigas? Esto de discutir por un chico me parece lo peor. No somos rivales, somos cómplices.

–Necesito tu amistad –reconocí–. Te he echado mucho de menos a pesar de lo rabiosa que estaba.

–Yo también. No sabía cómo arreglarlo. Huías de mí.

–Fuimos cobardes.

–No volveré a serlo –aseguró–. Aquí me tienes para lo que necesites.

–¿Saldremos de esto?

–No lo dudes. Y volveremos a clase y a los entrenamientos y a los partidos…

–¡Qué lejano parece todo!

–Y dejarán de mandarnos montones de deberes todos los días.

–¿Deberes? –pregunté, como si me hablara de extraterrestres.

–¿No has hecho nada aún?

–Ni he abierto el correo. No podría hacer nada ahora, estoy bloqueada.

–Lo comprendo; pero, si esto sigue así, tendrás que hacerlos para aprobar el curso.

–Ya no sé qué quiero –suspiré.

–Yo sí lo sé: que volvamos a ser las amigas de siempre.

–Eso está hecho –respondí.

Fue el primer instante de felicidad después de tantos días de angustia. Me di cuenta de que la amistad tenía poderes mágicos.

Algo que no debía olvidar jamás.

16

Su corazón, tan grande, tan tierno, no aguantó ni cuatro días. Cuando nos llamaron a las siete de la mañana, ya estábamos despiertos, ninguno de los tres descansaba a gusto. Sonó el teléfono y supimos la noticia antes de que nos la dieran. Papá se derrumbó. Nos abrazamos en un intento de aliviar tanto dolor, pero la tristeza de cada uno era inmensa, imposible escapar de ella.

–No hemos podido acompañarla, no podremos hacer el duelo en su funeral, no tendremos la compañía de la familia ni de los amigos... Tenemos que tragarnos solos esta desgracia –sollozaba papá.

Ni siquiera sabíamos cuándo nos entregarían las cenizas, cuándo se acabaría la confusión. Así era imposible cerrar la herida.

–Habrá que comunicarlo a la familia –dijo mamá en cuanto pudo hablar.

–Y a sus amigos –añadió papá.

–¡Hay que hablar con Amelia! –exclamé yo–. Ella sabe lo que hay que hacer.

–¿Lo que hay que hacer? ¿Y quién es Amelia? –preguntó mamá.

–Su mejor amiga, desde la infancia –respondí–. La abuela insistió en que debía hablar con ella.

–¿Para qué?

–Eso no me lo dijo. Tenemos que buscar los números de teléfono de sus amigas y de Amelia en el móvil. Aunque tendrá una clave… –objeté.

–Yo la sé. Cuando empezó a perder la memoria, me la apuntó y me la dio. Era lista y previsora –a papá se le quebró la voz.

–Habrá que entrar en su cuarto –sentenció mamá.

Nos quedamos quietos, como petrificados. No nos atrevíamos a abrir esa puerta, cerrada desde que se llevaron a la abuela al hospital del que nunca regresaría. Aquel mismo día fatídico, papá desinfectó la habitación y dejó la ventana abierta, pero nadie había vuelto a entrar ni a tocar sus objetos personales. Era como traspasar el umbral de un santuario.

Cuando vi el sofá vacío, sentí que el recuerdo y la presencia de la abuela me abrazaban, se pegaban a mi piel para no soltarse nunca. Sobre la mesilla, encontramos el móvil y el libro de Campos de Castilla del que jamás se separaba. Papá cogió ambos objetos con devoción.

–Toma –dijo tendiéndome el libro–, es para ti.

Lo recogí con manos temblorosas; de una de las páginas asomaba un papel escrito a mano con la caligrafía de la abuela: «Para mi nieta Leonor».

Lo apreté contra mi pecho, como si la abrazara a ella. Me había regalado antes sus recueros y ahora me regalaba el libro que marcó su vida, su bien más preciado. Ya no lo necesitaba: en su memoria, si algo quedó al final, eran los versos de Campos de Castilla.

–Esta tarde llamaremos a quien haga falta. Ahora no soy capaz –sollozó papá.

Nos sentamos en el sofá muy juntos, muy tristes, intentando asimilar la pérdida y la desolación. Pasamos casi toda la mañana allí, quietos, destrozados, incrédulos: no era posible que jamás volviese a escuchar su cálida voz recitando a Machado, a sentir el tacto suave de su mano, a reír con ella. Sentí que algo frágil se había roto con su muerte, que ya nada sería igual, que había dejado de ser una niña para siempre.

Permanecí allí, inmóvil, mientras mis padres preparaban la comida a pesar de que los tres habíamos perdido el apetito. Solo entonces me atreví a abrir el libro. En la misma hoja donde figuraba mi nombre, la abuela había escrito unas palabras, quizá las últimas:

Mi querida Leonor:

Este libro es para ti, para que te aficiones a la poesía que tanta felicidad me ha dado. Ya conoces unos cuantos poemas, mis favoritos. Antonio aseguraba que la poesía es una honda palpitación del espíritu. Cuando le escuché decir aquellas palabras, me conmovió, pero resulta que no eran suyas, sino de Machado.

Te he contado cuánto amo Soria. Está tejida de sueños y de recuerdos, igual que para el poeta. Este libro expresa lo mejor de mi vida, lo más auténtico, lo que desearía salvar del olvido. Mi corazón está no donde nació a la vida, sino al amor, cerca del Duero.

Me he quedado a solas con mi sombra y con mi pena. Ya no podré caminar por Soria. Aún las acacias estarán desnudas y nevados los montes de las sierras. ¿Tendrán los viejos olmos algunas hojas nuevas? ¿Habrá zarzas florecidas y blancas margaritas entre la fina hierba? Por esos campanarios ya habrán ido llegando las cigüeñas. ¿Habrá ciruelos en flor? ¿Quedarán violetas? ¿Tendrán ya ruiseñores las riberas?

Ahí terminaba la carta, no la acabó. Le fallarían las fuerzas o la memoria. En las últimas líneas, la caligrafía era temblorosa y desigual, como si hubiera hecho un esfuerzo para escribir y deseara terminar, como fuera, lo que había empezado.

Apenas comimos, quizá yo algo más que ellos: la juventud se abre paso y crece en medio de la desolación. Comprobé que a mis padres les aliviaba que no hubiera perdido el apetito.

–¿Vas a hacer esas llamadas? –le preguntó mi madre a media tarde.

–Aún no soy capaz –suspiró papá–. No importa que no sea hoy: nadie podrá ir a velarla, ni debo anunciar ningún funeral ni habrá entierro hasta vete a saber cuándo. No es necesario dar la noticia.

–Tienes razón –asintió mamá–. Ya lo haremos cuando podamos.

–¿Y Amelia? –insistí–. A ella sí que hay que decírselo.

–¿Quieres hacerlo tú?

La propuesta de papá me pilló desprevenida. No sería fácil ni agradable contarle a Amelia que había fallecido su mejor amiga, y yo solo era una adolescente cobarde. O no. Algo había cambiado en las últimas semanas, más bien desde que la abuela entró en casa y me abrió su corazón. La abuela merecía que hablase con Amelia, porque yo era la única que conocía la historia de ambas, que sabía de sus miedos y sus alegrías compartidas, que conocía hasta su ritmo vital y su predilección por la luz frente a la noche. Era casi como una buena amiga mía.

–Sí, yo lo haré –dije convencida–. Pásame el móvil y buscaré el número.

17

Cerré la puerta de la habitación de la abuela y me quedé sola con el móvil en la mano. Respiré hondo y toqué el nombre de Amelia sin preparar qué le iba a decir. Al tercer toque respondió.

–¿Leonor? –preguntó. Había visto el nombre en la pantalla.

–No soy Leonor: soy su nieta.

Se hizo un silencio que escondía la amarga verdad. No fue necesario pronunciar una palabra.

–Se nos ha ido, ¿verdad? ¿Cuándo?

–Esta madrugada.

–Os acompaño en el sentimiento –pronunció la frase hecha.

–Yo también a ti. Sé que os queríais mucho.

–Gracias –la oí sollozar–. Siempre fue mi mejor amiga. No debéis angustiaros. Hablé con ella hace unas semanas, parecía tranquila. Me contó que estaba perdiendo la memoria y que no deseaba vivir así, que estaba preparada para irse con… –se detuvo de golpe.

–Con Antonio –completé la frase.

–¿Qué te contó?

–Todo, o casi todo.

–Me alegra que tuviera una confidente. Eres una buena nieta.

–Ella fue una abuela maravillosa.

–Sí, una persona especial. Su amistad ha sido de lo mejor de mi vida. La voy a echar mucho de menos.

Se echó a llorar y yo la acompañé. Empezaba a notar que el dolor compartido se clavaba menos, tenía un filo menos cortante.

–Me dijo que tú sabías lo que había que hacer. Insistió mucho. Pero desconocemos a qué se refería.

–Yo sí lo sé –aseguró–. No os preocupéis, está todo previsto. Ya lo haremos. De momento no puedo decirte nada más.

–¿Sigues prefiriendo el día a la noche? –me atreví a preguntar.

–¡Cuánto sabes! –se le escapó una risa débil.

Hablamos un buen rato. Ella me preguntó por mi familia y yo por la suya. Me contó que era viuda, que tenía dos hijos y tres nietos, uno de los cuales se llamaba Antonio.

–Tú te llamas Lola, ¿verdad?

–A partir de ahora me voy a llamar Leonor –dije sin dudar.

–Será un bello homenaje a tu abuela. Más de lo que imaginas, ya verás.

Nos despedimos con afabilidad. Quedé en informarla en cuanto nos entregaran las cenizas y pudiésemos hacer un funeral.

Cuando colgué, me sentí aliviada. Amelia poseía la capacidad de reconciliarte con el mundo, igual que ocurría con la abuela. Ambas, dueñas de un alma sensible, regalaban paz solo con su voz. ¡Qué tesoro el de las abuelas! ¡Cuánto envidio a quienes aún las conservan!

Me tumbé en la cama. La tristeza me bloqueaba, pero la cordialidad que me había transmitido Amelia logró que me quedase dormida durante un par de horas que me devolvieron cierta lucidez. Mis padres no tuvieron tanta suerte: seguían en vela y tristes, con los ojos llorosos y el rostro desencajado. No les revelé nada de la conversación con Amelia. Tendrían que esperar.

–Ven –me dijo mamá–. Vamos a salir a aplaudir; por lo menos veremos a los vecinos.

Me acostumbré a aquel ritual de las ocho, que para mi madre resultaba imprescindible. No conocía a los vecinos; ningún compañero vivía en la misma calle que nosotros. Habría sido un aliciente ver por la ventana a Lucas, a Alicia o a cualquier otro colega, aunque fuese Marta.

–Mira –mamá señaló la ventana de enfrente–. ¿Ves a esa señora mayor? Sale todas las tardes a aplaudir, ella sola. Luego me manda besos y abrazos. ¡Salúdala! Eso la alegrará.

Agité los brazos en dirección a la mujer. La calle era ancha y apenas se distinguían sus rasgos a lo lejos. Ella nos devolvía los gestos: lanzaba besos al aire y juntaba los brazos.

–¿Necesitará algo? –se preguntó mi madre en voz alta–. Pienso en la gente mayor que está sola… ¿Imaginas qué angustia? Aquí, los tres, nos hacemos compañía. Vivir esto en soledad debe de ser muy duro. Y la abuela…

–Al menos pasó acompañada sus últimos meses –añadí.

–Y feliz, gracias a ti. Estamos muy orgullosos de lo que hiciste por ella, hija. Tu padre también, aunque ahora no sea capaz de decírtelo.

–No hice nada; solo escucharla.

–¿Te parece poco? No todo el mundo sabe hacerlo. Yo misma me incluyo –lo dijo con la cabeza baja, como quien se siente culpable–. ¿Por qué no llamas a Alicia? Te vendrá bien hablar con ella. Las amigas están para los buenos y los malos momentos.

Mamá ni siquiera se había enterado de la pelea con Alicia y la reciente reconciliación. Era verdad que me escuchaba poco, igual que yo a ella. Mis padres se habían convertido casi en dos desconocidos.

¿Estaría a tiempo de recuperarlos?

18

Escribí un escueto mensaje a Alicia y ella entendió. Enseguida recibí su llamada. Lloramos juntas, como lo había hecho antes con mis padres y con Amelia.

–¿Qué puedo hacer por ti? –dijo de corazón.

–Ahora, basta con que me escuches. Me gustaría que vinieras a casa, que te quedases esta noche conmigo, pero es imposible.

–No del todo. Tendré el móvil encendido en la mesilla por si me quieres llamar.

–¿En plena noche?

–¡Cuando sea! Sé que duermes mal, y estas noches serán peores. Llama cuando quieras.

–Lo tendré en cuenta.

–Y luego vas a empezar a hacer las tareas del instituto. Yo me encargo de ayudarte.

–Uf, dame una tregua –resoplé.

–Tres días, ni uno más.

–Lo intentaré –respondí poco convencida.

Como sospechaba Alicia, la noche se volvió rebelde y no había manera de conciliar el sueño, a pesar de que me acosté tarde después de ver una película con mis padres. Nos acomodamos los tres en el sofá del salón y adopté mi postura favorita: tumbada con la cabeza en el regazo de mi madre y las piernas en el de mi padre. Otras veces me dormía antes del final de la película, pero la noche del peor día de mi vida era imposible dejarse llevar por el sueño.

Me acosté convencida de que no pegaría ojo. Tomé Campos de

Castilla y releí sus poemas favoritos. Saqué del cajón de mi mesa la última carta que le escribió Antonio y que me había regalado un mes antes y la guardé entre las páginas del libro, su lugar original. Fui pasando las hojas, una por una, y comprobé que había algunas anotaciones: fechas, palabras sueltas, nombres propios... Era un libro vivo. Eso decía Lucas, a quien le gustaba escribir en las páginas que leía; lo comprobé una vez que me prestó una novela. Creo que era Momo, de Michael Ende. Cuando empecé a leerla, encontré frases subrayadas, comentarios y hasta signos de exclamación. Me extrañó que alguien tan amante de la lectura hiciera algo así con un libro.

«Eso quiere decir que está vivo –me dijo–, que me ha llamado la atención, que quiero recordar esos momentos de la historia o esas palabras que me han gustado. No pasa nada si quieres añadir tus propios subrayados».

Y eso hice, para dejar mi huella en el libro de Lucas.

El libro de la abuela estaba muy vivo. Había calificado los poemas con estrellas; los había con dos, con tres y hasta con cinco, las que había otorgado a su favorito: A un olmo seco. Al comienzo de uno de cuatro estrellas había escrito: «¡Qué triste y hermoso!». Y el comentario me animó a leerlo:

Soñé que tú me llevabas

por una blanca vereda,

en medio del campo verde,

hacia el azul de las sierras,

hacia los montes azules,

una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,

tu mano de compañera,

tu voz de niña en mi oído

como una campana nueva,

como una campana virgen

de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano,

en sueños, tan verdaderas!...

Vive, esperanza, ¡quién sabe

lo que se traga la tierra!

Lloré por las dos: sentía la mano de la abuela como en un sueño, su voz tan joven recitando para mí. ¡Cómo me habría gustado pasear con ella por Soria! Y todo, su voz y mis sueños, se lo había llevado la muerte, como un huracán. Sí, como bien había escrito la abuela, eran unos versos tristes y hermosos.

Leyendo el poema que Machado dedicó a su amigo Palacio, y que la abuela también había calificado con cuatro estrellas, encontré unos versos subrayados que me resultaron familiares. Enseguida me percaté de la coincidencia: ella los había escrito en la nota que dejó para mí en el libro, como si fueran sus propias palabras y no las del poeta. Eran la añoranza de Soria ante la idea de un imposible regreso:

[...]

¿Tienen los viejos olmos

algunas hojas nuevas?

Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes en las sierras.
[...]
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?

Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
[...]
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
[...]
¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...

Me dormí con el libro entre las manos. Serían las cuatro cuando me desperté sobresaltada. No recordaba qué había soñado, pero aún sentía la angustia de la pesadilla. Una luz brumosa se colaba por la ventana, el silencio lo llenaba todo con un manto de desolación. Daba miedo la noche callada y muerta. Tomé el móvil como el náufrago que atrapa una tabla salvadora y, en un impulso irrefrenable, llamé a Alicia. Respondió enseguida con voz soñolienta.

–¿Estás bien?

–¿Te he despertado? –respondí con otra pregunta.

–Da igual, estaba pendiente.

–Tenía pesadillas. Este silencio ayuda poco.

–¿Prefieres el ruido de los coches que antes no te dejaba dormir?

–Casi lo echo de menos. Ese ruido era vida.

–Por las mañanas me despiertan los pájaros, ¿te lo puedes creer? –contó–. No los había oído nunca, y seguro que estaban. Me gusta escucharlos. Habrá que acostumbrarse –suspiró–. Esto va para largo.

–Eso dicen mis padres. No voy a soportarlo –sollocé.

–No digas eso. A tu abuela no le gustaría escucharlo.

–Tienes razón. Ella amaba la vida, a pesar de todo.

–Tengo preparada una sorpresa para ti.

–¿Una sorpresa? ¿Qué?

–Si te lo digo, ya no es una sorpresa. Y no insistas, ya sabes lo que me cuesta guardar un secreto.

Nos reímos. La risa siempre es un alivio: las sombras de la noche me parecieron menos oscuras y el silencio menos amenazador. Alicia sabía cómo alegrarme la vida y, después de un rato largo robado al sueño, logró tranquilizarme.

–Gracias –dije al despedirme.

–No tienes que darlas. No sería una buena amiga si no estuviese contigo en un momento así, y quiero demostrarte que lo soy, a pesar de todo.

–A pesar de todo –repetí.

Casi había olvidado que habíamos dejado de ser amigas unas semanas antes.

Me dormí plácidamente, con la compañía del libro de la abuela y de la voz de Alicia resonando aún en mi cabeza.

Ni el ruido del camión de la basura fue capaz de despertarme.

19

Amanecí más tarde de lo habitual. Mi madre me obligó a levantarme, aunque la mañana se presentaba tan poco estimulante como la noche. La vida se convirtió en una serie de días monótonos, sin sentido, envueltos en una capa de miedo y angustia que parecía interminable. Me costaba vencer la desgana, la ansiedad, la tristeza. Para colmo, mi desidia académica estalló cuando mi padre se enteró de mi insistencia en hacer el vago.

–Ha llamado tu tutora –dijo papá cuando me levanté–. No has hecho ni un solo trabajo, ni siquiera has dado señales de vida. ¿Qué pensabas, cargarte el curso?

–No me pueden suspender: tengo las otras evaluaciones aprobadas –solté como si llevara razón.

–¡Menudo motivo para no estudiar! –exclamó enfadado–. ¿No quieres aprender? ¿Prefieres retrasarte en los estudios y quedar como una irresponsable? ¡No te entiendo, hija! No sé a qué aspiras.

–Han sido semanas muy duras, compréndelo –intervino mi madre, siempre conciliadora.

–Sería el colmo que pusiera a la abuela como excusa –siguió hablando, alterado–. Hoy mismo empiezas a ponerte al día, escribes a los profesores y se acabaron las series y el móvil. ¿Te interesa algo más en la vida?

–Sí, muchas más cosas, pero nunca me lo has preguntado –respondí para hacer daño, y arrastré los pies hasta mi habitación, donde me encerré toda la mañana.

Al rato, mi madre llamó tímidamente a la puerta. Me traía el desayuno en una bandeja.

–Sé que puedes hacerlo y no es un esfuerzo tan grande. Además, tienes mucho tiempo.

Le di las gracias y volví a cerrar la puerta. En efecto, los profesores habían mandado muchísima tarea. No sabía por dónde empezar, y me agobié. Sofía me había enviado varios correos insistiendo y preocupada por mí. Si le contaba mi vida, seguro que me rebajaba el trabajo. Y eso fue lo primero que hice: justificarme diciendo que mi abuela había estado enferma y había fallecido. Después de enviar el correo, me sentí despreciable por usar su desgracia para justificar mi vagancia. Me dio vergüenza, tanta que empecé con la tarea de Matemáticas, la que me resultaba más fácil, y acabé hasta el último ejercicio, aunque algunos los hice mal. Eché un vistazo al resto: era una montaña que no sabía cómo escalar. En la cima, amenazaban exámenes inesperados. Imposible hacerlo sola.

–Alicia, te necesito. He empezado a hacer las tareas, pero en algunas asignaturas no sé cómo. Es muchísimo –le conté.

–Es cuestión de organizarse.

–Sí, algo que no sé hacer.

–Pero nunca es tarde. Yo te ayudaré, se me da bien.

–Lo sé.

–¿Por qué asignatura quieres empezar?

–Por ninguna.

Nos reímos. Mi incapacidad para el estudio era manifiesta.

–Elige una que se te dé regular. Luego iremos a por las complicadas, y lo fácil, para el final.

–Demasiado tarde: ya he empezado por lo fácil.

–Los ejercicios de Mates, ¿verdad? Pues había algunos complicados.

–Ya me he dado cuenta. Estarán mal, seguro. Lo que no sabía me lo he inventado.

–Eres un caso.

Volvimos a reír, me hacía falta, aunque estuviese tomándome a broma un asunto serio.

–¿Empezamos con Biología? –propuse–. Creo que el viernes nos hace un examen. Si es por correo, bastará con copiarlo…

–Lola, ¡por favor! –saltó–. ¿Piensas copiar?

–Seguro que lo hace todo el mundo.

–¿Y qué? Es engañarse a uno mismo. Los profes se darán cuenta.

–Hablas igual que mi padre –bromeé.

–Y tú como una niñata descerebrada.

–Es lo que soy –reconocí.

–No seas ridícula. Tienes que elegir entre esforzarte y aprender o pasar de todo, copiar y creerte que has engañado a alguien.

–Estudiaré. Total, no hay otra cosa que hacer. ¿Me ayudarás?

–Ya te he dicho que sííííí –dijo alargando la i.

–¿Cómo te las apañas tú para ir siempre al día?

–Suelo hacer esquemas y resúmenes. Primero, subrayo lo más importante de cada página que tenga que estudiar. Luego, lo apunto en un papel aparte. Uso subrayadores para diferenciar la importancia de cada parte del resumen. Cada color simboliza una cosa: conceptos importantes, palabras de las que he de aprenderme la definición… Después, simplemente lo estudio.

–Al menos estaré entretenida cambiando de subrayador.

–¡Venga, Lola! Que no es tan difícil. Te pasaré mis esquemas de Biología para que veas cómo los he hecho, pero se aprende más haciéndolos; cuando acabas, ya casi te lo sabes. ¡Hala, ponte con ello! Yo también tengo trabajo.

Y me colgó. Suspiré. Al menos sabía por dónde empezar. Dediqué

un par de horas a hacer los ejercicios pendientes y a repasar los esquemas de Alicia, que eran una pasada. El tiempo pasó volando.

–Es la hora de comer.

La voz de papá me sobresaltó: no le había oído entrar.

–Ya me he puesto con los deberes, no hace falta que me lo repitáis –salté desabrida.

–Me alegro. No esperábamos menos de ti.

–No mientas, papá –seguí con el tono desagradable–. Nunca esperáis mucho de mí.

–Que nos hables así ayuda poco –dijo cabizbajo.

Me estaba pasando, y mucho. No tenía sentido seguir aparentando rebeldía, me convenía rebajar la tensión. Nos quedaban demasiados días juntos, encerrados, conviviendo por encima de nuestros deseos, atrapados en una familia dolorida que ignoraba cómo comunicarse.

–Reconozco que hemos estado demasiado ocupados con la farmacia y poco pendientes de ti. Prefería que hicieras lo que te diese la gana con tal de que no me contestaras mal, de no enfrentarme contigo. Creo que mi madre lo hizo mejor que yo –confesó papá.

–La abuela me contaba, me escuchaba…

–Seguramente sabes tú más de ella que yo mismo.

–No te quepa duda.

–¿Qué puedo hacer para recuperarte?

–Ya no soy la niña que trepaba por tu espalda hasta que me subías a los hombros, ni la que cantaba canciones infantiles a todas horas.

–Has cambiado y no sé bien quién eres.

–Yo tampoco lo sé muy bien –reconocí.

–Vamos a tener mucho tiempo para hablar, para conocernos mejor

los tres. ¿Estás dispuesta a poner de tu parte? Os necesito. La muerte de la abuela me ha descolocado.

–A mí también. La quería mucho.

–Y se había creado un vínculo muy bonito entre vosotras dos. ¿Qué tiene de especial este libro? –preguntó señalando el volumen de Campos de Castilla.

Tomé el libro y se lo entregué, al tiempo que le regalaba la primera sonrisa desde que entró en mi cuarto. Pensé que sería una buena manera de empezar a comunicarnos.

–Léelo y lo sabrás.

20

–¡Sorpresa!

Los rostros de mis compañeras de vóley me sonreían en la pantalla. Alicia se había encargado de convocarlas a todas para que me alegraran la tarde. No sabían cómo darme el pésame; me habría ocurrido igual. ¿Qué se dice ante la pérdida? No nos enseñan a encarar la muerte, y me estaba costando asumir que la abuela no regresaría y que todos sufríamos la misma amenaza invisible.

Hablaban varias a la vez y era difícil seguir el hilo de la conversación, pero fue divertido. Las vi tranquilas, más que yo, quizá porque la muerte no las había tocado de cerca y, aunque se quejaban del encierro, se alegraban de la facilidad con la que iban a aprobar el curso, con menos esfuerzo de lo habitual. Escuchándolas, parecía que el mundo seguía su curso normal, que nada había cambiado desde el último partido. Hasta que una de ellas preguntó:

–¿Cuándo volveremos a jugar?

La cuestión flotó en el aire y provocó un silencio extraño.

–Volveremos, chicas –dijo Alicia para darnos ánimos; era la capitana del equipo–. Y después de esto ganaremos partidos, ya veréis.

–Será porque las demás no han entrenado –bromeé.

El tiempo voló junto a ellas. Cuando miré el reloj eran las ocho.

–Hay que salir a aplaudir –dijeron varias de mis compañeras. Y enseguida cortamos la comunicación.

En la ventana ya me esperaban mamá y, enfrente, la señora solitaria que nos saludaba con efusividad. Observé a la gente que se asomaba a las terrazas y los balcones. Había parejas, familias con niños, grupos con perro y la vecina sin compañía. Miré hacia abajo. En el

balcón del segundo piso del edificio contiguo divisé el cabello rubio de un chico. Casi no le veía la cara, aunque sí se apreciaba que era un chaval joven, delgado y rubio. Como Antonio el Rubio, pensé, recordando a la abuela. ¿Y si llamaba su atención? En tiempos de encierro, casi todo vale; por ejemplo, hablar con desconocidos y hacer amistades de ventana a ventana. Cuando acabaron los aplausos y nos abrazamos a distancia con la vecina, empecé a chistar a ver si me oía.

–¡Eh! ¡Aquí arriba!

Mi madre me miró extrañada; luego sonrió y se apartó para dejarme sola con el rubio. El chico alzó la cabeza y se percató de mi llamada. Llevaba gafas y me miró entrecerrando los ojos. Tenía el pelo rizado y parecía más alto que yo y de mi edad. No lo había visto nunca, aunque vivíamos casi pared con pared. ¡Qué monstruoso es el mundo de las ciudades! Nos hace solitarios e individualistas.

–¡Hola! –lo saludé.

Él me devolvió el saludo con la mano, aunque parecía extrañado.

–¿Estáis bien? –hice la pregunta obligada.

–Sí. ¿Y vosotros?

No me pareció conveniente hablarle de la muerte de la abuela: conversar a gritos de ventana a balcón permitía pocas confidencias. Además, dolía demasiado como para hablarlo con extraños. La conversación fue banal, siempre en torno a la tremenda situación que vivíamos, y, aunque él respondía con monosílabos a mis preguntas, era un primer paso y quizá aquel chico resultara interesante. Nos despedimos a sabiendas de que al día siguiente nos reencontraríamos a la misma hora. Solo al final se me ocurrió preguntarle su nombre.

–Me llamo Ramón.

–Yo, Leonor –me presenté.

Decidí que me llamaría así a partir de entonces. Los nuevos amigos

ya me conocerían con ese nombre y los de antes tendrían que acostumbrase. Era el hilo que me uniría para siempre con la abuela.

En casa éramos tres almas en pena. Nos costaba hablar, nos costaba levantarnos e incluso comer. La vida era una sucesión de días iguales y, lo peor de todo, desconocíamos hasta cuándo duraría el encierro. Las noticias solo hablaban de cifras de muertos sin nombre que aumentaban sin cesar. Y yo no podía dejar de pensar en esas personas fallecidas, que sí tenían nombre y apellidos y familia y amigos. Una de esas personas era mi abuela. Cualquier situación normal del pasado me parecía un milagro: los partidos de vóley, las clases, los paseos con los amigos, el cine... Pertenecían a un pasado que ya no existía y que no sabíamos cuándo recuperaríamos. Pasaba horas mirando por la ventana para no ver a casi nadie: gente paseando al perro o con la bolsa de la compra. Ningún niño, ningún adolescente, como si todos nos hubiésemos muerto. Vivíamos encerrados, como los leones del zoo.

Papá no levantaba cabeza y me esforcé por parecer una hija ejemplar. Él lo agradecía. Necesitábamos cuidarnos unos a otros; el dolor por la muerte de la abuela continuaba arañándonos el corazón, la angustia por la situación nos paralizaba. Encima, mis padres temían por la farmacia, que debían controlar a distancia. Y se preocupaban más por mí que por ellos mismos. Lo comprobé con cierta extrañeza, como si hasta ese momento no me hubieran dado señales de ello. Eran pequeños detalles que hablaban, que me demostraban ese amor inmenso de los padres hacia los hijos.

–Te devuelvo el libro, es tuyo –dijo papá al entregarme Campos de Castilla–. Es buenísimo, me ha emocionado ver las palabras de mi madre al lado de esos versos maravillosos. Algunos los conocía por el disco de Serrat, que puso música a esos poemas. Debe de estar por ahí, si quieres escucharlo…

–Me encantaría, gracias.

–Soy yo quien debe darte las gracias. Acompañaste de verdad a la abuela en sus últimos días. Y no como yo… –sollozó.

–Eso ya no importa. No le gustaría verte sufriendo por ella. Los padres no queréis que los hijos lo pasemos mal, ¿verdad?

Me miró con cariño. Los ojos le brillaban de emoción y no hacían falta palabras.

–He leído la carta que te escribió, no he podido evitarlo. ¿Quién es ese Antonio del que habla?

–Su primer amor. ¿Quieres que te lo cuente? Es una larga historia.

–Hija mía, si algo nos sobra, es tiempo para escuchar.

21

Dejé la asignatura de Lengua para el final porque no me atrevía a enfrentarme a Sofía. Me había escrito varias veces; la primera, igual que al resto de mis compañeros, para interesarse por nosotros y contarnos la tarea que debíamos ir haciendo sin prisa; la segunda, especial para mí, tras enterarse del fallecimiento de la abuela, muy afectuosa y sin nombrar para nada los deberes. Y la tercera, demostrando cierta inquietud por la falta de respuesta e insinuando que llamaría a mis padres si continuaba sin noticias mías. Le debía una contestación, pero me costaba expresarme por escrito. Una de las actividades pendientes consistía en una redacción con el título Más de un mes encerrada, y mi pie se lanzaba a moverse a velocidad de vértigo solo de pensarlo.

–No sé cómo empezar –le conté a Alicia en nuestro encuentro diario por Skype.

–Cuéntale la verdad. Siempre funciona.

De pronto, un nuevo participante se unió a la conversación: en un recuadro vi aparecer la imagen de Lucas.

–¡Sorpresa! –exclamó–. ¡Por fin he conseguido que me dejen libre el ordenador a esta hora!

El corazón se me desbocó. No esperaba volver a escuchar su voz; solo nos habíamos intercambiado algunos mensajes desde que empezó el confinamiento. Me di cuenta de que no le había echado tanto de menos como suponía, aunque me alegraba mucho tenerlo delante de manera virtual. Otros asuntos más serios habían llenado el espacio que antes ocupaba él.

–No he podido conectarme antes para hablar contigo, Lol. Me enteré de lo de tu abuela y prefería darte el pésame mirándote a la cara. Lo siento mucho. Supongo que lo estaréis pasando fatal.

–Gracias. No está resultando fácil, la verdad.

–Os echo mucho de menos a las dos –aseguró–. Sois mis mejores amigas, no quiero que nada nos separe.

Yo habría dicho lo mismo, me gustó que pensara igual: éramos tres, para bien o para mal. Se me llenaron los ojos de lágrimas y Lucas se percató al instante.

–Tiene que ser muy duro perder a un familiar en esta situación. No he estado a la altura, debería haberte llamado ese mismo día, pero preferí esperar a que estuvieses algo más tranquila. Creo que me equivoqué. Los amigos están para esos malos momentos.

–Ya estuve yo con Lola –cortó Alicia–. Pero procura no volver a fallarnos.

Habló en plural, como si formásemos un grupo inseparable. Quise pensar que así era.

–Llevo fatal este encierro, sin vosotras, sin poder salir con la tabla de skate. Ayer me puse a rodar por el pasillo y mi madre me echó la bronca. Está muy nerviosa, como todos.

–¿Cómo llevas los trabajos? –me preguntó Alicia.

–Bien, ya he empezado con todas las asignaturas, menos Lengua.

–¿No has respondido aún a Sofía?

–Me da vergüenza. Me ha escrito varias veces y no he contestado.

–¿A qué esperas? Comprenderá lo que le cuentes. No va a suspenderte, pero no le gustará que pases de ella –dijo Lucas.

–Esa redacción que ha mandado… no voy a ser capaz de escribirla –reconocí.

–Que vea que lo intentas, por lo menos –añadió Alicia.

–Contadme algo divertido. Es lo que necesito ahora –pedí–. Una película, por ejemplo.

–He visto la última temporada de la serie Stranger Things… –dijo

Lucas.

–¡No me la cuentes! Prefiero verla.

–O una novela –propuso Alicia.

–He leído mucho estos días. Me ha encantado un libro que se llama La perla, de John Steinbeck. Era el siguiente del club de lectura del instituto, ese al que no he conseguido que os apuntéis. Es muy triste, y no creo que os apetezca escuchar más desgracias. Y también uno de Sofía; me gustan mucho sus novelas.

Me costaba ver a la profe como escritora; para mí solo era Sofía: la que me ponía nota, me explicaba la asignatura, me llamaba la atención en clase y me hacía trabajar.

–¿De qué trata la novela? –preguntó Alicia.

–La protagonista es una chica que estudia primero de Periodismo. Tiene que hacer un trabajo sobre una revista antigua con otro compañero y en la investigación encuentran unos papeles que hablan de un crimen que se cometió hace casi cien años.

–¿Y descubren al asesino, que ya estará muerto?

–¡No quieras saberlo tan pronto! –rio–. En la novela también se habla de la compañía de teatro que representaba las obras de García Lorca y de la historia de amor entre los protagonistas…

–Cuenta, cuenta... –le apremió Alicia.

Durante el tiempo que Lucas nos narró la historia, me olvidé del mundo exterior, de la cárcel y del miedo, de la muerte y del dolor. No hay nada como el calor de las palabras de alguien a quien quieres y sabe contar. Te transporta con la imaginación a un lugar que solo existe para ti. Lo mismo ocurre cuando lees: la experiencia es más personal, única; pero yo necesitaba compartirlo todo, y esa narración a tres bandas resultó terapéutica.

–Habrá que leer ese libro, me ha encantado. O será que tú lo cuentas muy bien –dijo Alicia en cuanto Lucas acabó.

–Me acordé de vosotras mientras lo leía. Estoy seguro de que os gustará. Las novelas de Sofía están muy bien.

–Pues tú sigue leyéndolas y nos las cuentas –reí y ellos me siguieron.

–No olvides contactar con la profe mañana mismo –me ordenó Lucas.

Asentí, era evidente que mis amigos insistirían. Debía vencer mis absurdos temores y dar la cara de una vez.

Nos despedimos porque ya era la hora de los aplausos, y Lucas prometió conectarse con nosotras cada vez que tuviera el ordenador disponible.

–Eh, pero si tienes que hacer tareas, eso es lo primero –le advirtió Alicia.

–Sí, mamá –respondió con voz infantil.

Entre risas, nos dijimos adiós y nos lanzamos besos al aire.

Corrí a la ventana y comprobé que Ramón ya estaba asomado y miraba hacia arriba. Al verme, sonrió y nos saludamos. Mi madre seguía vigilando a la vecina y se alegraba de verla bien cada día.

Después de aplaudir, Ramón y yo continuamos nuestra charla. Yo preguntaba y él respondía con pocas palabras, como si le costase hablar. Cada día aprendíamos algo nuevo el uno del otro, sobre todo él de mí, pues me dio por hablar.

Me contó que era hijo único, como yo; que sus padres eran profesores y se pasaban el día enganchados al ordenador trabajando. Me habría gustado pasarle mi número de teléfono o mi dirección de correo para poder hablar con más calma, pero me parecía poco conveniente dar esos datos a gritos por la ventana.

–¿En qué piso vives? –me preguntó.

–Tercero derecha.

–Te escribiré –soltó para mi sorpresa.

–¡Gracias!

¿Había dicho que me escribiría? ¿Una carta? Era listo Ramón. Una carta siempre se puede dejar en un buzón; basta con saber la dirección del destinatario, y él vivía justo al lado. Aunque en la situación que sufríamos tampoco era tan sencillo: no podría bajar a entregarla, tendría que contar con la complicidad de un adulto. Los adolescentes y los niños estábamos proscritos, solo éramos presidiarios, condenados al encierro en nuestras casas.

Se despidió agitando las manos, y yo me atreví a mandarle un beso que no recogió en el aire como hacían mis amigos.

Tendría que enseñarle nuestra buena costumbre.

22

Hola, Sofía:

No he podido hacer nada de la asignatura. Se murió mi abuela. Gracias por tu interés. Te mando solo la redacción,

es corta, no se me ocurre más.

Un saludo,

Lola Casado

Por fin me atreví a responder a la profe. Fui muy escueta, no era capaz de escribir, me faltaban las palabras. Y la redacción me quedó espantosa, ni siquiera me salieron frases completas, solo palabras sueltas, una detrás de otra, separadas por puntos. Un desastre. Redactar no era lo mío, y pensaba que se trataba de una ineptitud congénita. Era negada para escribir y no había solución. Esperaba que Sofía se apiadase de mí.

Más de un mes encerrada.

Abuela. Campos de Castilla. Confidencias. Muerte. Tristeza. Más tristeza. Ansiedad. Aburrimiento. Pared blanca. Pared gris. Calle vacía. Aplausos en la ventana. Cambios de humor. Enfado. Contagios. Más contagios. Coronavirus. Noticias. Me levanto. Desgana. Me acuesto. Desgana. Móvil. Redes sociales. Desgana. Deberes.

Aquello no era una redacción ni nada parecido. Sería peor no entregarla, así que me encomendé a la bondad de la profesora. De las fichas de gramática, ni le hablé.

Me respondió enseguida. Con delicadeza, me dijo que seguro que podía hacer algo mejor y me preguntó por qué había puesto el título de la obra de Machado en mi «no redacción». Me sentía incapaz de escribirlo, no sabía ni por dónde empezar, y así se lo dije. Rápido me propuso una videollamada para «recurrir a la narración oral», dijo. Me daba vergüenza eso de quedar con la profesora por Zoom, igual que hacía con mis amigos por Skype. Era extraño, pero ella insistió y no pude negarme. Esa misma tarde me conecté. Cuando vi a Sofía en la pantalla, me tranquilicé, contra todo pronóstico. Me sonreía desde una habitación de paredes azules con una cama y un espejo al fondo. Era como entrar en su dormitorio.

–¿Cómo estás?

–Rara –respondí.

–Todos lo estamos. Nadie podía imaginar algo así hace tan solo unos meses. Esto nos va a cambiar la vida, es un trauma que deberemos superar… y más en un caso como el tuyo, que has perdido a tu abuela.

–Sí –no me salían las palabras.

–¿Estabais muy unidas?

–Vivía con nosotros desde Navidad. Me contó muchas cosas… –no supe cómo continuar.

–Y tú la escuchaste, eso está bien. Los mayores necesitan que los escuchemos, aunque no siempre estamos dispuestos. Me pasa lo mismo con mi madre –suspiró.

Me sorprendió aquel comentario, como el que le haría una amiga a otra. Me contó su tiempo de encierro, lo que suponía estar pendiente de los alumnos, la soledad, la angustia por su madre que se encontraba sola en el pueblo, las charlas con los amigos a través del ordenador, la dificultad para escribir…

–¿Qué se puede contar en medio de esta tragedia, de esta situación que parece de ciencia ficción? –se preguntó en voz alta.

Estaba revelándome su intimidad y aquello creó un hilo invisible

entre ambas. De pronto, una idea absurda pasó por mi mente. Sofía era escritora, aunque yo no la viese como tal.

–¡Yo sí tengo una historia que contar! –exclamé.

–¿Y a qué esperas?

–No sé escribir, ya lo has visto. Mi abuela me contó una historia de amor preciosa y solo la sé yo. Bueno, se la he contado a mi padre, pero me gustaría que mucha gente conociera a mi abuela, supiera lo estupenda y cariñosa que fue, lo enamorada que estuvo, lo que significaba Soria para ella, lo bien que recitaba los poemas de Campos de Castilla…

–Campos de Castilla –repitió–. Por eso lo pusiste en la redacción.

–Es un libro precioso.

–Me gusta que digas eso –sonrió–. No es habitual que alguien de tu edad disfrute de un libro de poesía escrito hace más de cien años.

–Mi abuela me enseñó a leerlo de una manera especial. Detrás de muchos de los poemas había una historia real: la suya.

–Podrías hacer un trabajo sobre ese libro, o sobre Antonio Machado. Basta con que busques algo de información y que añadas tus impresiones personales. Con lo que ya sabes y con lo que te contó tu abuela, te saldrá muy bien. Y yo te lo valoraré para subir nota.

–Es buena idea –reconocí–. Me apetece saber algo más de la vida del poeta y de Leonor.

–Sí, Leonor era su mujer.

–Mi abuela quería que yo me llamase así.

–Es un bonito nombre.

–Y yo tengo otra idea… –dudé; mi propuesta podía parecerle descabellada–. No quiero que se me olvide lo que me contó. Cuando ya no me acuerde, ella se habrá muerto del todo. ¿Qué se puede hacer para que alguien perviva en la memoria de mucha gente?

Sofía se quedó callada un instante. Mi pregunta no era retórica: esperaba una respuesta concreta por su parte.

–Convertirla en personaje, escribir su historia para que otros la lean –contestó al fin.

–Tú podrías hacerlo –le propuse.

–¿Qué intentas decirme?

–Eres escritora… Si te cuento lo que ella me contó, podrías convertirlo en una novela.

–No es tan fácil –parecía extrañada.

–Inténtalo, por favor –le rogué.

–Una novela siempre será ficción. Tendré que añadir hechos que no ocurrieron, inventarme situaciones y personajes. No será igual nunca. La ficción es solo ficción…

–Te lo contaré todo –insistí.

–Tendrás que hablarme mucho de ti, de tu familia, de tus amigos... Sería entrar en tu intimidad. Tú serías la protagonista y quizá no te guste mi retrato.

–No me importa. ¿Lo intentarás?

–Con una condición.

–La que sea –concedí.

–Que hagas las tareas que he mandado; que nos conectemos todos los días para que me cuentes y también para resolver tus dudas sobre la materia. Tendrá que ser tarde, cuando acabe de corregir y de preparar todo, y muchos días me dan las diez de la noche.

–Haré lo que me mandes, y por la hora no hay problema. No tenemos que madrugar tanto al día siguiente.

–Uf, serás tú, porque yo no paro.

–¿No has escrito nada en todo este tiempo?

–Ni una línea. Estoy bloqueada, Lola. ¿Qué se puede escribir en una situación como esta? –se lamentó.

–¡La historia de mi abuela! –exclamé.

Reímos. Tenía razón Lucas cuando hablaba bien de ella. Mi propuesta parecía absurda, pero no la había rechazado de plano. Pensé en lo contenta que estaría mi abuela: si la profe la convertía en un personaje, viviría para siempre.

–Tendré que hablar con tus padres. Necesito que estén de acuerdo. Habrá que grabar nuestras conversaciones.

–Estarán encantados –aseguré–. ¡Gracias!

–Gracias a ti por regalarme las palabras de tu abuela. Lo intentaré, pero no te prometo nada. Quizá sea la manera de salir del bloqueo –suspiró–. Me vendrá bien. No imaginas lo salvadora que es la escritura. Tienes que practicarla, y el trabajo sobre Machado será una buena manera de probar, ¿no crees?

–Descuida, hoy mismo empiezo.

23

El libro Campos de Castilla contenía una introducción que me ayudó a comprender mejor la obra, aunque la emoción que latía en sus versos, la grandeza de su mensaje, ya me la había transmitido mi abuela.

Me encontraba absorta leyendo cuando sonó el timbre del portero automático. Era extraño: nadie podía salir de visita. Mamá y yo nos miramos como si la otra supiera la respuesta, y ella levantó el auricular para responder.

–Vengo a echar una carta en vuestro buzón –escuché decir a una voz femenina.

–¿Quién es? –preguntó mamá.

–Soy la madre de Ramón…

–¡Ay, sí, mamá! ¡El chico del balcón de al lado! –dije emocionada.

Accionó el botón para que se abriera la puerta y le pedí por favor que me dejase bajar a recoger la carta.

–No saldré a la calle, y no está prohibido bajar las escaleras. Ni siquiera cogeré el ascensor.

Sonrió y asintió con la cabeza. Abrí la puerta de la cárcel en que se había convertido mi casa y escapé escaleras abajo como si me persiguiera el diablo, como si huyera hacia la libertad. Me di cuenta de que era el primer ejercicio físico que hacía en un montón de semanas. ¿De verdad había jugado al vóley alguna vez?

Abrí el buzón como quien abre el cofre de un tesoro. Nunca había recibido una carta, y descubrí que era una experiencia muy gratificante. Cogí el sobre y leí: «Para Leonor». Nada más, sin apellidos, porque Ramón aún los desconocía. En el remitente escribió: «Ramón Delgado, 2.º B». Eso quería decir que esperaba una

respuesta. Subí las escaleras con el sobre apretado contra mi pecho y llegué jadeando, como si hubiera corrido una maratón, de lo desentrenada que estaba.

Me encerré en mi cuarto con la carta, la acaricié, el corazón se me desbocó. Era emocionante ese momento antes de abrir el sobre, antes de leer las palabras escritas para mí, antes de la felicidad. La caligrafía era muy clara, con letra redonda de la que se entiende bien. Comprobé que había escrito bastante y me alegré. Deseaba saber más sobre Ramón.

Y la carta me iba a dar mucha más información de la que esperaba.

Hola, Leonor:

Te parecerá raro esto de las cartas, pero era la única manera de comunicarnos sin andar a gritos por el balcón. Le daré el sobre a mi madre para que te lo deje en el buzón cuando vaya a la compra. Es la única que sale. Mi padre tiene problemas de asma y es población de riesgo. Me vendrá bien escribir a alguien. No nos conocemos, pero como no te veo mientras escribo, no me dará vergüenza contarte mi vida. Soy muy tímido. Si tú no me llegas a llamar, no se me habría ocurrido hacerlo. Me cuesta mucho comunicarme con la gente. Con las chicas me entiendo mejor, y tú pareces una buena persona. Espero no equivocarme como otras veces.

Esto empieza a ser un rollo. Aunque al principio me alegré: dejar las clases fue un alivio. Quería perder de vista a mis compañeros, no estaba pasando un buen curso. No tenía amigos en el grupo y unos cuantos chicos me hacían la vida imposible. Se burlaban, me empujaban por los pasillos, me tiraban las gafas al suelo. ¿Por qué lo hacían? Es lo que no acabo de comprender. ¡Quién sabe! La crueldad no entiende de motivos. Será porque saco buenas notas, o porque tengo problemas de visión, llevo unas gafas muy llamativas y eso les hace gracia, o porque soy diferente. Me cuesta entablar amistad con los chicos. Tengo algunas amigas en el instituto, pero ninguna en mi clase. Así que estoy aislado dentro de mi propio aislamiento. No juego al fútbol como la mayoría de ellos, sino al ajedrez. He ganado algunos campeonatos, pero eso no ayuda a ser popular. Disfruto mucho ante el tablero, en estas semanas

he jugado contra mí mismo. Te parecerá una tontería, pero he avanzado en estrategias y he leído libros del tema. ¿Sabes jugar? Si quieres, puedo enseñarte.

Ya te dije que mis padres son profesores. No paran de teletrabajar y están pendientes de que no pierda clases. Así que yo tampoco paro, pero no me importa, es fácil. También se empeñan en que haga ejercicio. Eso me cuesta más, pues no soy muy deportista, aunque uso la bici estática de mi madre y hago flexiones en una colchoneta algunos días.

Me gustan los videojuegos y las series. Me paso el día enganchado a la pantalla, aunque no sea muy recomendable para la vista. Echo de menos mirar el horizonte. Mi abuela tiene una casa en la sierra, y cuando vamos allí me gusta hacer excursiones por el campo, mejor si no hay que subir demasiado. Me encanta ver los montes a lo lejos, los árboles llenos de hojas, el olor de la naturaleza. Quiero estudiar algo relacionado con el medioambiente y convertirme en un activista contra el cambio climático. Me obsesiona. Pienso que esta pandemia tiene que ver con lo que le estamos haciendo a la Tierra, ¿no crees?

Espero que me contestes pronto y me cuentes cosas de ti. Me has caído muy bien y me gustaría que fuésemos amigos. Como ves, no ando muy sobrado de amistades.

Ramón

Leí la carta varias veces, hasta que casi me la aprendí de memoria. Echaba de menos un beso o un abrazo en la despedida; ni siquiera había puesto «un saludo». Sería consecuencia de la timidez de la que hablaba. Me extrañaba que lo acosaran en el instituto. Los acosados solían ser más insignificantes, o eso pensaba yo. Recordé a una chica, en el colegio, a la que tomábamos el pelo de puro inocente. Se lo creía todo, nos reíamos de ella y la obligábamos a comprar chuches. Siempre nos obedecía. Era bajita y rellenita, con la cara llena de granos y una ropa que nos parecía cursi y vieja. Pobrecilla, cuánto la hicimos sufrir. Lloraba cuando la ignorábamos, cuando le decíamos que nos dejase en paz, cuando la llamábamos «bola». Nunca se chivó. Ramón no tenía ese perfil.

Esperaba una respuesta por mi parte, pero, igual que no había sido capaz de escribir la redacción de Lengua, tampoco podía contarle mi vida en una carta a Ramón. Pensé que sería mejor pasarle mi número y que me llamara. El relato oral se me daba mejor. Debía escribirla ya. A pesar de lo simple que parecía, tardé una eternidad en decidir qué le contaba.

Hola, Ramón:

Me ha gustado mucho tu carta. Gracias. Me encantaría contarte todo lo que me ha pasado en estas semanas, pero no puedo escribirlo. Ha sido muy triste. No se me da bien. Mejor hablamos. Te paso mi teléfono: 678896900.

Un abrazo virtual,

Leonor

Aquello parecía un mensaje de móvil más que una carta. Se llevaría una decepción. Esperaba que el chico fuese comprensivo con mi gran defecto, igual que lo había sido Sofía. Le di mil vueltas a la despedida: poner «un saludo» me parecía demasiado formal, como cuando le escribes a un profesor. Y «un beso», quizá demasiado. Opté por el abrazo virtual que, en realidad, no es nada. Los besos y los abrazos que no nos podíamos dar se me quedaban atravesados. ¡Cuántas ganas de tocar a mis amigos, de estrujarnos, de darnos besos de verdad y no a una pantalla o al aire!

Me costó un triunfo encontrar un sobre en casa. Solo los había con el membrete de la farmacia, y tuve que usar uno. Le conté a mamá que debía dejar la carta en el portal de al lado, en el buzón del 2.º B, y que era la respuesta a Ramón, el vecino.

–Me alegro de que hagas amigos incluso en el confinamiento. ¿Sabes? Yo también tengo una nueva amiga. Ya conozco a la vecina de enfrente, Ana. Ayer llamé y la localicé a la primera: vive en el cuarto derecha. Subí y nos saludamos con la mascarilla. Es una

señora encantadora. Nos emocionamos mucho.

–Es raro todo esto.

–Sí, echamos de menos los afectos, a nuestra gente de siempre, y eso nos sirve para darnos cuenta de que hay otras personas cerca. Como Ramón y como Ana. Lo importante es no perderlos después.

–Yo pienso seguir mi amistad con Ramón. Lo necesitamos los dos.

–Y yo con Ana. Su cariño al otro lado de la calle ha sido un rayo de felicidad cada tarde.

–Es verdad, mamá. Qué señora tan agradable. Yo también quiero conocerla.

–Cuando podamos salir, hija. Ya queda menos. Tengo que irme a la farmacia. Tu padre llegará enseguida.

–No olvides dejar la carta para Ramón –le recordé.

Mamá le dio la vuelta al sobre, lo hizo sin pensar, y leyó «Leonor» en el nombre de la remitente. Me miró con la pregunta en la cara.

–Es por la abuela: quería que me llamaseis así. Es una larga historia.

–Tu padre me ha contado algo. Supongo que no sería un secreto entre los dos.

–No, mamá. Quiero cambiar muchas cosas cuando esto pase; quiero ser mejor, lo voy a intentar. Tal vez sea una buena idea empezar por el nombre.

Leonor. Con el nuevo nombre nacería una nueva persona, distinta, más agradable, menos arisca, más parecida a la abuela.

No respondió. Solo me miró con todo el amor que es capaz de transmitir una madre sin una sola palabra.

Cogió el sobre y se despidió de mí con un beso y una caricia.

24

Esperé la llamada de Ramón durante el resto del día, pero el chico no dio señales de vida. A las ocho salió a aplaudir, pero luego se retiró enseguida, como si le diese vergüenza hablar conmigo. No lo entendía: primero me contaba su vida por carta y luego se escondía de mí. Me inquietó esa actitud contradictoria.

Entretanto, la relación entre mi padre y yo se volvió más íntima, más tierna, desde que le conté la historia personal que la abuela me había revelado. Fue como si, con las palabras de ella y los versos de Machado, derribásemos el muro invisible que habíamos creado entre los dos durante los últimos años, construido con ladrillos de silencio y apatía. Le conmovió que su madre recordase con tanta claridad los años adolescentes en Soria. Leímos juntos varios poemas de Campos de Castilla y lloramos hasta que no nos quedaron lágrimas. Me prometió que viajaríamos a Soria cuando pasase la pesadilla para recorrer esos mismos lugares, ahora tan cargados de significado. Juntos pasamos el duelo, arropados por las palabras, encogidos en el encierro obligado y sin posibilidad de compartir el dolor fuera de las paredes de casa. Por eso nos necesitábamos tanto. Es difícil arrancar el dolor a solas.

Cumplimos la consiguiente cuarentena y mis padres regresaron a la farmacia, aunque uno siempre se quedaba en casa. Empezaban a tomarse la vida de otra manera, y la familia que formábamos también se transformó. Alicia me contaba que su madre y ella hacían juntas tartas. Yo no tuve tanta suerte, aunque, en verdad, la idea de cocinar me daba mucha pereza. Parecía que el confinamiento consistía en hacer postres y pasarse las tardes en la cocina. Mamá no era una cocinera experta, ni siquiera le gustaba. Decía que le faltaba la paciencia necesaria para elaborar platos que requieren tiempo. A papá le gustaba más, pero los dulces no eran lo suyo y prefería cocinar paellas y asados sin «moscones» en la cocina, refiriéndose a nosotras dos.

Sin embargo, mi madre tenía buena mano para arreglar cosas, para las manualidades y el bricolaje. Unas Navidades, regalamos una taladradora eléctrica a mamá y un juego de cuchillos a papá. Como teníamos tanto tiempo ahora, mi madre se dedicó a montar una estantería en el estudio donde durmió la abuela. Sería una manera de darle otro aspecto a la habitación y de colocar en un lugar apropiado las montañas de libros que se apilaban por cualquier rincón de la casa, aunque siempre quedaría la huella imborrable de la abuela y la recordaría sin remedio cada vez que entrase en el cuarto. Decidí ayudar a mamá, más por puro aburrimiento que por convicción. Y al final resultó muy interesante: aprendí a manejar un destornillador, a reconocer distintos tipos de brocas, a clavar con el martillo sin machacarme un dedo e incluso a pintar con brocha gorda sin salirme de la madera. No se me daba mal, y le cogí el gusto a eso del bricolaje. La estantería quedó estupenda y me dio lástima acabar el trabajo, pues me había entretenido mucho y había propiciado largas conversaciones con mamá. Le pregunté cómo se habían conocido papá y ella. Me contó sus primeros años de noviazgo y muchos recuerdos que yo desconocía, quizá porque antes no había manifestado el más mínimo interés al respecto.

En el encierro, me dediqué a observarlos: nunca discutían, jamás se faltaban al respeto, pero su relación siempre me había parecido un tanto fría. No los veía nunca besarse en público, pero descubrí que tenían su propio código afectivo. Papá le compraba algún capricho cuando le tocaba ir al mercado; ella le hablaba al oído y sonreían con picardía. Ella le besaba la espalda mientras él lavaba los platos y a él se le llenaban los ojos de luz cuando ella entraba en casa. Descubrí que el amor posee múltiples maneras de manifestarse, que nadie ama igual y que ninguna forma es más válida que otra. El amor de la abuela por Antonio fue diferente al que luego sintió por el abuelo Ernesto. Se trataba de encontrar a la persona adecuada. Y aquello me parecía un largo y difícil camino.

Llegaron más cartas con el nombre de Leonor en el sobre; más cartas de Ramón, que evitaba el relato oral. Y yo, incapaz de escribir dos líneas, le insistía en que me llamara; sin embargo, me aficioné a recibirlas, descubrí el placer íntimo de leer una página escrita solo para mí. Además, Ramón se expresaba muy bien, me contaba su día a día, como si me entregara un diario personal, y yo

le iba conociendo cada vez mejor. Era un chico solitario, pero con una enorme vida interior, muy inteligente y extremadamente sensible; de esas personas a las que es fácil herir con una simple palabra. Me hice adicta a sus cartas, a la sensación de descubrirlas en el buzón, al momento de abrir el sobre y al instante previo a la lectura. No deseaba prescindir de ello; apenas conocía a Ramón, pero el cariño hacía él crecía con cada frase. Nunca habría imaginado que se podía querer y conocer bien a una persona casi sin hablar, solo a través de la palabra escrita.

Hasta que, un día, el móvil sonó: en la pantalla, un número desconocido.

–Hola, Leonor. Soy Ramón.

–¡Por fin! ¡Qué alegría oír tu voz! –exclamé sorprendida.

–No se me da bien hablar, igual que a ti escribir. Querrás contarme cosas, ¿verdad? Y yo quiero escucharte.

–¡Gracias! Veo que lo has entendido bien. ¿Por dónde quieres que empiece?

–Primero dime la verdad: ¿por qué me has mentido? –su voz se tornó seria.

–¡Yo no te he mentido! –salté molesta.

–¿Por qué dices que te llamas Leonor cuando en el buzón de tu casa pone el nombre de Lola?

Enmudecí. Era una mentira fácil de explicar, pero no fui sincera con él desde el principio. Si hubiera sido capaz de escribir, ya sabría la verdad.

–Entonces, tendré que hablarte de mi abuela.

–Si te resulta doloroso…

–Lo fue y mucho. Ahora me gusta hablar de ella, aunque me emocione al recordarla. Es como devolverle la vida. Y ya he contado su historia a varias personas.

–¿Tu abuela se llamaba Leonor?

–No exactamente. Ahora sí, igual que yo. ¿Estás listo para escuchar?

–No deseo otra cosa.

Sin darme cuenta, me había convertido en una experta narradora, tanto como Lucas, gracias a la abuela, que me había regalado una hermosa historia que contar. Ramón me escuchó sin pronunciar palabra, igual que antes había hecho mi padre, igual que Sofía cada tarde que nos veíamos por la pantalla y ella tomaba nota de mis palabras. Era nuestra historia: de la abuela, su auténtica protagonista, y mía, la depositaria de la herencia.

Cuando acabé, me pareció que la voz del chico se quebraba de emoción.

–Gracias por contármelo –dijo–. Es una prueba de confianza.

–Igual que todo lo que tú me has escrito en tus cartas. Por favor, no dejes de hacerlo, aunque hablemos, aunque hagamos un Skype.

–Prefiero solo llamada… Si me ves la cara mientras hablo, me corto más.

–Está bien.

–Pero tranquila: no dejarás de recibir cartas a Leonor.

25

Ramón cumplió su palabra: me escribió cada día y así me ayudó a sobrellevar el encierro y la angustia. Varias personas me socorrieron, me regalaron su tiempo, su afecto y sus palabras, y gracias a ellas me levanté, me alcé sobre la tristeza que parecía infinita y recuperé, en parte, la alegría. Mis padres me protegían y me demostraban su amor incondicional. Con Alicia y Lucas hablaba todas las tardes. Ella seguía transmitiendo optimismo, él nos deleitaba con alguna película y nos hipnotizaba con su voz. Sofía continuaba grabando y tomando notas de mi relato y se mostraba entusiasmada con el proyecto.

–Es una historia maravillosa. Quiero estar a la altura y escribir algo emocionante… No te prometo nada, pero lo voy a intentar más adelante, cuando acabe el curso, cuando esto se calme un poco.

Me convencí de que lo haría, confiaba en ella. Yo también cumplí con mi parte y realicé todos los ejercicios de Lengua, los deberes de cada asignatura y el trabajo sobre Campos de Castilla, que disfruté más de lo que era capaz de reconocer.

La poesía había entrado por mis venas; un descubrimiento único y para toda la vida que la abuela me había regalado antes de irse. Busqué en las estanterías de casa, pero, por desgracia, no encontré ningún libro de poemas. Así que decidí rastrear en la red «poesías para jóvenes» y descubrí algunas maravillosas. Mis preferidas se titulaban Palabras para Julia, de José Agustín Goytisolo, y No te rindas, de Mario Benedetti. Ambas parecían escritas para mí, para ese momento preciso que estaba viviendo. Dicen que los buenos poetas son aquellos que reflejan tus propios sentimientos y yo necesitaba, más que nunca, reconocerme en las palabras de otros. En uno de nuestros encuentros virtuales diarios, los leí para Lucas y Alicia, y juntos comentamos el significado de aquellos versos tan acertados y expresivos.

Y, así, llegó el día en que nos dejaron salir a la calle. No sabía si

deseaba abandonar el encierro o no. El miedo se había instalado en un lugar oscuro de mi cabeza y la calle era un lugar hostil; pero, por otra parte, añoraba a mis amigos y me ilusionaba verlos de nuevo. Alicia percibió inquietud en mis gestos y decidió que nos encontraríamos por la tarde en la puerta de mi casa, para que no me echase atrás en el último momento. Me arreglé para la ocasión, por primera vez en meses, pues me había pasado el encierro en pijama o con un chándal desgastado, el cabello recogido en una coleta y las zapatillas de andar por casa. Me gustó observarme de nuevo en el espejo, con aspecto renovado: dibujé una raya en los ojos, lo único de la cara que se veía tras la mascarilla, y me puse un poco de colorete. El sol apenas había rozado mi piel, descolorida y pálida.

Bajé las escaleras, antes de la hora fijada, entre emocionada y temerosa. No podía evitar ser puntual, aunque mis amigos siempre llegaban tarde. Me tocaba esperar, como de costumbre. La calle me pareció más ancha y silenciosa y el aire más puro, pues escaseaban los coches y el tráfico no era el habitual. Era el mismo lugar, pero ya no lo era del todo. Es difícil de explicar. Yo tampoco era la misma. ¿Y mis amigos? ¿También habrían cambiado? Ante mí, el portal de la casa de Ramón. Deseaba verlo, que conociese a mis amigos. Sería estupendo pasar la tarde juntos, incluirlo en mi círculo más próximo. Llamé al 2.º B y enseguida escuché su voz.

–Ramón, baja. He quedado con mis amigos y…

–No puedo. Otro día –me cortó.

Oí el ruido del telefonillo al colgar. No me daba la oportunidad de convencerlo. Ni siquiera se asomó al balcón, sabiendo que yo me encontraba justo debajo.

No tuve tiempo de darle muchas vueltas, porque aparecieron Lucas y Alicia dispuestos a alegrarme la vida.

Mi primer impulso era abrazarlos, lanzarme sobre ellos como un náufrago hambriento, pero no debíamos ni tan siquiera tocarnos. Empezamos a brincar como saltamontes para mostrar la alegría del reencuentro. Solo les veía los ojos, pero imaginaba sus sonrisas, la euforia contenida.

–¡Qué bien estás! –me dijo Alicia.

–¡Y tú!

No mentí: le brillaban los ojos y había engordado un poco, lo cual no le venía mal.

–¡Qué ganas tenía de verte! –me dijo Lucas–. Y de escuchar tu risa, Lol.

–Casi no me he reído durante estos meses –aseguré con tristeza.

Un impulso más fuerte que él le hizo acercarse y acariciarme el cabello. Luego enlazó su brazo con el mío y con el de Alicia.

–¿Podremos ir los tres del brazo, aunque no vivamos en la misma casa?

–Vamos a probar –respondí.

–¿Dónde vive tu amigo, ese con el que hablas por la ventana? Podías invitarlo a bajar –sugirió Alicia.

–Aquí mismo –contesté señalando el portal–. Ya lo he llamado, pero no se atreve, es muy tímido. Lo seguiré intentado.

Pasamos una tarde increíble, de esas que crees que jamás vas a recuperar. Todo era extraño: las mascarillas, el escaso tráfico, la gente aún temerosa y nosotros mismos. Encontré a Alicia más calmada, más reflexiva, con menos ganas de destacar, con los pies en el suelo y no tanto en el país de las maravillas, y a Lucas menos rebelde y más soñador. Hablaba de planes, de viajes, de futuro, de proyectos. Quería estudiar Medicina y marchar con Médicos Sin Fronteras al lugar donde más lo necesitaran.

Me di cuenta de que yo no sabía tanto de mí misma: desconocía qué deseaba estudiar, qué hacer con mi vida… Era muy pronto, y demasiado incierta la realidad. ¿De qué servía planear si luego nos encerraban en casa, si un virus decidía por nosotros? En lo único que pensaba era en ir a Soria, como si allí fuese a encontrarme con la abuela, como si ella me esperase con su voz y su alegría intactas.

Nos costó despedirnos. La libertad tenía una hora de caducidad, éramos como Cenicientas del siglo XXI. Decidimos cambiar el encuentro virtual de cada tarde por un paseo, aunque fuese breve.

Alicia y Lucas me dejaron en la puerta de casa. Pensé que tal vez deseaban pasar un rato a solas, sin mí. Ignoraba en qué punto se encontraba su relación, a pesar de que Alicia aseguraba que eran amigos y nada más. Ni ellos mismos lo sabían. No me dolió: los dos estaban de mi parte, me querían sin fisuras, sin dudas, y había problemas más graves de los que preocuparse.

Cuando entré en el portal, miré hacia los buzones y vi un sobre que asomaba en el nuestro. Me lancé a por él como si contuviera la llave de la felicidad. Era algo parecido.

–¿Qué tal con tus amigos? –me preguntó papá en cuanto oyó que se abría la puerta.

–Bien –respondí sin más, antes de encerrarme en mi cuarto.

Rasgué el sobre sin esperar un segundo y me senté en la cama a leer la carta. Esta vez era breve:

Querida Leonor:

Perdona que no haya bajado a conocer a tus amigos. Espero que no te enfades conmigo. Ya te dije que me cuesta relacionarme. No es un capricho, es una enfermedad con un nombre que no me gusta escribir. Siento no habértelo dicho antes; pensaba que tal vez eso te alejaría de mí. Soy un bicho raro. ¿Quién desea ser amigo de un bicho raro?

Si te apetece hablar, contarme lo que has hecho esta tarde, sabes que estoy dispuesto a escucharte siempre. Espero tu llamada. Por favor, no dejes de hacerlo.

Un beso,

Ramón

Era la primera vez que Ramón añadía un beso en la despedida. Sabía cómo se llamaba aquella enfermedad que te aleja de los otros, que te encierra en ti mismo. Mi prima pequeña, Esther, también la sufría. Pero había llegado a convertirse en una niña feliz, inteligente y responsable. Seguro que Ramón también era así, a pesar del problema. Y, si no, ahí estaba yo para ayudarlo.

Enseguida cogí el móvil y lo llamé. Respondió a la primera.

Sin duda, me estaba esperando.

26

–Esta tarde me voy a acercar a casa de la abuela. ¿Quieres venir?

La pregunta me la hizo papá con la voz entrecortada.

–Será doloroso. Tenemos que decidir qué guardamos, qué se puede donar, qué tiramos…

–¿Tirar? ¿Qué pretendéis hacer con la casa?

–Aún no lo sabemos.

–Voy contigo.

Durante el trayecto en coche, no pronunciamos una sola palabra. Cada uno rumiaba su tristeza y buscaba fuerzas para enfrentarse a la realidad de la casa de la abuela sin ella y para siempre.

Nos recibió el silencio, en lugar de su voz; la soledad, en vez de su compañía y su abrazo. Deambulamos por las habitaciones sin saber qué hacer, casi sin tocar los objetos que atesoró a lo largo de sus ochenta y cinco años de vida. Era imposible llevarse o, mucho menos, deshacerse de nada.

La estantería del salón llena de libros, a la que nunca antes había prestado atención, fue lo primero que me atrajo. Como imaginaba, había unos cuantos volúmenes de poesía. Para mi sorpresa, hallé un ejemplar de Palabras para Julia, el poemario de Goytisolo donde se encontraba el poema que tanto me había emocionado cuando lo leí en internet. Quizá, si yo me hubiera comportado con ella de otra manera, la abuela me habría leído esos versos en alguna de mis visitas; pero cuando iba a verla siempre me mostraba inquieta, como quien está deseando marcharse enseguida. También guardaba una antología de poetas del 27 y varios libros de otros autores para mí desconocidos. Pensé que era el momento de saber más, de leer poesía con el corazón, tal y como lo hacía mi abuela Leonor.

–¿Puedo llevarme algunos? –pregunté a papá.

–Claro, hija. Yo también lo haré. Mi madre tenía una biblioteca muy interesante.

–Y ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta hasta ahora.

–Tienes razón –suspiró.

Mientras papá seguía ojeando, yo rebusqué en el dormitorio. Allí se encontraba el baúl de los tesoros donde guardaba «recuerdos de familia», como ella los llamaba. Al abrirlo, me recibió una bocanada de su perfume. Encontré muchas fotos familiares desordenadas, desde imágenes de mi padre recién nacido hasta otras de vacaciones con amigas en la playa. Había bastantes mías; en todas indicaba la fecha y el lugar por detrás. A pesar del aparente caos, todo guardaba un orden. Hasta que llegué a unas pocas en blanco y negro, ya amarillentas. En una se veía a dos chicas y un chico junto a un río. A un lado, se encontraba una bicicleta. Las manos me temblaron. Antonio sonreía a la cámara y me miraba desde más allá del tiempo. Era guapo, la abuela no me había engañado. En la foto, ella y la otra chica lo miraban divertidas. ¿Sería Amelia? Me la guardé para observarla bien: era la ilustración de la historia que ella me había contado.

Al fondo del baúl aparecieron un montón de cartas, en paquetes atados con cintas de colores. Nerviosa, busqué las que llevasen el nombre de Antonio Martínez Rubio como remitente, pero no las encontré. Había uno, el más abultado, con las cartas de Amelia y otras enviadas por mujeres desconocidas. Ninguna del abuelo Ernesto. Supuse que ellos nunca se separaron y no hubo necesidad de escribirlas. ¿Dónde estaban las cartas de Antonio? Yo tenía una, la última, la que me dejó en mi cuarto y que guardaba dentro del libro Campos de Castilla, pero ¿y las demás? Dudaba que las hubiera escondido en un lugar distinto que no fuera el baúl, pero, por si acaso, miré en los cajones de la cómoda y la mesilla. Solo encontré ropa y bisutería de colores. Me gustó una pulsera con cuentas celestes y me la puse.

–Me la regalas, ¿verdad? –pronuncié en voz alta, como si ella estuviese presente.

En ese momento, papá entró en la habitación.

–Me voy a quedar con esta pulsera –dije mostrándosela.

–A ella le gustaría que la lucieras tú –asintió–. No he sido capaz de coger y menos de tirar nada. Solo me llevo unos documentos que necesito. Creo que la casa se va a quedar como está hasta que tomemos una decisión o, al menos, hasta que se nos cierre esta herida.

Sonó su móvil y respondió al número desconocido. Vi que su rostro se transformaba, que los ojos se humedecían. Contestaba con monosílabos y preguntaba dónde y cuándo. Al acabar la breve conversación, se dejó caer en un sillón y se echó a llorar.

–Por fin nos van a dar las cenizas de la abuela –gimió–. Después de tanto tiempo, sin funeral, sin amigos. Es todo tan frío, tan inhumano...

Apoyé mi cabeza en su regazo y lloramos juntos sin consuelo. En ese momento de enorme tristeza, solo nos teníamos el uno al otro.

–Hay que hablar con Amelia –recordé–. Ella sabe lo que hay que hacer.

Sin perder un segundo, saqué el móvil del bolsillo y la llamé. Me gustaba su voz tan dulce (se parecía a la de la abuela) y me enternecía. Se encontraba bien, al igual que el resto de su familia. Me alegré. Le conté la situación y me pidió que le pasara el teléfono a mi padre. Él tuvo el detalle de ponerlo en altavoz para que yo también escuchara.

–Lola deseaba ser enterrada en Soria –nos dijo–. Hace años compró un nicho en el cementerio. En febrero me pidió que me encargara, en el caso de que… –se detuvo emocionada–. Estaba convencida de que no habría problema porque tendría la complicidad de su nieta.

–Contábamos con que reposaría con mi padre en el cementerio de aquí –intervino mi padre, muy serio.

–¡Tenemos que respetar su voluntad, papá! –salté yo.

Entonces entendí de verdad por qué la abuela me había contado aquella historia suya, por qué me había regalado sus recuerdos, por qué necesitaba que la escuchara.

–Tienes razón –suspiró–. Es lo menos que podemos hacer ya.

–Yo me encargo de todo –intervino Amelia–. Cuando ya podáis viajar, decidme qué día venís y no os preocupéis de nada. Bastante triste es ya la situación. Yo quería mucho a… –dudó– Lola.

–Lo sé –contesté–. Tengo ganas de conocerte.

–Y yo a ti, querida. Tu abuela no dejaba de hablar de su nieta. Tienes que traer la última carta de mi hermano. La tienes tú, ¿verdad?

–Sí –respondí–, pero las demás…

–No te preocupes: solo falta esa.

Hablamos un rato más con Amelia, sobre todo yo. Me parecía conocerla como a una vieja amiga, como a una abuela prestada, y durante un rato me hizo olvidar que la auténtica no estaba, pues hablamos de ella como si continuase sentada en el sofá, frente a la tele, donde nos encontrábamos papá y yo.

La sentía allí, sonriendo, a nuestro lado.

27

El mundo se fue recolocando despacio. No volvimos a clase, el curso acabó sin más y saqué mejores notas de las previstas en febrero, sobre todo en Lengua, gracias al trabajo sobre Campos de Castilla y al esfuerzo de última hora que tuve que hacer para no defraudar a Sofía y conseguir su complicidad. La necesitaba y ella estuvo a la altura. Notaba cómo crecía su entusiasmo, cómo sus preguntas me hacían profundizar más en la relación con la abuela y en mí misma. Hablamos sobre la familia, los amigos, los sentimientos y los cambios visibles que me habían transformado.

–Ya no eres la misma que cuando discutiste conmigo en clase –dijo en la última videollamada del curso.

–He cambiado –asentí.

–Todos hemos cambiado –suspiró–. Para bien o para mal.

–¡Espero que en mi caso sea para bien! –exclamé.

–No lo dudes. Has aprendido y has madurado, has sabido llevar una situación terrible, te has acercado a tus padres y has conservado a tus amigos, has cumplido con tus deberes… Ya no eres una cría y lo estás demostrando.

–Gracias. Hablar contigo ha sido todo un desahogo; me ha venido muy bien hasta para conocerme a mí misma.

–Solo te falta atreverte con el relato escrito. Es lo mismo que hablar, pero traspasando las ideas al papel.

–¡Lo dices tú, que eres escritora! –protesté–. Para mí es difícil.

–He empezado a escribir algo… –dudó–. Creo en esta historia... Es el primer paso.

–Aún falta el final. En cuanto se pueda salir de la ciudad, iremos a

Soria.

–Sí, todavía tienes mucho que contarme. Gracias por este regalo.

La habría abrazado si se hubiera encontrado a mi lado. Ya no era la profe, ni siquiera la escritora. Era una buena amiga, una confidente, una aliada poderosa: la persona capaz de convertir en inmortal a la abuela Leonor, de resucitarla en las páginas de un libro. Aquello sí que era un milagro.

Recuperamos una cierta libertad. Unas cuantas amigas se unieron a los paseos de cada tarde, que se fueron haciendo más largos, y ya nos atrevíamos a llegar al parque junto al río. Allí solíamos coincidir con algunos compañeros de clase. Todos se mostraban eufóricos por el reencuentro y felices por haber aprobado el curso con poco esfuerzo.

No logré que Ramón se uniera al grupo (se acobardaba ante tantos desconocidos), pero sí conseguí que paseara conmigo calle arriba, calle abajo. Hablaba yo más que él, pero intuía su sonrisa bajo la mascarilla y de vez en cuando soltaba una frase ingeniosa. Cuando estaba nervioso, que era casi siempre, parpadeaba sin descanso. Aprendí a leer en sus ojos, a través de las gafas, lo que sus labios no decían, y descubrí que era un chaval inteligente y observador. Me gustaba su aire indefenso, a la vez sabio e inocente. Y escuchaba, algo que nos unía y que, en esta ocasión, le tocaba ejercer a él. Me acordé de lo que me dijo la abuela: la gente rara suele ser más interesante. Y, desde luego, Ramón lo era.

Una tarde, en la despedida, me soltó una frase inesperada que me hizo saltar de alegría:

–Eres la mejor amiga que he tenido nunca.

Un impulso más fuerte que yo me llevó a besarlo en la mejilla con mascarilla y todo. Él se asustó y pestañeó confuso. Creí que me había pasado; con Ramón debía ser en extremo cuidadosa, y aquel arrebato me podía costar su incipiente amistad. Tardó unos segundos en reaccionar. Entonces, se acercó a mí y me besó con urgencia a la altura de los labios, como un picotazo suave, sin que pudiera sentir el roce de los suyos. ¡Malditas mascarillas! Luego, se

despidió de mí precipitadamente y yo me quedé plantada en la acera, sin saber qué pensar, con una sonrisa plácida que nadie pudo ver.

No tenía claros mis sentimientos. No era la misma sensación que cuando Lucas me sonreía en clase a principios de curso, pero, en los paseos que compartí con Ramón, la alegría me desbordaba y solo deseaba hablar y hablar y que la tarde no se acabara nunca. Como decía la abuela, cada amor es diferente, si es que se trataba de amor.

El tiempo diría en qué se transformaba aquella relación, iniciada en el encierro y fraguada en la libertad.

28

Un domingo de junio, cuando ya era posible, viajamos a Soria. Salimos muy temprano. Amelia nos esperaba. No perdí detalle del trayecto. La sensación de viajar en coche, de escapar de la ciudad, era nueva, como si me hubieran salido alas y volase libre gracias a ellas.

Los campos lucían con el verdor que les concedió una primavera pletórica. Durante el encierro había llovido, la naturaleza se había despojado de nosotros y brillaba espléndida. Me sentí visitante de un mundo nuevo. Antes, cuando montábamos en coche, yo desconectaba, me ponía a escuchar música y a mirar el móvil. Ese día me interesaba mucho más lo que se veía a través de la ventanilla. Todo era desconocido y distinto. O más bien era yo quien había cambiado.

Sentía una inquietud creciente. Deseaba conocer los lugares de los que me habló la abuela, y que Machado describió con tanta belleza, con el libro Campos de Castilla en las manos. Era nostalgia de ella; lo ideal habría sido recorrer juntas las calles de Soria y pasear de San Polo a San Saturio escuchando su voz. Pensaba que, una vez allí, no podría reprimir las lágrimas.

Amelia no consintió que nos alojásemos en un hotel y nos acomodó en su casa, que era enorme, sobre todo después de que sus tres hijos se fueran de Soria hacía años. Nos recibió como lo habría hecho la abuela, con el mismo cariño. La habría reconocido en cualquier parte por esa voz cálida e inconfundible y gracias a las fotos que encontré en casa de la abuela. Conservaba sus rasgos de juventud, enmarcados ahora por las arrugas, pero con la misma expresión serena y alegre.

–Queríamos pasear por la ciudad antes de ir al cementerio –le explicó papá.

–Es lo que debéis hacer. Esta niña no conoce Soria, y es

imperdonable. Está todo organizado. Os espero a comer y luego iremos.

Me gusta descubrir ciudades nuevas cuando viajo con mis padres, y Soria era especial. Formaba parte de mí sin haberla pisado antes. No me despegué del libro y, cuando llegamos al paseo junto al Duero, leí en voz alta el poema de Machado sin llorar. Al contemplar tanta belleza, sentí que la abuela me acompañaba, como si paseáramos de la mano. Imaginé a Antonio en la bicicleta, a ambos abrazándose en ese mismo lugar, a mis bisabuelos descubriendo a su hija el encanto del río y el sonido hipnótico de las hojas mecidas por el viento. Escuché el rumor de los álamos con el mismo entusiasmo que las canciones de mi grupo favorito y guardé aquella melodía como parte de la banda sonora de mi vida.

Mis padres caminaban del brazo. A pesar de la tristeza que aún empañaba los ojos de papá, se les veía en paz, compartiendo un instante de plenitud después de tanta angustia y tanto miedo. Los observé, satisfecha, y pensé en Ramón y en cuánto me gustaría pasear con él junto al Duero, algún día.

Aún tuvimos tiempo de descubrir los arcos de San Juan de Duero. La mañana soleada invitaba al paseo. Entre aquellas columnas antiguas, conté a mis padres la leyenda del monte de las Ánimas y, aunque ya se la sabían, elogiaron mi capacidad narradora, sin duda heredada de la abuela.

De regreso, caminando por el centro de la ciudad, la encontré. Se hallaba delante de la fachada románica de una iglesia, la de Santa María. Agarraba con sus manos una silla vacía. Su rostro y su peinado eran inconfundibles, aunque solo se tratara de una estatua. Era Leonor Izquierdo, en la misma postura que en la foto de su boda y, precisamente, ante la iglesia donde se casó con Antonio Machado.

Me emocioné y me hice varias fotos junto a ella y sentada en la silla que debía ocupar su marido.

–¿Dónde está él? –pregunté en voz alta.

–Yo lo sé –dijo papá, que se había preparado la visita a conciencia y

no deseaba que me perdiera ni un solo detalle de la ciudad que tanto había amado su madre.

Nos llevó hasta la estatua de Machado, junto al instituto donde había sido profesor, y caminamos por las calles de Soria, que eran al tiempo nuevas y viejas: recién estrenadas para mí, pero con el peso de los siglos y de la historia a sus espaldas.

–Aún nos queda mucho por ver –aseguró–. Mañana tenemos todo el día para pasear y visitar lo que nos falta.

Amelia nos esperaba con la comida preparada. No me extrañó que nos deleitara con unos platos exquisitos: todas las abuelas cocinan bien, hasta la mía, que nunca presumió de ello y que dejaba que fuese el abuelo Ernesto quien se encargara de hacer la paella cuando acudíamos a su casa los domingos. Me preguntó qué me había parecido la ciudad y no paré de hablar hasta que llegamos al postre.

–¿Estáis preparados? –preguntó, mirando a mi padre, cuando acabó el café y recogimos la mesa.

Él asintió con la cabeza. Llegaba el momento más duro, el motivo por el que en realidad estábamos allí.

Nos encaminamos al cementerio. Me sorprendió que estuviese casi en el centro de la ciudad, un poco en alto. Subimos una calle empinada y llegamos ante una iglesia. Delante, descubrí el olmo seco. Era emocionante encontrar cada lugar descrito por la abuela, como si hubiera ido dejando piedrecitas, como Pulgarcito, que reflejaban su vida y que me llevaban al fondo de su corazón, a su vida y a su descanso eterno.

Ante el olmo, leí el poema de Machado. Se me quebró la voz varias veces, casi me lo sabía de memoria. Todos nos emocionamos. Entramos en el cementerio, que rebosaba de flores. Parecía que los parientes, después del confinamiento, hubieran acudido a honrar a sus fallecidos, y algunas tumbas, por desgracia, serían de víctimas de la pandemia, como mi abuela. No me impresionó tanto como aquel donde enterraron al abuelo Ernesto. El de Soria era menos oscuro, o sería el día de sol, que reflejaba el blanco de las tumbas y

las cruces de mármol, y el colorido de las flores frescas. Papá llevaba las cenizas de la abuela, yo abrazaba el libro Campos de Castilla, y Amelia, un paquete que guardaba celosamente.

Llegamos a la zona de los nichos y Amelia señaló uno donde se leía: «Antonio Martínez Rubio. Tus padres, tus hermanos y Leonor no te olvidan».

Justo al lado, se abría el hueco donde iba a descansar la abuela. Entonces, Amelia contó lo que nos faltaba por saber:

–Ella compró el nicho al lado del de mi hermano hace años. Quería reposar junto a él. Me pidió que no os dijera nada, pero que me encargara de todo cuando…

–Gracias –musitó papá.

–¿Tienes la última carta? –me preguntó.

Abrí el libro y la ojeé por última vez. La frase subrayada adquiría todo el significado en ese preciso momento. La leí en voz alta:

–Llegará el día en que no nos separaremos y permaneceremos juntos para siempre.

Habíamos cumplido el deseo de ambos; la abuela estaría contenta. Amelia tomó la carta y la juntó con otras que llevaba en un paquete atado con un lazo azul.

–Son todas las que mi hermano le envió a tu abuela –me dijo–. También me encargó que la sepultasen con ellas.

El enterrador depositó las cenizas y las cartas en el nicho y lo tapó con la lápida donde se leía el nombre de mi abuela para la eternidad: «Leonor Izquierdo».

Permanecimos en silencio un buen rato. Amelia musitaba una oración y yo hablaba a mi abuela con el pensamiento, le pedía que no me abandonase del todo y le agradecía su cariño incondicional. Nos costaba marcharnos, como si nos despidiésemos para siempre. No era así: nos la llevábamos guardada en el corazón, grabada en la memoria, y no la perderíamos nunca. Papá fue el primero en hablar:

–Deberíamos irnos ya.

Nos movimos con lentitud, sin saber bien qué dirección tomar, hasta que pregunté a Amelia:

–¿Dónde está Leonor?

Ella sonrió, me cogió de la mano, como habría hecho la abuela, y me condujo entre cruces y tumbas hasta que llegamos a una lápida blanca, desgastada por el tiempo, cuya inscripción en letras negras leí en voz alta:

–Doña Leonor Izquierdo de Machado. 1 de agosto de 1912. A Leonor, Antonio.

Alguien había depositado unos claveles rojos encima, y varios objetos, a modo de ofrenda, rodeaban la lápida.

–Yo también quiero llamarme Leonor, como ella y como la abuela.

Mis padres me abrazaron. Era la respuesta que esperaba, el principio de mi propia historia, de la nueva persona que ahora era. Pensé en Sofía y en la novela que quizá escribiría para mí y para otros lectores. Debía contarle ese último capítulo que estaba viviendo.

Y deseé que aquel instante fuese el final del libro.

Contenido



Dirección editorial: Berta Márquez

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Dirección de arte: Lara Peces

Cubierta: Julián Muñoz

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

Coordinación técnica: Iria Torres

Digitalización: ab serveis

ISBN: 978-84-118-2060-8